

¿RESILIENCIA HUMANA?

Una lectura crítica del concepto de «resiliencia» en el campo de las disciplinas
histórico-sociales



Harold Palacios Ortega

Instituto de Psicología - Universidad del Valle
2012



¿RESILIENCIA HUMANA?

Una lectura crítica del concepto de «resiliencia» en el campo de
las disciplinas histórico-sociales

Harold Palacios Ortega

UNIVERSIDAD DEL VALLE

Instituto de Psicología

Septiembre - 2012

Agradecimientos

A todas aquellas personas que, con su indispensable ayuda, contribuyeron de una u otra forma a que este trabajo llegara a concretarse con el tiempo. Especialmente a los profesores Rita Patricio Ocampo y Diego Fernando Mercado, quienes tuvieron la amabilidad de leerlo y aportar sus valiosos comentarios y correcciones. En último término, pero el más grato, mi agradecimiento especial y sincero al profesor Anthony Sampson por su imprescindible guía, pacientes enseñanzas y consejos, que al final terminaron convirtiéndose en un viento a mi favor.

Introducción

“La maravilla del dolor”... Esta frase recuerda la variedad de rituales expiatorios en virtud de los cuales el reino de los cielos cuenta con una abundante constelación de beatos y de santos. A otros nos aterra. Sin embargo, corresponde al título de una de las obras más célebres de la literatura de la resiliencia, cuyo autor tampoco es desconocido: Boris Cyrulnik.

A Cyrulnik, muchos otros autores lo consideran una eminencia mundial en asuntos de resiliencia y el gestor más importante en su difusión. Su propia biografía constituiría, además, una prueba fehaciente, de primera mano, de la existencia y validez de la resiliencia humana, dadas las trágicas condiciones de su vida infantil y, sin embargo, el ilustre desarrollo de su carrera académica y personal. Melillo (2004a) asegura que uno de los grandes aportes teóricos de Cyrulnik a la resiliencia ha sido el concepto de *oxímoron*; término también correspondiente a una figura literaria perfectamente ejemplificada por las palabras: “la maravilla del dolor”.

Según el pensamiento de este renombrado médico, psiquiatra, psicoanalista y etólogo de ascendencia rumana, el oxímoron se manifiesta en la vida de una persona cuando es «escindida»¹ por un dolor traumático: puede mostrarse en el día como un ciudadano ejemplar, un buen vecino, animoso en sus actos, efusivo en sus relaciones personales, sobresaliente en su trabajo; no obstante, la otra faceta ‘oscura’ de su personalidad surge en la noche, cuando llora y se lamenta en la soledad de su habitación. Algo así como a la manera de un «Dr. Jekyll y Mr. Hyde», pero violento sólo consigo mismo.

¹Es importante aclarar que la escisión de Cyrulnik no corresponde al concepto freudiano de *escisión*, tal como argumenta Melillo (2004a) diciendo que así lo describió Freud “inicialmente en los casos de fetichismo, frente al trauma psíquico de la castración, [cuando] el sujeto se escinde para poder continuar con la satisfacción de sus pulsiones por una parte (un poco de felicidad y sentido de la vida), mientras a otro nivel sufre la continua acción de la amenaza recibida que sabe real y posible” (p. 71). Freud efectivamente habla de esa manera, pero jamás se refirió a que tal simpleza fuera su concepción de escisión en un sentido psíquico.

Por fortuna – también de acuerdo con el mismo autor (Cyrułnik, 2002a) – existe la *narratividad*, uno de los más valiosos recursos de resiliencia, consistente en la posibilidad de hacer un relato épico de la propia desgracia; oportunidad que le permitiría al individuo comprender su dolor desde una perspectiva completamente diferente. Quizá sea la narratividad de Cyrułnik aquello que lo impulsa a ser un excelente promotor de la resiliencia; o, al contrario, tal vez la teoría de la resiliencia constituye el escenario perfecto para su narratividad.

La resiliencia es hoy en día una teoría de gran aceptación social, académica y profesional. Creciente es el número de personas consagradas al estudio e investigación en esta línea del pensamiento humanista, igual lo es el de aquellas personas dedicadas a la aplicación social del conocimiento producido. La gran acogida y expansión del concepto pueden ser entendidas como índices de su calidad teórica y benignidad, aspectos que, sumados al ideal de reivindicación de la dignidad humana con el que los defensores de la resiliencia han abanderado su lucha, logran que la teoría sea recibida con beneplácito y escasa oposición.

No obstante, razones no faltan para la prudencia. Precisamente, obedeciendo a ella, en el presente documento se consigna el resultado de una lectura crítica y reflexiva de una parte importante de la teoría de la resiliencia, que si bien no alcanza a agotar por completo la cuestión, sí revisa con cierto detalle algunos de los aspectos más cruciales.

La primera parte está dedicada a examinar el asunto de la definición del concepto de resiliencia y sus relaciones conceptuales. En ella también se exponen y analizan elementos de las vertientes anglosajona y europea no anglosajona de la resiliencia, y, además, algunos de los modelos teóricos. La segunda parte está dedicada a la reflexión sobre el origen del concepto humanista de resiliencia, tanto desde la perspectiva de la relación con el concepto físico de resiliencia, como desde una perspectiva histórica. La tercera parte contiene un análisis de posibles aspectos que estarían detrás del atractivo y la gran acogida brindada a la resiliencia. Finalmente, la última parte del trabajo consiste en una revisión de algunos elementos ideológicos de la teoría de la resiliencia, pretendiendo acercarse a lo que sería una modesta reflexión ética acerca de la cuestión.

El propósito de esta lectura crítico-analítica no ha sido nunca el de negar la constante de la lucha humana por la existencia, sino preguntarse: ¿hay maravilla en el dolor, como lo propone la resiliencia? Quizá se trata más bien de que la adversidad, el sufrimiento y sus consecuencias impredecibles sólo sean componentes inevitables de la vida. Aunque sí es innegable el deseo de que la resiliencia no termine en nuestra sociedad convertida en un mantra ciego: ¡Ser resistente a cualquier costo!

Problema

La cuestión que se intenta abordar en esta investigación es, con toda seguridad, perfectamente definida por la pregunta: ¿qué es la resiliencia? Siendo más específicos, la pregunta es por la resiliencia humana. Esta aclaración cobra validez dado que «resiliencia», como bien se sabe, es un término originalmente correspondiente a un concepto físico y no psicológico; y para aquel ignorante de este dato, será lo primero que lea en muchos artículos escritos sobre el asunto.

¿Existe un fenómeno ontológico que, por cuyas características, puede ser adecuadamente descrito por un concepto como el de resiliencia? ¿En qué consiste dicho fenómeno? ¿Cómo y por qué causas se suscita? No expongo aquí estas preguntas porque nadie antes se las haya formulado. La prueba está en el amplio volumen de literatura existente al respecto. Abundancia que de una forma u otra denota el gran interés despertado por la resiliencia en los círculos académicos y profesionales relacionados con distintos dominios del saber.

Precisamente, la revisión de esta literatura enfrentará al interesado con un amplio conjunto de definiciones de resiliencia; pero, para un lector atento, desde una primera lectura se percibe una gran falta de consenso en ellas. Cada autor e investigador parece comprender el supuesto fenómeno de distinta forma, manejando como consecuencia una particular definición del concepto, muchas veces disímil en gran medida con la de otros autores. Esta divergencia no deja de extrañar, aunque algunos de sus defensores – como Kotliarenko y Lecannelier (2004) – afirmen que sólo es aparente, ya que todas las definiciones apuntan hacia los mismos aspectos fundamentales. Por el contrario, creo que tal divergencia es sintomática, y no debe ser menospreciada; y hace imperiosa la labor de interrogar a la teoría en busca de sus posibles causas.

Pero si esto sucede con la definición de la resiliencia, el panorama respecto a la red semántica que el concepto establece con otros conceptos subsidiarios no parece más optimista.

Se detecta allí también una gran multiplicidad. La dificultad no radica en la amplitud de las relaciones conceptuales, sino más bien en la aparente incompatibilidad de algunos conceptos y en la excesiva abstracción y ambigüedad de otros. Probablemente, la gran heterogeneidad de las relaciones conceptuales de la resiliencia se relacione con la deficiente definición del concepto mismo.

Por otro lado, a lo largo de la lectura de las definiciones de resiliencia y de sus relaciones conceptuales, se hace posible identificar una clara tendencia a la constante adición de ideas y conceptos en un campo de límites difusos; donde sin especial dificultad casi cualquier cosa, mientras parezca positiva, puede ser añadida. Y aunque el sentido común nos diga que más es mejor, en las actividades de construcción de conocimiento no necesariamente acumulación quiere decir avance (Kuhn, 1998).

Así mismo, en muchos aspectos la resiliencia constituye una regresión a nociones y conceptos caídos en desuso o que han sido fuertemente cuestionados. Contribuye a mantener en pie la noción de *desviación y salud mental* en la psicología, esta última en el sentido de un estado homeostático deseable, sentido muy afín al discurso psiquiátrico; e introduce nuevamente el concepto de *temperamento*, estrechamente asociado con el pensamiento conductista.

Además, la resiliencia parece adherirse a la «ética protestante del trabajo» al naturalizar el esfuerzo humano, elevándolo a la categoría de virtud, merecedora de ser cultivada sin cuestionamiento de las condiciones impuestas por el medio social al individuo; como si se tratase de un fin en sí mismo y no de un medio para la vida. Hecho revelador de una marcada orientación moral, asumida en defensa de la conveniencia política de una sociedad, pero con ausencia de sustento teórico. En este sentido, tal orientación es arbitraria. Con sutileza, detrás de la resiliencia también se deslizan nuevamente, hacia las disciplinas humanistas, los postulados del «darwinismo social», en defensa de un orden cultural donde prevalecerían los que se suponen mejor adaptados o más fuertes. Estos aspectos permiten que la resiliencia pueda ser convertida en un instrumento legitimador del discurso hegemónico del poder en nombre de la ciencia, con nefastas consecuencias en vista de los problemas sociales que actualmente enfrenta Colombia.

Sin embargo, pese a los problemas antes mencionados, la expansión geográfica y disciplinar alcanzada en las últimas décadas por la resiliencia (Restrepo, 2002) evidencia de forma innegable la gran acogida prodigada al concepto por un amplio sector de la comunidad académica y profesional. ¿A qué se debe tal acogida? Esta pregunta constituye también un eje central de análisis en la presente investigación.

Objetivos

General

- Realizar una lectura crítica del concepto de resiliencia adaptado al contexto de las disciplinas histórico-sociales.

Específicos

1. Examinar de forma crítica el estado de la definición del concepto de resiliencia y de su red conceptual, mediante el análisis focalizado en algunos vínculos que diferentes autores establecen entre la resiliencia y otros conceptos subsidiarios.
2. Examinar las vertientes y modelos de la resiliencia con la finalidad de analizar sus diferencias conceptuales.
3. Analizar la relación entre el concepto físico y psicológico de resiliencia.
4. Realizar una reflexión crítica sobre algunos aspectos históricos referidos al origen y la evolución del concepto de resiliencia.
5. Realizar una reflexión sobre algunos aspectos que posiblemente se encuentran en la base de la gran aceptación social del concepto de resiliencia.
6. Analizar la posible vinculación ideológica de la resiliencia con doctrinas como el «darwinismo social».
7. Reflexionar críticamente sobre los conceptos de *desviación* y *salud mental* en relación con el concepto de resiliencia.

Justificación

Hay en la literatura de la resiliencia un aspecto atractivo, que engancha al lector y hace agradable su lectura. En general, en la resiliencia, los autores parecen apelar a un estilo de escritura directo, sin muchas complicaciones; tal vez con la deliberada finalidad de facilitar la labor de comprender. Pero también, gran parte del mérito quizá lo tenga la lucha ideológica que subyace a la teoría: «la reivindicación de la dignidad humana minada por tantos siglos de ciencia». Sin embargo, aquello que aparece agradable ante nuestros sentidos suele con frecuencia adormecer – y a veces suspender completamente – nuestra capacidad de pensamiento crítico.

La revisión del estado de la cuestión revela problemas que difícilmente pueden obviarse. Motivo que me ha llevado a concentrar esfuerzos en subrayar la escasa claridad enmascarada por un estilo simple de escritura, de frases pletóricas de un intenso positivismo que impacta inicialmente al lector desprevenido o poco exigente; pero que se revela al examinar con mayor detenimiento las definiciones del concepto principal y las relaciones de su red conceptual que pretenden adoptar una función explicativa y (o) comprensiva del fenómeno. Por tal motivo, desde un comienzo fue mi intención representar dicho desconcierto en la pregunta reiterativa: *¿Pero, qué es la resiliencia?* Si algo he intentado hacer evidente es la dificultad encontrada por los teóricos de este campo para definir el concepto, o al menos me cabe esperar haber levantado dudas bien fundamentadas al respecto. Y, sin esta definición, es lógica la consecuente dificultad para alcanzar explicaciones y (o) comprensiones mínimamente satisfactorias del supuesto fenómeno de la resiliencia humana. Esto de por sí invalida el conformismo de aquellos para los que, a falta de una definición, son suficientes ideas fundamentales.

Es también interesante considerar que la inclusión de un nuevo concepto en un campo disciplinar o dominio del saber siempre conlleva a enfrentar consecuencias de diferente índole, debido a que jamás su origen puede estar desligado de circunstancias sociales,

políticas y culturales bien definidas (Kuhn, 1998). ¿Qué consecuencias trae consigo la resiliencia? ¿A qué intereses puede estar sirviendo? Con base en los postulados de esta teoría, muchos autores se preguntan por los límites de la responsabilidad individual en la solución de los problemas sociales (Sánchez, et al., 2002). Entonces, probablemente no sea inocente el alto interés mostrado por el Estado colombiano en los proyectos generados desde el marco de la resiliencia. Quizá tampoco lo sea la propaganda positiva hecha por los medios de comunicación a la autogestión como la mejor vía de solución de muchos problemas comunitarios desatendidos por el mismo Estado, y que constituyen su deber principal.

Por eso, bien vale la pena atender a las reflexiones de Foucault, cuando hace saber que “el papel de intelectual ya no consiste en colocarse «un poco delante o al lado» para decir la verdad muda a todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del «saber», de la «verdad», de la «conciencia», del «discurso»” (Foucault y Deleuze, 1977; p. 9). Y aunque sea imposible evitar por completo las consecuencias socialmente negativas que pudiere acarrear la introducción de una teoría o concepto nuevo, como lo es la resiliencia en las humanidades, por más esfuerzo volcado en tal labor, vale la pena reflexionar con suficiente atención sobre su construcción teórica; así sea con la única finalidad de no facilitarle, en demasía, al poder de turno, la utilización indiscriminada de los desatinos académicos a su favor.

Inquirir con criticismo la literatura de la resiliencia no es por lo tanto una acción inofensiva, ni mucho menos un acto de mala fe en atentado contra el espíritu humanista de sus teóricos, para quienes los problemas mencionados parecen no revestir mayor importancia en vista de las demás virtudes de la resiliencia. Implica, en este caso, preguntarse por las posibles consecuencias – no sólo teóricas, sino también en otros planos – de una teoría «heurística» construida sobre una base endeble; que está siendo recibida casi sin cuestionamientos, y aplicada, sin la prudencia saludable, a la manera de un milagroso jarabe “curalotodo”.

Metodología

El presente trabajo de investigación, dada su naturaleza eminentemente teórica, se proyectó como una monografía; además porque la estructura de este formato presenta la ventaja de permitir una organización de la información que beneficia tanto la exposición como la argumentación, necesarias en perspectiva del logro de los objetivos planteados.

En una primera etapa se realizó una lectura exploratoria, con la finalidad de profundizar en el conocimiento del estado de la cuestión; lectura que estuvo orientada por las siguientes preguntas: ii) ¿cómo, cuándo y dónde se originó el concepto?; iii) ¿cuáles son sus principales conceptos y nociones subsidiarias y sobre qué marcos teóricos se soporta?; iv) ¿cuáles fueron las pretensiones teóricas originales del concepto y hasta dónde se han extendido en la actualidad?; v) ¿cuál es el aporte de la resiliencia a la teoría psicológica?; y, en este sentido, vi) ¿es necesario el concepto de resiliencia? En cambio, en una segunda etapa se concertaron esfuerzos en la organización de la información y en la elección de los asuntos sobre los que se focalizaría el trabajo de reflexión y análisis. Finalmente, en una última etapa se concretó el trabajo de relectura, de reflexión crítica y de escritura.

“Pequeños ardides dotados de un gran poder de difusión, acondicionamientos sutiles, de apariencia inocente, pero en extremo sospechosos, dispositivos que obedecen a inconfesables economías, o que persiguen coerciones sin grandeza, son ellos, sin embargo, los que han provocado la mutación del régimen punitivo en el umbral de la época contemporánea” (Foucault, 1976, p. 146).

Capítulo 1

¿Qué es la resiliencia?

El problema de la definición del concepto de «resiliencia» en el campo del conocimiento histórico-social.

Cuando alguien inicia el estudio de un nuevo asunto, probablemente se interesará antes que todo por encontrar definiciones puntuales de los términos o conceptos considerados más relevantes. Es un hecho apenas lógico y previsible. Por lo tanto, al abordar la cuestión de la resiliencia en la psicología, la pertinencia de la pregunta ¿qué es la resiliencia? es obvia; quizá por eso muchos autores que tratan el tema inician sus escritos intentando una explicación de la misma. Es de esperarse, igualmente, que en el orden de las disciplinas dedicadas a la construcción de un saber de lo propiamente humano, aquellas cuyo objeto de estudio es el hombre, la labor de definir sea mucho más complicada e inexacta que en las llamadas ciencias naturales; y tal vez no apunte a alcanzar el hecho explicativo tanto como el comprensivo, en el sentido de la distinción fundamental realizada por Von Grignt (1980) entre las ciencias naturales y las ciencias sociales². ¿Pero qué sucede cuando una definición, si bien no consensuada, al menos con cierto nivel de claridad y precisión no se logra?

La revisión de literatura sobre el asunto de la resiliencia, en la psicología, enfrenta al lector desde el comienzo con un fenómeno interesante en cuanto a la pluralidad en la definición

²Georg Henrik von Wright sostiene que el orden de la explicación es, por definición, el orden de la cientificidad. Por decirlo de alguna manera: un fenómeno natural o un postulado matemático, por la misma susceptibilidad de demostración, pueden ser explicados apelando al orden cartesiano de las razones; pero la conducta intencional humana únicamente puede ser comprendida, y niega generalmente el acceso a toda posibilidad explicativa.

del término; interesante en la medida en que tal falta de consenso obliga a preguntarse si acaso existen dificultades epistemológicas y metodológicas de fondo en la conceptualización e investigación del fenómeno. Para ejemplificar lo dicho, sólo en el estado de la cuestión de Kotliarenko, Cáceres & Fontecilla (1997) se pueden leer las siguientes definiciones de resiliencia:

- Enfrentamiento efectivo ante eventos y circunstancias de la vida severamente estresantes y acumulativos (Lösel, Blieneser y Köferl en Brambing et al., 1989).
- Historia de adaptaciones exitosas en el individuo que se ha visto expuesto a factores biológicos de riesgo o eventos de vida estresantes; además, implica la expectativa de continuar con una baja susceptibilidad a futuros estresores (sic) (Luthar y Zingler, 1991; Masten y Garmezy, 1985; Werner y Smith, 1982 en Werner y Smith, 1992).
- La resiliencia se ha caracterizado como un conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida sana, viviendo en un medio insano. Estos procesos tendrían lugar a través del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre atributos del niño y su ambiente familiar, social y cultural. De este modo, la resiliencia no puede ser pensada como un atributo con que los niños nacen, ni que los niños adquieren durante su desarrollo, sino que se trataría de un proceso interactivo entre éstos y su medio (Rutter, 1992).
- Milgram y Palti (1993) definen a los niños resilientes como aquellos que se enfrentan bien [cope well] a pesar de los estresores ambientales a los que se ven sometidos en los años más formativos de su vida.
- Concepto genérico que se refiere a una amplia gama de factores de riesgo y los resultados de competencia. Puede ser producto de una conjunción entre los factores ambientales, como el temperamento y un tipo de habilidad cognitiva que tienen los niños cuando son muy pequeños (Osborn, 1993).
- Habilidad para surgir de la adversidad, adaptarse, recuperarse y acceder a una vida significativa y productiva. (ICCB, 1994).
- La resiliencia distingue dos componentes: la resistencia frente a la destrucción, esto es, la capacidad de proteger la propia integridad bajo presión; por otra parte, más allá de la resistencia, la capacidad para construir un conductismo vital positivo pese a circunstancias difíciles (Vanistendael, 1994). Según este autor, el concepto incluye,

además, la capacidad de una persona o sistema social de enfrentar adecuadamente las dificultades, de una forma socialmente aceptable.

- Capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas o incluso ser transformado por ellas. La resiliencia es parte del proceso evolutivo y debe ser promovido desde la niñez (Grotberg, 1995).
- La resiliencia habla de una combinación de factores que permiten a un niño, a un ser humano, afrontar y superar los problemas y adversidades de la vida (Suárez, 1995).

Como se observa, la referencia menos antigua del mencionado estado de la cuestión es de 1995. Agrego otras, creyendo conveniente incluir definiciones más recientes; aunque ello implique alargar quizás demasiado la lista, arriesgándome a introducir algo de monotonía en el texto. Me excuso diciendo que tal vez es una consecuencia aceptable si se trata de conservar un mínimo de rigurosidad en esta investigación. Veamos, entonces, lo dicho por otros autores en escritos más actuales respecto de la resiliencia:

- De acuerdo con Paul Bouvier (citado por Jaramillo, 2002; p. 231) “la resiliencia no es ni una vacuna contra el sufrimiento, ni un estado adquirido e inmutable, sino un proceso, un camino que es preciso recorrer”.
- Mansour (2001, p. 87), para posicionarse frente al concepto de resiliencia toma prestadas dos afirmaciones: la primera, de Vanistendael: “Resiliente es quién es feliz y productivo”; y la segunda, de Rutter: “Resiliente es el niño que no ha desarrollado problemas emocionales ni de conducta a pesar de su exposición a circunstancias difíciles”.
- Para Manciaux, Vanistendael, Lecomte y Cyrulnik (2001) la resiliencia es la capacidad de una persona o grupo para desarrollarse bien, para seguir proyectándose al futuro a pesar de sus situaciones difíciles y traumas graves.
- Después de una larga reflexión, Colmenares (2002a, p. 90) concluye que la resiliencia va más allá de ser una metáfora, en el sentido dado por Boris Cyrulnik³, afirmando

³"Boris Cyrulnik habla del uso de este concepto como una metáfora en la psicología, para nombrar no sólo la resistencia al choque sino, sobre todo, la capacidad de absorberlo y rebotar." (Colmenares, 2002c; pp. 141 – 150). Este autor, en diferentes partes de sus escritos acerca de la resiliencia, remite a la imagen de un resorte o de otras estructuras capaces de soportar grandes deformaciones elásticas para ilustrar aspectos del supuesto fenómeno en el ser humano. Por ejemplo, comenta que la resiliencia es una palabra muy usada por los marineros en la ciudad de Toulon para designar la capacidad de los submarinos de mantener su estructura a pesar de las presiones del medio marino. (Cyrulnik, 2002a).

en el trabajo referenciado: “(...) esta reflexión ha propuesto un pasaje del uso de la resiliencia como metáfora a la resiliencia como organización psicológica”.

- Vanistendael y Lecomte (2004) aseguran que la resiliencia es más que soportar una situación traumática; consiste en reconstruirse, en comprometerse con otra dinámica de vida. Para estos autores, el vínculo y el sentido son los fundamentos básicos de la resiliencia.
- Finalizando, Henderson, E. (2004a, p. 155) define a la resiliencia como la “capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido o transformado por las experiencias de adversidad”. Y propone un «célebre» modelo caracterizado por la posesión de cuatro áreas: los soportes y recursos externos (“yo tengo”), la fortaleza intrapsíquica (“yo soy” y “yo estoy”), y las habilidades interpersonales y sociales (“yo puedo”); en cuya interacción recíproca generarían conductas o características resilientes (160 -161):
 - Yo tengo: (1) personas en quienes confió y me quieren incondicionalmente; (2) personas que me ponen límites para que aprenda a evitar los peligros o problemas; (3) personas que me muestran por medio de su conducta la manera correcta de proceder; (4) personas que quieren que aprenda a desenvolverme solo/a; (5) personas que me ayudan cuando estoy enfermo/a o en peligro o cuando necesito aprender.
 - Yo soy: (1) una persona por la que otros sienten aprecio y cariño; (2) feliz cuando hago algo bueno para los demás y les dedico mi afecto; (3) respetuoso/a de mí mismo y del prójimo.
 - Yo estoy: (1) dispuesto/a a responsabilizarme de mis actos; (2) seguro/a de que todo saldrá bien.
 - Yo puedo: (1) hablar sobre cosas que me asustan o me inquietan; (2) buscar la manera de resolver mis problemas; (3) controlarme cuando tengo ganas de hacer algo peligroso que no está bien; (4) buscar el momento apropiado para hablar con alguien o actuar; (5) encontrar a alguien que me ayude cuando lo necesito.

Aunque las definiciones aquí mostradas pueden no ser suficientes para pretender abarcar todas las posibilidades, por obvias razones no tengo alternativa diferente a la de trabajar con una muestra de ellas, confiando en que sea representativa; pero siempre siendo

consciente de la posibilidad de haber omitido alguna importante. De todas maneras, como acierta a decir Tisseron (2006, p. 276), “las teorías y las prácticas que usan a la palabra «resiliencia» son tan numerosas que uno siempre puede ser acusado de ignorar algunas”⁴.

Desde un comienzo, la cantidad de definiciones de resiliencia no deja de inquietar. Varios autores, tanto críticos como defensores del concepto (Kotliarenco y Lecannelier, 2004; Kalawsky y Haz, 2003; Henderson, N. y Milstein, M., 2003; Mansour, 2001; Theis, 2001), coinciden en reconocer la inexistencia de un acuerdo en cuanto a su definición. Obviamente los abogados de la resiliencia no lo comprenden como algo crítico. Por ejemplo, sobre este aspecto Henderson y Milstein (p. 26) comentan que aunque “no existe ninguna definición universalmente aceptada de ‘resiliencia’, (...) casi todas las que figuran en la bibliografía son similares”. En completo acuerdo con los anteriores, Kotliarenco y Lecannelier (p. 124) argumentan más detalladamente: “Distintos autores han dado diferentes definiciones respecto del concepto de resiliencia. Sin embargo, un análisis de éstas nos señala que persisten ciertas ideas fundamentales”, a saber:

- La resiliencia se da en la adversidad, el dolor o el estrés.
- Se especifican factores, internos y externos al individuo, que le permiten resistir la adversidad para tener luego la capacidad de construir.
- La resiliencia siempre implica fortalecimiento y aprendizaje en el dolor.
- Es inestable en el tiempo y frente a distintos estímulos.
- Es de difícil predicción.

No obstante, como bien se reconoce, sólo son «ideas fundamentales», mas no propiamente una definición. Y tal vez sucede porque la mayoría de los teóricos de la resiliencia, conscientes de ciertas implicaciones – que por ahora sólo dejaré en el terreno de la sospecha – parecieran querer esquivar de manera intencional su definición directa y precisa, tal como se esperaría de un *concepto* en el sentido epistémico; o – para no levantar objeciones por mi suspicacia – habré de considerar también el enfrentamiento de una dificultad cuya causa es insospechada para ellos. ¿Cuál es, entonces, esa dificultad implícita en todo esto para que los autores se vean compelidos a utilizar una prosa alusiva para hablar de la resiliencia?: “Enfrentamiento efectivo ante (...)”, “Historia de adaptaciones exitosas (...)”,

⁴ «Les théories et les pratiques qui se réclament du mot de «résilience» sont si nombreuses qu’on peut toujours être accusé d’en ignorer certaines»

“La resiliencia distingue dos componentes (...)”, “La resiliencia habla de una combinación de factores (...)”, “Es más que soportar una situación traumática (...)”, “Concepto genérico que se refiere a una amplia gama de factores de riesgo (...)”⁵. Imposible dejar de notar la ambigüedad e insuficiencia en las definiciones de este estilo, caracterizadas por una fatigante perífrasis. Después de analizarlas toma fuerza la impresión de un evitamiento deliberado del compromiso con una manifiesta orientación conceptual, porque antes que definiciones son claramente alusiones a «un algo» demasiado subjetivo, casi misterioso, que en última instancia terminaría siendo la resiliencia; pero cuyo carácter inefable no alcanza al lector desprevenido, generando en él falsas convicciones de comprensión; hecho, sin duda, de alguna manera verificable en la expresión de Daniel Rodríguez, citada por Galende (2004, p. 23) en un sentido aforístico: “la resiliencia es un concepto fácil de entender pero difícil de definir, e imposible de ser medido o calculado exhaustivamente”. En fin, “cuando se confunden formas de decir con definiciones o se sustituyen propiedades por sustantivos, se engendran expresiones sistemáticamente engañosas de género parecido al que aquí florece” (Reynoso, 2009; p. 16)⁶. Y respecto a percibir fácil la comprensión de un fenómeno cuando en realidad su definición ha demostrado ser tan difícil, por no decir imposible hasta el momento, no sólo señalo su obvia incongruencia sino también llamo la atención acerca del peligro enmascarado en las creencias y afirmaciones de este tipo, que aparte de alentar confianza en un conocimiento endeble justifican relegar el trabajo epistemológico en favor de una actividad práctica supuestamente más provechosa.

Otra técnica usada para hablar de la resiliencia humana, intentando soslayar o compensar la dificultad de su definición, es la de guiarse a establecer características de lo que debería ser el comportamiento de los individuos resilientes, e identificar factores obstaculizadores y coadyuvantes de su advenimiento. Esta modalidad, adoptada por Milgram y Palti (citados por Kotliarenko, Cáceres & Fontecilla; 1997), Mansour (2001) o Henderson, E. (2004a), y en general por todos los autores en la resiliencia, resulta al final en un generoso compendio de listas de recursos, competencias, capacidades, pilares o como quieran llamarse, en donde tampoco hay demasiada convergencia. Y eso que caracterizar la conducta es la única posibilidad, porque sería un despropósito caracterizar a los individuos directamente; a menos que sirva de algo conocer el peso, la estatura, el color de piel y demás cualidades físicas de una persona para determinar su resiliencia. En consecuencia, se termina diciendo

⁵Fragmentos tomados del listado de definiciones presentado con anterioridad.

⁶La frase citada corresponde a un principio epistemológico desentrañado por Gilbert Ryle en 1932, y aunque parafraseado por Reynoso en el análisis crítico de los tres principios formulados por Edgar Morín en su particular visión de la teoría de la complejidad, la similitud de las circunstancias autoriza sin impedimento su aplicación en la resiliencia.

que las personas resilientes son respetuosas, amables, optimistas, esperanzadas, etc., y que enfrentan bien las adversidades del ambiente, por tanto son felices y productivas desde el punto de vista de la sociedad a la que pertenecen; con lo cual demuestran no haber desarrollado problemas de conducta pese a su amargo historial de desventuras. Lo contrario aplicaría por supuesto para las no resilientes. Y por la vía de esta retórica, como también lo advierten Kalawsky y Haz (2003), las explicaciones de la resiliencia revelan un cierto ‘sabor’ a tautología: un individuo es resiliente porque supera positivamente la adversidad, y al mismo tiempo no se deja minar por la adversidad dado que tiene esperanza, buen humor, sueños, es feliz, competente y es capaz de ser referente de sí, entre muchas otras virtudes. En resumidas cuentas, ¡porque es resiliente! Nuevamente nos encontramos aquí ante la violación de otro principio epistemológico, quizá el mejor establecido – según lo afirma Reynoso (2009, p. 16) – desde Alfred North Whitehead en 1964 hasta el momento, y “éste es que las propiedades observables en la conducta de un objeto (o los estados que ellas asumen) no pueden invocarse como principio explicativo de esa misma conducta”. Aunque, en honor a la verdad, debo reconocer en esta segunda alternativa un avance: capacita de forma rápida y eficaz para apartar – si se me permite decirlo de este modo – ‘el trigo de la paja’. Ahora bien, conociendo los rigores de la vida, más en un país como Colombia, poco se equivocarán quienes se aventuren a suponer resilientes a casi todos los individuos que se ven usualmente felices y optimistas, siendo también en su dicha útiles para la sociedad; y no lo harán, en absoluto, si llaman no resilientes a los desdichados e incapaces. Pero, de todas maneras, esto no significa saber gran cosa de la resiliencia, sobre qué es, y menos todavía conocer las razones de la felicidad y el éxito social de unos y el fracaso y la desdicha de otros bajo similares circunstancias. A la sazón, establecer criterios para categorizar conductas sobre una base por demás incierta, es atreverse a incurrir en una moralización arbitraria, abusiva y nada provechosa desde un punto de vista teórico.

En otro intento de definición de la resiliencia, cuando Rutter (citado por Kotliarenko, Cáceres & Fontecilla; 1997) afirma que se la ha caracterizado como un «conjunto» de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan llevar una vida sana a pesar de la insanidad del medio, para terminar diciendo que no se trata de un atributo innato ni adquirido, sino de un proceso interactivo acaecido en el tiempo, no se sabe finalmente si la resiliencia es en sí el conjunto de tales procesos, si es un corolario de ellos – lo que sería más congruente – o más bien un proceso diferente con un resultado específico. Además, surgen otras dudas a partir de esta definición: ¿Para este caso, qué se entiende por proceso social y qué por proceso intrapsíquico específicamente?⁷ ¿A qué procesos, de los tantos sociales e

⁷Es cierto, de los significantes, «proceso social» y «proceso intrapsíquico», podemos inferir que los

intrapsíquicos posibles, se refiere Rutter? ¿Cómo interactúan estos procesos para producir afortunadas combinaciones entre los atributos del niño y su ambiente familiar, social y cultural, tal como supone el autor? Y si tales procesos son temporales, ¿es factible hablar de resiliencia en tiempo presente? Quizás no, ya que sería imposible saber con seguridad si el conjunto de tales procesos sociales e intrapsíquicos en curso, y sus interacciones, pueden considerarse resilientes hasta no conocer su resultado definitivo; y cuando lo conozcamos, prácticamente habrán ya terminado. Esta paradoja pone de manifiesto el absurdo en el hecho de caracterizar a la resiliencia como un conjunto de procesos, sean cuales fueren, y no como un resultado conductual; y lleva a pensar en la observación de Cyrulnik (2002c) – acerca de que es un error fundamental hablar actualmente de ser más o menos resiliente, cuando la resiliencia consiste más en un estar que un ser – el cual, haciendo caso omiso de su vaguedad, se muestra en desacuerdo con las posiciones de la mayoría de los autores: con algunos en un nivel teórico, es el caso de Rutter; y con otros, porque, pese a su aparente aceptación de la tesis de Cyrulnik, no cejan en su empeño por medir de alguna forma la resiliencia humana⁸.

Algo parecido sucede con Luthar, Zingler, Masten, Garmezy, Werner y Smith (citados por Kotliarenko, Cáceres & Fontecilla; 1997), al decir que la resiliencia es una historia de adaptaciones exitosas de un individuo que ha enfrentado diversas situaciones de riesgo en el pasado. No queda claro: según ellos, ¿es la resiliencia la historia narrada o el logro adaptativo en cada ocasión? Porque, además, y en contraste con otras definiciones, sus palabras implican la necesidad de sucesivos éxitos.

Y los autores que se refieren a la resiliencia en términos más directos, cual «capacidad» o «habilidad», nos dicen poco o nada de dónde y cómo surgen dichas facultades; de su desarrollo – si lo tienen – y de los mecanismos a ellas subyacentes y sus respectivas operaciones. Así, son éstas también un completo misterio; igual al que se intenta definir o aclarar con su inclusión.

En último lugar, de entre todas las definiciones presentadas resalta una por su aventurada propuesta, siendo menester dedicarle mayor atención. Colmenares (2002a) sostiene que la resiliencia corresponde a una forma determinada de organización psicológica evidenciada en las respuestas conductuales, socialmente positivas, de ciertas personas ante el enfrentamiento de un evento traumático; por eso plantea el problema fundamental de la

primeros son procesos que tienen lugar en la sociedad y los segundos en el psiquismo; pero eso es tan sólo una tautología en nada aclaratoria.

⁸Cf. “El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales”, capítulo 2.

resiliencia⁹ en términos de una supuesta diferencia en dicha organización. Me es posible suponer, entonces, que se trataría de una postura teórica fuerte en la medida en que permite inferir una clara división en las posibilidades del devenir del psiquismo humano: hay organizaciones psicológicas resilientes y no resilientes. Por el contrario, si me equivoco en mis inferencias, y el asunto es de matices, el acento vuelve a recaer en la cuestión de si es procedente hablar de personas más o menos resilientes, lo que conduciría definitivamente a la intención de ponderar el fenómeno.

Sea cual fuere el caso, la reflexión que le permite a Colmenares alcanzar esta conclusión parte de la suposición de un principio regidor del proceso de organización del psiquismo, llamado por la autora *ética vital*. La ética vital se diferenciaría de una ética fundamentada en valores sociales y culturales, porque su base se sitúa en la precoz capacidad individual – incluso intrauterina – de valorar y elegir las circunstancias cuyo corolario sería el bienestar del bebé¹⁰. Así, y mediante este principio, gradualmente se produciría el relevo de un sistema de referencia puramente fisiológico por otro psicológico, en respuesta a las exigencias de un proceso de construcción de una adaptación inteligente al medio; relevo necesario en vista de la ausencia, en el bebé, de un sistema innato de significaciones que le garantice la supervivencia en un mundo tan particular como el humano. El final de este proceso tendría como consecuencia el desarrollo de cierto tipo de consciencia denominado *consciencia psicológica*. Por ello, a fin de cuentas, sería la ética vital el fundamento último de la supuesta resiliencia en el hombre (Colmenares, 2001 y 2002a).

Sin embargo, si la resiliencia se formula en función de la forma de organización psicológica, ¿qué es entonces la resiliencia? Sería absurdo pensar en ella como la organización misma, razón por la que tal vez Colmenares (2002a) aplica sin distinguo el adjetivo ‘resilientes’ cuando habla de organizaciones psíquicas pero también de conductas. Con esto se incurre nuevamente en lo mismo, aquello que he procurado resaltar en casi todas las definiciones hasta ahora presentadas; se trata de un problema ya señalado por Kalawsky y Haz (2003), y es la marcada tendencia a utilizar el término *resiliencia* para denotar elementos pertenecientes a categorías distintas: en este caso, organización y conducta, en otros antes mencionados, proceso y resultado. Traducido a palabras generales, quiere decir la confusión de la causa y el efecto. Esta tendencia se debe quizá al alto grado de incertidumbre dejado por las definiciones – aunque valdría también decir indefiniciones – del

⁹¿Por qué algunos seres humanos y comunidades son resilientes y otros no?

¹⁰“Preciso que llamo al feto bebé a partir de los siete meses de su gestación, cuando ha terminado su crecimiento in útero y puede considerarse un organismo completo y virtualmente listo para funcionar (...)” (Colmenares, 2002a, p. 64).

concepto. Empero, aun si se concede de buena fe la tesis de la organización psicológica de la resiliencia humana, restando importancia a la pregunta que ha guiado desde el inicio esta reflexión, en el desarrollo teórico de Colmenares no se estructura modelo¹¹ alguno que nos muestre la diferencia entre un psiquismo resiliente y uno no resiliente, infiriéndose aquella únicamente en el resultado, o sea la conducta. Por lo tanto, suponer una relación directa entre una forma específica de organización psicológica y la respuesta resiliente no constituye un avance respecto a las oscuras opiniones de otros autores.

Y nada mejora del lado de la ética vital. En primer lugar, porque el concepto mismo es cuestionable en diferentes puntos¹². En segundo lugar, porque si regencia el proceso de organización psíquica, tal como lo supone Colmenares (2002a), la ética vital debería ser obligatoriamente un principio universal; y si además siempre guía a la escogencia del bienestar ubicado “más allá de la simple supervivencia en términos biológicos” (p. 64), entonces, toda posibilidad del psiquismo de organizarse de forma no resiliente supondría cada vez fallas del medio. Es decir, las probabilidades de manifestación de la conducta resiliente dependerían completamente de las oportunidades ofrecidas por el ambiente sociocultural. Esto, fuera de ser difícilmente sostenible en perspectiva de la evidencia clínica¹³, igualmente entra en plena contradicción con otra parte importante de la postura de la autora y, en general, de la teoría de la resiliencia en su versión europea no anglosajona, a la cual ella se apega: se trata de la responsabilidad del sujeto¹⁴ en el proceso de construcción de la resiliencia.

Y para terminar con el examen de estas miradas tan particulares sobre un acontecimiento muy diverso, como efectivamente lo es el resultado de la confrontación humana con la

¹¹Cuando habló de modelo, lo hago en el sentido del término «modelo teórico»; tomando como ejemplo el modelo del aparato psíquico freudiano presentado en el “Proyecto de psicología” de 1895. Y lo que se quiere resaltar es la insuficiencia de acudir a la noción de «organización» para aludir al funcionamiento de un sistema, cuando en realidad no se realiza ninguna precisión acerca de su estructuración.

¹²Queda fuera de los objetivos de este trabajo realizar un análisis del concepto de «ética vital». Sin embargo, no sobran algunas preguntas para ilustrar el alegato. Entonces, si la ética vital se diferencia de una ética fundamentada en valores culturales, ¿cuál es la diferencia? Porque, ¿es posible hablar de un sistema de valores éticos «a-culturales» y más cuando se niega, como lo hace la autora, una base moral innata? Por otro lado, la historia nos puede dar cantidad de ejemplos de individuos y sociedades que con orgullo entregan sus vidas guiados por principios éticos. Esto quiere decir que la ética, por más vital que pueda ser, no siempre orienta a la conservación de la vida.

¹³Es bien sabido que para la mayoría de personas sufrientes, por diferentes razones, no bastan los consejos, los abrazos, las voces de aliento y, en general, los ofrecimientos de ayuda.

¹⁴Es necesario aclarar que aunque hubiese preferido utilizar las palabras «persona» o «individuo», el uso de la palabra «sujeto» obedece a la intención de no alterar el sentido de las frases de los autores en resiliencia, para quienes el significante introduce las ideas de subjetividad, capacidad de significación, intencionalidad, azar, albedrío, etc. Y así será de aquí en adelante, a menos que señale otra cosa.

adversidad, y que han dado por llamarlo resiliencia, finalmente pregunto: si el hecho resiliente también depende de una valoración social, como bien se reconoce, ¿dónde se ubicaría verdaderamente el poder de la resiliencia: en el individuo, en su organización psíquica o en los juicios de la sociedad?

Llegado el final de este recorrido por los numerosos intentos de definición de la resiliencia humana, indiscutiblemente se pudo identificar cierta dificultad al respecto; lo reconocen los mismos constructores de la teoría. ¿Qué es la resiliencia? La pregunta inicial sigue aún vigente. ¿Es una historia de adaptaciones exitosas, un proceso o un conjunto de ellos, un ser o un estar, un mecanismo, una capacidad, una habilidad, una colección de virtudes, una organización psicológica o tan sólo un resultado conductual valorado como positivo por una sociedad bajo criterios morales y utilitaristas? Este hallazgo hace obligante la labor de interrogar a la teoría en la búsqueda de posibles causas e implicaciones subyacentes al problema de la definición. Y apuntando a tal objetivo, no hay alternativa diferente que la de seguir con paciencia el desarrollo de la investigación para saber hasta dónde conduce.

Sobre la multiplicidad de las relaciones conceptuales en la resiliencia.

Ningún concepto se encuentra aislado, sino que está inserto en una intrincada red de relaciones conceptuales en donde cobra completo sentido; la resiliencia no es la excepción. Teniendo en cuenta los problemas encontrados en el análisis de los intentos de definición del concepto, ¿qué cabe esperar de la resiliencia al respecto? La exploración de la literatura lleva justamente al reconocimiento de que el problema de la excesiva diversidad teórica de la resiliencia no parece restringirse al asunto de la definición del concepto, porque así mismo se encuentra gran heterogeneidad en las relaciones establecidas por los diferentes autores entre la resiliencia y otras nociones subsidiarias. Por ejemplo: Cyrulnik (2001, 2002a y 2002b) habla de recursos internos y externos, factores de resiliencia, oxímoron, sujeto escindido, tutores de resiliencia y narratividad; Bouvier (2001) de factores de riesgo y temperamento; Colmenares (2002a) de organización psicológica, consciencia de sí, sujeto psicológico y ética vital; Manciaux (2002) de vulnerabilidad, periodos de riesgo, factores de riesgo y de protección, contextos de desarrollo, competencias y *coping*; Vanistendael y Lecomte (2004) de sentido de vida; Henderson, E. (2004a) de soportes y recursos externos, fortaleza intrapsíquica y habilidades sociales; Melillo (2004a y 2004b) de pilares y antipilares de la

resiliencia, y parece concordar con Yolanda Gampel (citada por Melillo, 2004a) cuando postula la existencia en el ser humano de un sustrato de seguridad y un sustrato de lo siniestro.

El anterior listado no es escaso, aunque tampoco llega a ser completo. Sin duda, muchos más autores manejarán hipótesis diferentes sobre las relaciones conceptuales de la resiliencia. Con todo, un tratamiento aceptable de las aquí mencionadas requeriría de un trabajo independiente; por tal motivo, y obedeciendo a un criterio de necesidad, me limitaré a tratar sólo algunas relaciones dependiendo del desarrollo argumentativo en cada momento.

En lo tocante a la amplia multiplicidad de relaciones conceptuales de la resiliencia, tal vez se objete diciendo de nuevo que muchos de los conceptos asociados con ella, aunque aparentemente disimiles, remiten en el fondo a lo mismo [1]. Mientras que algunos autores, con sus propias concepciones, complementan las disertaciones de otros [2]. Y que, por otro lado, las marcadas disyuntivas teóricas percibidas quedarían justificadas por las diferencias específicas de la disciplina y (o) modelo de resiliencia desde donde habla cada autor [3].

Contesto al primer argumento admitiendo que la relajada derivación del discurso de ciertos teóricos de la resiliencia, mostrada en la utilización a veces indistinta de algunos significantes, y la falta de rigurosidad en la definición de los conceptos, dificulta precisar si son éstos homólogos o diferentes. Cyrulnik (2002a, 2002b), por ejemplo, no habla generalmente de factores de protección y de riesgo¹⁵ sino de recursos internos y externos; quizá porque de este modo procura deliberadamente introducir la idea de un individuo intencional, volitivo, que en virtud de su resiliencia realiza un aprovechamiento positivo de los elementos circunstanciales conforme a los sentidos y significados muy particulares otorgados por él a sus experiencias pasadas y presentes. Al fin y al cabo es ésta la tesis básica de la vertiente europea – no anglosajona – de la resiliencia, de la cual el mentado autor es su exponente más representativo. Dicho de distinta manera, se pretende introducir la noción de sujeto en la resiliencia, en una de las singulares acepciones tomadas por este concepto en la

¹⁵Kotliarenko, Cáceres y Fontecilla (1997) citan a Rutter (1985) para definir los factores protectores como las “influencias que modifican, mejoran o alteran la respuesta de una persona a algún peligro que predispone a un resultado no adaptativo” (p. 12). Luego advierten que los factores protectores pueden, incluso, no constituir experiencias agradables, dado que circunstancias de alto estrés experimentadas antes por un individuo pudieron fortalecerlo para afrontar en un futuro circunstancias similares; además, los factores protectores, a diferencia de las situaciones positivas, suelen manifestar sus efectos de manera diferida, es decir, ante la presentación de una circunstancia adversa posterior; finalmente, un factor protector puede referirse a una cualidad del individuo y no constituir una experiencia en absoluto. Por contraste, los factores de riesgo asumirían un significado contrario.

teoría¹⁶. No obstante, Cyrulnik parece referirse en ocasiones a los recursos internos y externos llamándolos también factores de resiliencia, como sucede en su disertación sobre las diferentes modalidades de estructuración afectiva, en donde dice:

Estos niños han aprendido la esperanza: si soy o he sido amado es porque soy amable. Ahora sufro porque me ha sucedido una desgracia: mi madre está enferma, es mala, mi padre está ausente, ha fallecido. Pero en mi memoria de bebé de diez meses he aprendido que soy amable puesto que he sido amado; por lo tanto sufro, pero guardo la esperanza. Allí vemos el aprendizaje preverbal de un fuerte factor de resiliencia. (Cyrulnik, 2002a; pp. 42 – 43).

Obviando la cuestión de si es procedente o no considerar un factor de resiliencia a algo tan ideal como la «esperanza», porque en un sentido amplio ¿quién no tiene esperanza?, la pregunta es: si apelando a su connotación se utiliza la palabra ‘recursos’ con la finalidad de marcar una diferencia respecto a lo que otros autores denominan ‘factores’, ¿por qué de forma tan descuidada se oscila en el mismo discurso entre los dos términos? ¿O en realidad no se trata de un descuido y entre los elementos nombrados por Cyrulnik (2002a) – apego seguro, apego indiferente, apego evitante, buena madre o figura de apego, seducción, simpatía, amabilidad, esperanza, etc. – son unos recursos y otros factores? Probablemente así sea, pero, por cierto, el autor no lo especifica ni tampoco da pistas para poder deducirlo; dejando desconcertado al lector un poco más exigente.

Lo mismo pasa con el concepto *tutor de resiliencia*. Sus márgenes aparentan ser tan amplios o quizá difusos para Cyrulnik (2002a), que en ocasiones pareciera referirse con éste a las personas e instituciones asumidas en el rol de dirigir u orientar al sufriente hacia la superación resiliente de un trauma:

[En un estudio] encuentran que treinta de esos niños han vivido desgracias en el curso de los quince meses de su vida: hospitalización por enfermedad grave o accidente, muerte de uno de los padres o de los dos, separación prolongada. (...) Pero si se comprende que estos niños han sido privados de un medio que autorizaba su desarrollo y que esta desgracia rompió los tutores, entonces se les proporciona tutores de reemplazo y en un mes observamos que el desarrollo de algunos de estos niños se reanuda y los ítems se instalan. (p. 40).

¹⁶Cf. “Sobre las corrientes teóricas y los modelos de la resiliencia”. Capítulo 1.

Mientras en otros momentos el término es usado para aludir a lo que el autor mismo llama recursos internos: “constatamos que hay allí un enorme tutor de resiliencia que es la narratividad” (pp. 46 – 47). Expresión que en el citado texto aparece como la capacidad personal de construir un relato de la propia desgracia.

En otro ejemplo, siguiendo a Manciaux (2002) para examinar el concepto de *coping*, se encuentra que es definido como “esa capacidad que ciertos sujetos presentan justamente para hacer frente a los aleas (sic), los traumatismos de la existencia” (p. 104). El autor también enumera un conjunto de factores, según él establecidos por la OMS mediante ciertos estudios realizados en diferentes culturas, y que tendrían relación con la manifestación de tal capacidad:

- Entorno familiar (o sustituto) capaz de responder a las necesidades de desarrollo del niño.
- Estima de sí mismo, desarrollo de una imagen positiva de sí, autonomía.
- Sentido de la eficacia de los recursos personales.
- Disponibilidad para acoger a los niños – por parte, evidentemente, del entorno social – y para apoyar a las madres solas.
- Buena integración en la vida, la escuela, la comunidad.
- Transferencia de recursos del Estado hacia las familias, y no solamente en las situaciones graves.
- Situación económica favorable.

Y advierte que ésta no es la única lista de factores de riesgo y protección. Pero, un momento... ¿No es esto resiliencia? Manciaux asimismo se lo pregunta. Sin embargo, felizmente responde:

La diferencia entre el *coping*, capacidad de hacer frente, y la resiliencia reside en que por una parte el *coping* es un evento instantáneo, a menudo único, mientras que la resiliencia es un estado mucho más estructurado y en principio mucho más durable. Podríamos decir que el *coping* es un comienzo de resiliencia pero que permanece muy limitado. La resiliencia, por el contrario,

consiste en varios *coping* sucesivos en diferentes dominios del comportamiento que en su conjunto constituyen un estado a la vez de resistencia frente a los acontecimiento y de construcción de la vida (p. 105).

Con esto, Manciaux prácticamente expresa que la resiliencia es un *coping* grande o un rosario de *coping*. ¿Qué tan grande? ¿Cuántos *coping* se necesitan? Al menos yo, con toda la exploración literaria realizada hasta el momento sobre el asunto, no logro formular una respuesta; y con esos criterios dudo de un acuerdo entre los mismos teóricos acerca de cuándo termina el *coping* y cuándo comienza la resiliencia. Por ello, la afirmación de Manciaux no es de ninguna manera aclaratoria. Siempre hay demasiado campo para valoraciones subjetivas. Aprovecho esta oportunidad para señalar un aspecto curioso de la resiliencia: sucede que cuando los autores parecieran hablar de cosas diferentes, se dice que hablan de lo mismo, aunque de diferente forma; y cuando se piensa que se refieren a un mismo concepto o fenómeno, resulta que están tratando con elementos dispares de la teoría.

En pocas palabras, esta retórica, aunque aparentemente sencilla y comprensible, es por demás ambigua. Y si esto acontece en un mismo autor y discurso, ¿se puede esperar encontrar mayor consenso cuando se comparan autores diferentes haciendo uso de sus particulares construcciones conceptuales? Si bien se tomó como ejemplo a sólo dos de ellos y, por motivos de espacio, se examinó aquí una parte muy reducida de sus exposiciones, de todos modos queda en duda cualquier posibilidad de creer que en la resiliencia, en referencia a cuestiones o conceptos a primera vista semejantes, todos los autores básicamente concuerdan; siendo éste un argumento demasiado débil como para desvirtuar la impresión de una excesiva heterogeneidad teórica. Es verdad, las diferencias a veces pueden percibirse sutiles, y el afán de reparar en ellas se observa exagerado; sin embargo, cuando de conceptos se trata, no sobran las precisiones.

Respecto a la segunda objeción, acaso me equivoco al pensar que la mayoría de los autores antes listados discurren sobre aspectos totalmente contrastantes, cuando en realidad cada uno es tan sólo una parte distinta pero complementaria del cabal sustento de la resiliencia... Es probable, empero aun siendo así, al no existir una definición de resiliencia libre de expresiones alusivas, o al menos de ambigüedades, sobre la cual establecer criterios claros que regulen y limiten la adición de nuevos conceptos a la teoría, ¿cómo saber si de una “fecunda heterogeneidad” (Suárez, 2004; p. 20) no se ha pasado a un vulgar eclecticismo? Porque, la verdad sea dicha, ninguna dificultad especial parece entrañar el proceso de

añadir nuevos elementos a la teoría de la resiliencia mientras tengan éstos connotaciones positivas. Así, el concepto confirma ser un continente muy, pero muy «elástico»; del que no se sabe hasta cuándo admitirá la inclusión de nuevos elementos sin romperse. Al final, la resiliencia deja la impresión de estar hecha de un material bastante resiliente.

Melillo (2004b), por citar un ejemplo, reflexionando en torno al concepto de *adaptación social*, y apoyado en la definición psicoanalítica de Zukerfeld¹⁷, aparte de los pilares ya existentes de la resiliencia comunitaria – auto estima colectiva, identidad cultural, humor social, honestidad estatal y solidaridad¹⁸– encuentra necesario definir un nuevo pilar: la capacidad de pensamiento crítico. ¿Hay, por cierto, algún impedimento para no añadir también a esta lista la esperanza y la fe social, el optimismo colectivo, los proyectos comunitarios de vida, y tantos otros términos positivos que uno se pudiese imaginar? Aparte de todo, lo interesante de este ejemplo, y del modelo en general de la resiliencia basado en pilares, es que remite más claramente a la imagen de aquellas construcciones a las cuales es necesario ir apuntalando cada vez que amenazan colapsar bajo el peso de su precario diseño.

Otro ejemplo de lo mismo nos lo ofrece Henderson, E. (2004a) con su particular modelo de la resiliencia, citado al comienzo de este capítulo. Con el tiempo la autora agregó seis elementos nuevos a esta abundante lista (Cf. Henderson, E., 2006; p. 21). Mi inquietud sigue siendo la misma: ¿cuál es el límite para la adición?, ¿el gusto, la imaginación y el criterio moral de cada autor?

Pero el panorama del eclecticismo empeora si no se reflexiona en los compendios de factores, recursos, soportes y pilares de resiliencia de cada autor por separado, sino que, al contrario, se los junta creyendo – como lo propone el argumento de la segunda objeción – que en la resiliencia gran parte de lo expuesto por un teórico complementa o refuerza lo dicho por otro. ¡Y todo con el agravante de que la teoría en cuestión encuentra sustento en campos tan dispares como el conductismo, el psicoanálisis, la epistemología genética de Jean Piaget, la psicología social y las neurociencias!

¹⁷“(. . .) Este autor define como adaptación (que podría entenderse como positiva o normal) ‘la capacidad del aparato psíquico para tener en cuenta: (a) la existencia de una realidad ajena al propio funcionamiento mental, ya sea corporal o intersubjetivo; (b) la posibilidad de realizar acciones para transformar en algún sentido aquellas realidades’”. (pp. 78 – 79)

¹⁸Es de aclarar que estos pilares de la resiliencia comunitaria son extensiones de los pilares de la resiliencia individual, y encuentran contraparte en sendos «antipilares» de la resiliencia comunitaria: “ ‘malinchismo’, fatalismo, autoritarismo y corrupción”. (p. 80). “Malinchismo” es un neologismo que, en el citado texto, hace alusión a la traición de ‘Malinche’, una azteca aliada de Hernán Cortéz en la conquista de su propio pueblo.

Ante la tercera y última objeción surge la pregunta: ¿cuántas versiones diferentes de resiliencia existen y cuántas están dispuestos a aceptar sus defensores y simpatizantes? Porque en consideración de los múltiples saberes desde donde la resiliencia toma sustento, no puede creerse ingenuamente en la posibilidad de construir con facilidad una única teoría de la resiliencia sin recaer por otra vía más en un burdo eclecticismo. No obstante, eso efectivamente se encuentra en la resiliencia, una colcha de retazos formada con la yuxtaposición de fragmentos de teorías diferentes pero con escasa articulación; como si una estructura teórica – el psicoanálisis o el conductismo, por ejemplo – fuera un rompecabezas del que se puede escoger sólo algunas piezas útiles en función de un determinado propósito, desechando impunemente las demás.

En perspectiva, tomando prestadas reflexiones de Kuhn (1998) sobre la historia del desarrollo científico, diré que toda esta mixtura teórica de la resiliencia recuerda, guardando las respectivas proporciones, la composición de las antiguas historias naturales – la de Plinio o la de Francis Bacon, del siglo XVII – cuya amplia manera de compendiar hechos del mundo y sus explicaciones es para Kuhn “un marasmo”; por lo que “duda en llamar científica a la literatura resultante” (p. 41), como sí consideran ciertos autores a la literatura de la resiliencia. Pero dada la indefinición del concepto principal, el de resiliencia, no es sorprendente que en cuanto a sus relaciones conceptuales las cosas también se encuentren en ese orden.

Sobre las corrientes teóricas y los modelos de la resiliencia.

Pocos autores parecen dirigir su reflexión hacia los diferentes campos desde donde la resiliencia toma sustento para construir sus fundamentos teóricos, y hacia la manera cómo en la teoría se organiza el cúmulo del saber para crear explicaciones u obtener comprensiones; y aún entre éstos son escasas las palabras.

Cito inicialmente a Suárez (2004) para ilustrar lo dicho, por ser quien diferencia de manera más escueta tres corrientes teóricas: “la norteamericana, esencialmente conductista, pragmática y centrada en lo individual; la europea, con mayores enfoques psicoanalíticos y una perspectiva ética; y la latinoamericana, de raigambre comunitaria, enfocada en lo social como lógica respuesta a los problemas del contexto.” (p. 19). En esta distinción podemos

identificar al menos dos criterios: la fuente desde donde se constituye la base teórica y el campo de aplicación; sin embargo, nótese una falta de uniformidad en su empleo. Por tal razón, aunque el autor señala tácitamente la diferencia de fundamentos entre las corrientes norteamericana y europea, nos deja en total oscuridad en ese aspecto en cuanto a la corriente latinoamericana. Sucede igual con el campo de aplicación: está claro, la resiliencia norteamericana es individualista; por el contrario, la latinoamericana es eminentemente colectivista; pero nos queda una gran duda en este sentido sobre la resiliencia europea.

Por su parte, Colmenares (2002a) realiza una disertación algo más extendida respecto a las orientaciones teóricas de la resiliencia, centrándose mayormente en el análisis crítico de la formulación inicial construida en torno a los conceptos de vulnerabilidad y riesgo¹⁹. Para caracterizarlas, la autora dirige su análisis a la relación establecida entre el individuo y su medio; sosteniendo la existencia de profundas diferencias teóricas implicadas en “situar al sujeto como referente del sentido de la experiencia, o situarlo como referencia de un sistema de interacciones favorables o desfavorables a su organismo.” (p. 82). En palabras más sencillas, se trata de establecer las implicaciones de ver al hombre como ente pasivo, casi completamente dependiente de las circunstancias de su contexto, o comprenderlo cual agente capaz de otorgarle un sentido muy particular a sus buenas o malas experiencias de vida.

Como consecuencia de este contraste, Colmenares (2002a), a diferencia del primer autor citado, distingue sólo dos vertientes ideológicas en la resiliencia: la anglosajona y la europea no anglosajona. En cuanto a la primera, sitúa su base epistemológica en el empirismo, el pragmatismo y las teorías sociobiológicas; específicamente sobre el “viejo paradigma ES-TÍMULO – ORGANISMO – RESPUESTA” del conductismo, porque en esta perspectiva el individuo²⁰ no sería un agente sino que respondería a los retos del ambiente conforme a sus cualidades naturales. Y en tanto “liga a condiciones innatas la capacidad [humana] de resistencia y la posibilidad de hacer frente a los aleas (sic) traumatizantes de la existencia”, las limitaciones para intervenir y modificar la materia viva del hombre siempre restringirán las alternativas de intervención sobre los factores ambientales: refiéranse éstos a “condiciones que afectan el desarrollo y competencia de los individuos más frágiles”, o sea los denominados *factores de riesgo*, o a condiciones potencializadoras de los mismos aspectos, o sea los llamados *factores de protección*. De esta manera, el poder de influir en

¹⁹Cf. “Un poco de historia”. Capítulo 2.

²⁰En esta parte la autora utiliza la palabra sujeto. Decidí reemplazarla para evitar una posible confusión introducida por la contradicción de la frase original: “Aquí el sujeto no es un agente” (p. 83). Precaución necesaria no obstante la aclaración hecha sobre las diferentes acepciones del significante ‘sujeto’ en la psicología.

las probabilidades de manifestación de cualquier respuesta resiliente estaría en la sociedad y no en el individuo, y resultaría de la interacción entre factores benéficos y adversos provenientes de la misma. Expresado de forma sucinta, desde este enfoque, la búsqueda de una respuesta resiliente consiste en minimizar la probabilidad del golpe y sus consecuencias, mejorando los factores de protección y reduciendo los factores de riesgo; pero, según la autora, olvidando “al sujeto y su papel de agente en la transformación del sentido que toma para él una circunstancia determinada”. (p. 83).

Luego, de la segunda vertiente de la resiliencia, la europea no anglosajona, Colmenares (2002a) cita como sus principales representantes a Boris Cyrulnik, Michel Manciaux, Stephan Vanistendael y Stanislaw Tomkiewicz, entre otros; y vincula su base epistemológica con un campo inespecífico que ella misma llama “campo de las teorías del sujeto” (p. 86). En esta perspectiva, la relación *sujeto-comportamiento-medio* queda supuestamente establecida en términos psicológicos, porque el acento recaería en el primero de la triada como aquel capaz de imponer una ruptura en la función directa *estímulo-respuesta*. Entonces, la conducta resiliente ya no correspondería a ningún tipo de facilitación innata sino, por el contrario, es una construcción; y en esa medida sería posibilitada por “procesos psíquicos que se dinamizan en el sujeto tomando como núcleo de amarre su propia identidad, donde la ética es el hilo conductor y los propios sueños su ‘estrella polar’.” (p. 89). Esto significa, en primer lugar, que la persona, en tanto sujeto, se supone capaz de abstraerse de la circunstancia trágica, no reduciéndose a ella²¹ y manteniendo íntegra su identidad fundamental como ser humano. En segundo lugar, en posición de agente, la persona otorga significados y sentidos muy particulares a cada circunstancia; de los cuales depende esencialmente la respuesta lograda ante el enfrentamiento de una situación traumática. Finalmente, la persona, poseedora de unos valores éticos y libre albedrío, se juzga plenamente consciente de sus elecciones en la búsqueda de un bienestar – fundado, eso sí, en una valoración social – y del cumplimiento de sus más preciados anhelos. Siendo así, se sostiene que la respuesta resiliente trasciende el medio, no estando supeditada jamás a factores de protección.

Pero dentro de este mismo enfoque se presenta también una división: hay quienes, como Vanistendael (2003), consideran que la resiliencia no es un fenómeno extraordinario, sino que se revela en cada acto de superación de los problemas y desafíos más cotidianos; mientras otros, entre estos Colmenares (2002a), ven en la resiliencia una manifestación inusual, dependiente por completo, en su punto de partida, de la ocurrencia de un hecho

²¹ En el sentido de: “soy un desplazado, un inválido, un desposeído, etc.”; o, en general, “soy una víctima”.

potencialmente traumático.

Siguiendo a los autores citados, las orientaciones teóricas de la resiliencia se polarizan, en resumidas cuentas, de dos maneras: (1) individuo – comunidad, y (2) organismo – sujeto. Y de la mezcla de estas dicotomías se forman todas las variantes teóricas susceptibles de hallarse en un rastreo bibliográfico. Por lo tanto, en la teoría de la resiliencia se puede encontrar al individuo tratado como un organismo o como sujeto, y a la comunidad comprendida como una colectividad de organismos o, por el contrario, de sujetos.

Respecto a la primera polaridad, prácticamente todas las reflexiones que se aplican al individuo se hacen extensibles a las comunidades. Donde mejor se puede verificar este hecho es en la versión de la resiliencia comunitaria basada en pilares y antipilares (Melillo, 2004b; Suárez y Autler, 2006) y en la propuesta de la resiliencia familiar de Henderson (2004b); las cuales, a decir verdad, no se diferencian de forma sustancial pese a que la última correspondería más al modelo de resiliencia de los factores de protección y de riesgo, mientras la primera se vale – bien o mal – de la teoría psicoanalítica. En éstas, se supone que por cada virtud o atributo individual existe la misma virtud o atributo grupal. Por decir algo, tanto los individuos como las comunidades y las familias tendrían autoestima, humor, honestidad, solidaridad, capacidad de pensamiento crítico y demás; sólo que para distinguir lo grupal de lo individual, se adjunta o no, a la característica en cuestión, las palabras: ‘colectivo’, ‘social’, ‘familiar’ y hasta ‘estatal’. Esta clase de fáciles generalizaciones, que se permite la teoría de la resiliencia, translucen lo que para muchos adeptos constituye una de las principales fortalezas del concepto: su tremenda y práctica versatilidad; no obstante, por mi parte, dudo precisamente de que todo sea tan sencillo como trasvasar agua de un recipiente pequeño a otro más grande.

En lo concerniente a la segunda polaridad, se hace palmaria la necesidad de preguntarse por la noción de *sujeto* en la resiliencia, debido a que pasar de largo este asunto – como lo hace Colmenares (2002a) – con el simple comentario de que la contraparte de los modelos conductistas de la resiliencia la constituyen los modelos correspondientes al campo de las teorías del sujeto, es incurrir en una abusiva generalización. Lo cierto es que sólo en la psicología, en general, el concepto de *sujeto* no es constante; bien se sabe, su concepción varía de acuerdo con el campo de especialización y otros términos. Mucho menos se podrá asimilar, entonces, el *sujeto psicoanalítico* al de la psicología, y los dos a los de otras disciplinas. Por eso, de ser posible una clasificación de las orientaciones teóricas de la resiliencia en función del sujeto, ésta con seguridad arrojaría más alternativas que las señaladas por Colmenares.

Por último, en lo tocante a los modelos de la resiliencia cabe nombrar a Golse (2006). Ateniéndose más a la relevancia teórica que clínica, este autor cita tres categorizaciones hechas al respecto por Fortin y Bigras: “el modelo compensatorio (o modelo mediador), el modelo del reto y el modelo de los factores de protección (o modelo moderador)” (p. 62). De acuerdo con Golse, en el primer modelo la variable compensatoria cumpliría la función de neutralizar las variables del riesgo sin interactuar directamente con ellas. Como ejemplo de variables o factores compensatorios Golse menciona la autoestima y el narcisismo. En el segundo modelo se supone que la presencia de cierto nivel de riesgo vendría a estimular las competencias del sujeto, favoreciendo su capacidad adaptativa; sin embargo, muy poco riesgo no incitaría al sujeto a la acción, y demasiado lo inhibiría poniéndolo en dificultad. En el tercer modelo se considera que los factores de protección interactúan con los de riesgo para procurar disminuir los efectos negativos del estrés; pero ni los unos ni los otros por separado influirían sobre la adaptación social, sólo lo hace su interacción. Entre los factores de protección, Golse cita “las competencias cognitivas y las competencias sociales mismas” (p. 63).

Finalmente, Golse llama la atención sobre el hecho de que ninguno de estos modelos de la resiliencia dice nada acerca de qué hace en verdad a un individuo, especialmente un infante, reaccionar de manera más o menos eficaz para protegerse de las influencias negativas de una situación adversa, o para sacar provecho de ellas.

Capítulo 2

Las raíces de la resiliencia.

El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales.

Como se ha podido comprobar en la búsqueda de respuestas a la pregunta ¿qué es la resiliencia?, no es sencillo definir el concepto referido a lo humano; y, contrario a lo expresado por algunos autores, tampoco es fácil comprenderlo con la suficiente claridad a fin de erradicar la sensación de que la teoría en cuestión es una apuesta de fe, un asunto más de intuición que de entendimiento. ¿Cuáles son las causas de esta dificultad? Cada intento por definir la resiliencia pareciera no arrojar mayor luz sino sombra sobre el concepto, generando aún más elementos problemáticos o sustituyendo unos por otros, pero todos difíciles de pasar por alto en una reflexión atenta. En consecuencia, este hallazgo obliga a preguntarse por los mejores caminos para adelantar con seguridad, aunque sea un paso, hacía el esclarecimiento de la cuestión; quizá una de esas vías sea la del origen.

En la actualidad es bien conocido que *resiliencia* es un concepto de origen físico, perteneciente a la teoría de la resistencia de los materiales. Aunque, luego, algunos pensadores de las disciplinas histórico-sociales creyeron que también podría ser utilizado de manera homóloga para describir, explicar y (o) comprender los resultados observados en ciertas personas después de haber enfrentado y superado positivamente eventos traumáticos acaecidos en sus vidas.

Cuando por primera vez consideré investigar el concepto físico de resiliencia, me pregunté si acaso sería igual de complicada su definición como efectivamente lo es para su contraparte en las humanidades. Al poner manos a la obra encontré algo interesante: ¡sucede que

en el campo de la física no existe una tal teoría de la resiliencia! Y en ninguno de los libros disponibles de la ciencia me fue posible hallar referencia alguna al concepto. Tampoco en los de ingeniería. No significa esto que la palabra resiliencia no tenga ser en esos dominios, aunque su uso sea escaso, sólo que no corresponde al nombre de una teoría y sí al de un tipo especial de concepto. Sin embargo, hay en la física una rama especializada en el estudio de la resistencia de los materiales a la rotura por influjo de fuerzas deformantes, y se conoce en general como “Teoría de la resistencia de los materiales”. En fin, contrariando mis expectativas formadas por la abundante literatura sobre la resiliencia humana²², la tarea de encontrar una definición de resiliencia física fue algo dispendiosa; tanto así que la presentada a continuación se tomó de una enciclopedia especializada en ciencia y tecnología.

Lévy (1988) expone el concepto de esta manera:

Magnitud que mide la resistencia de un material a los choques. Se determina una resiliencia produciendo sobre una barra cilíndrica, una probeta, del material objeto de estudio, un choque suficiente para romperla. La pérdida de energía del objeto (generalmente un péndulo) usado para producir el rompimiento es igual a la energía utilizada para romper la probeta. Siendo S el área de la sección de la probeta en la zona de rotura, la resiliencia del material vale, por definición, $R = W / S$ (midiéndose en J / m^2). La resiliencia de un material es, en consecuencia, tanto más débil cuanto menos resistente es a los choques, cuanto más frágil.

De la expresión de Levy se pueden hacer varias anotaciones. En primer lugar, no entraña ninguna dificultad especial para su comprensión si se poseen conocimientos básicos de la ciencia. En segundo lugar, describe de manera resumida uno de los primeros métodos, el menos exacto por cierto, para la determinación empírica de la resiliencia de un material. Aunque lo más importante, para el caso, tal vez sea que el autor de entrada menciona un aspecto capital: la resiliencia física es una «magnitud» y su definición exacta es $R = W / S$. Donde W (Vatios) es otra magnitud que corresponde a la potencia entregada por un sistema en la realización de un trabajo – como romper un material, por ejemplo – y se expresa en Joules (J); y S (Sección) es una magnitud más que contiene la medida del

²²Me permito utilizar, a manera de convención, los términos «resiliencia humana» y «resiliencia física» para aludir de forma cómoda al concepto utilizado en las humanidades, que hemos venido analizando hasta el momento, y al concepto físico respectivamente.

área, en metros al cuadrado (m^2), del material bajo prueba. Respecto a la definición de resiliencia en la física de la resistencia de los materiales no caben más palabras. Pero para comprender a cabalidad la importancia de la primera afirmación de Levi, será indispensable realizar aunque sea un somero acercamiento al estudio metacientífico de los conceptos.

De acuerdo con Mosterín (2000), los conceptos desempeñan un papel fundamental en nuestra relación con el mundo y en las ciencias. Y la perspectiva de su estructuración formal ha demostrado ser la más fecunda para su estudio metacientífico. Desde ésta, la profusión de conceptos científicos se reduce a tan sólo tres tipos fundamentales: *conceptos cualitativos*, *conceptos comparativos* y *conceptos cuantitativos*. Los conceptos cualitativos, o también llamados *conceptos clasificadorios*, sirven para referirse a conjuntos conformados por objetos o sucesos que comparten al menos una característica. “Los sustantivos y adjetivos del lenguaje ordinario suelen corresponder a conceptos clasificadorios”. Consideración hecha, por supuesto, desde la perspectiva del uso científico de las palabras, porque en realidad todos los sustantivos y adjetivos del lenguaje son conceptos; aunque algunos “son demasiado vagos para poder ser incorporados al lenguaje científico, pues no determinan unívocamente las clases de cosas a las que se aplican” (p. 17). Los conceptos comparativos, por otra parte, además de ser utilizados para referirse a una característica específica de los individuos de un conjunto, establecen dos relaciones respecto a la misma: una de coincidencia y otra de precedencia; esto quiere decir que, en cuanto a una característica determinada, dos individuos pueden coincidir o el uno preceder al otro. “Un concepto comparativo sirve así para establecer comparaciones en más y en menos” (p. 27). La blancura puede perfectamente tomarse como ejemplo de concepto comparativo. Se podría decir entonces que una nube es menos blanca en comparación con la nieve, o viceversa. Por último, los conceptos cuantitativos o *conceptos métricos*, también llamados magnitudes, “no tienen correspondencia en el lenguaje ordinario. Son una creación original de los lenguajes científicos” (p. 30). Algunos conceptos métricos, entre estos el peso, asignan a determinados objetos números reales y se denominan *magnitudes escalares*; pero también pueden asignar vectores, como sucede con la fuerza, tomando el nombre de *magnitudes vectoriales*; o asignar tensores, como lo hace la curvatura, pasando a ser llamados *magnitudes tensoriales*. En todo caso, la ‘metrización’ de un ámbito o de una característica – lo que en la ciencia se conoce como *sistema empírico* – consiste en la introducción de un concepto métrico para ese ámbito o esa característica; aquello implica la posibilidad de su medición.

La característica física a metrizar con la inclusión de la magnitud denominada resiliencia es la resistencia de un material o estructura inerte a la fractura por influjo de una fuerza

deformante. Y ya que la metrización entraña el homomorfismo de un sistema empírico cualitativo en un sistema numérico o escala, cualquier posible valor de resiliencia indica una probabilidad de comportamiento de un objeto respecto a la mencionada característica. “Por supuesto, esta cifra no dice nada de por qué el material tiene la resistencia que tiene o si ésta debería ser mayor” (Gordon, 2002; p. 69). Queda claro, pues, que la magnitud no es la característica; es decir, la resiliencia no es la resistencia, es tan sólo un valor que da una idea aproximativa de la misma. Siendo así, un asunto es hablar de la resistencia de un material a la rotura y otro muy distinto de resiliencia, en tanto la palabra resiliencia nada significa si se desliga de una cifra; es algo que, por lo mismo, no se puede ni se debió hacer jamás. Por lo tanto, las aseveraciones de autores como Anzola (2003), entre otros, de que en la física el concepto de resiliencia se entiende como elasticidad o resistencia, no son acertados y sólo señalan la ligereza con la que se ha realizado la adopción en las humanidades de un concepto netamente físico.

Pero si el punto todavía no ha quedado suficientemente claro, propongo otro ejemplo: considérese el concepto físico *peso*, ¿cómo se puede definir? No es la cantidad de materia de un objeto, porque esa es la noción de *masa*; ni es la atracción mutua del objeto y la tierra en virtud de sus masas, porque justamente es lo que se conoce como *fuerza de gravedad* o simplemente gravedad; aunque el peso sí puede ser el efecto de la gravedad sobre un cuerpo masivo, aquel susceptible de medirse con un aparato especial llamado báscula o pesa. Empero, esta última estipulación, no obstante ser la más acertada, no alcanza para una definición, sencillamente porque la palabra ‘efecto’ no dice casi nada respecto al peso. Sucede así dado que el peso es una magnitud y como tal no admite otra definición sino la matemática: $P = mg$; el peso de un objeto es igual a su masa multiplicada por el valor de la gravedad. La formulación matemática del peso se deriva de uno de los principio o leyes de la mecánica newtoniana: $F = ma$; donde F es fuerza, m es masa y a es aceleración. Sí, es cierto, todos los días la gente habla del peso de distintas maneras y no con esta precisión, pero en el plano de la cotidianidad son admisibles hasta cierto punto las confusiones, las ambigüedades y las imprecisiones en favor de un valor práctico; sin embargo, en las ciencias, cabe advertirlo, la pugna va en un sentido totalmente contrario.

Será tal vez ahora más comprensible la importancia dada a la primera parte de la definición de Levi (1988), cuando mencionó desde un primer momento que la resiliencia es una magnitud. Esta afirmación, sumada con el hecho de que toda magnitud sin una cifra asociada es un significante vacío, y con el agravante de que los conceptos métricos – conforme lo sostiene Mosterín (2000) – generalmente no encuentran correspondencia en una

lengua ordinaria, resulta en una visión mucho más clara del problema de la definición de la resiliencia humana. Con razón, ningún intento de definición, por más esfuerzos explicativos, circunloquios o perífrasis, va más allá de la mera alusión y supera los vacíos teóricos y las ambigüedades. ¿Qué más se puede hacer para llenar con palabras un continente que sólo admite cifras sino forzarlo a convertirse en un sustantivo o un adjetivo? Por la naturaleza lingüística de los adjetivos, los cuales sólo sirven para señalar abstracciones, la resiliencia quizá funcione bien como uno de ellos; aparte de las implicaciones éticas, de las que por cierto parecen estar muy conscientes los defensores de la resiliencia humana y por lo mismo previenen de las consecuencias del uso imprudente del concepto, llamar resilientes a las organizaciones psíquicas, a las conductas o las personas no constituye una incorrección idiomática. Al menos desde esta perspectiva no es un acto reprochable, aunque luego no debemos culpar a la gente por hacer algo siguiendo de primera mano el ejemplo de los científicos sociales. Pero tratar el concepto de resiliencia como si fuera un sustantivo cualquiera, si no es incurrir en la falacia de la reificación – tanto más grave cuanto que se trata de un constructo exclusivo de la ciencia de los materiales – sería introducir en nuestra lengua un pésimo significante en vista de su escaso contenido semántico; algo por demás innecesario si se considera que posiblemente lo que se está queriendo nombrar con esta palabra no sea sino una valoración social de la conducta de algunas personas. Ahora bien, si hablar de lo que es el amor o los sentimientos es un asunto engorroso para cualquiera, siendo éstas palabras tan comunes, no teniendo alternativa distinta que la de recurrir en el mejor de los casos al uso de metáforas, ¿qué panorama se puede esperar en cuanto a la resiliencia? Se va notando que, después de todo, la iniciativa de tomar material de las ciencias físicas, sin mayores miramientos, para tratar de aplicarlo en un dominio completamente ajeno, como lo es el histórico – social, quizá no es una idea tan lúcida como pudiere parecer en un primer momento.

Por otro lado, pese a la exacta definición de la resiliencia física, descifrar el asunto de la resistencia de los materiales y las estructuras construidas con ellos no ha sido jamás una simpleza. ¿Pero para qué molestarse por desentrañar esta difícil cuestión? Tal vez en un principio el problema se hubo planteado sólo como un desafío intelectual. Así Lucrecio (95 – 55 a. J. C.) se preguntaba ya sobre las causas de la resistencia de los materiales y, basado en la teoría atómica de Demócrito, creía que los átomos de los materiales resistentes debían agarrarse unos a otros mediante ganchos; obviamente, sus afirmaciones eran el producto de la reflexión pura y no pasaban de ser meras especulaciones sin resultados prácticos. Más tarde, Galileo se interrogaría por lo mismo, pero el problema iba más allá del potencial científico de su época. Un avance se produjo con Robert Hooke en 1676. Este físico, archi-

tecto e ingeniero notable, se dio cuenta de que todo sólido, a pesar de su aparente rigidez, no era completamente rígido y se comportaba como un muelle, deformándose imperceptiblemente ante el influjo de una fuerza; formuló entonces un principio que llegaría a ser el pilar de la ingeniería moderna y se conocería como la “ley de Hooke”²³. Con todo, su teoría no aportó significativamente al por qué de la resistencia de los distintos materiales. Una respuesta razonable a esta cuestión llegaría a mediados del siglo XIX, cuando Michael Faraday comenzó a plantear el problema en términos de cohesión atómica (Gordon, 2002).

Pese a toda dificultad, hoy en día el conocimiento íntimo de la estructuración de los materiales se encuentra muy avanzado y constituye una productiva línea de investigación en las ciencias físicas, con grandes aplicaciones prácticas; siendo, además, una especialización de las ingenierías. Más allá de cualquier saber teórico de la naturaleza, lo que verdaderamente ha permitido los excepcionales logros tecnológicos de la modernidad ha sido sin duda la disponibilidad de materiales sintéticos con características extraordinarias; materiales que los arquitectos e ingenieros antiguos ni siquiera hubieran podido imaginar, pero que ahora son fabricados de forma industrial mediante técnicas desarrolladas con base en los conocimientos alcanzados en la relativamente nueva ciencia de los materiales. No sin razón, Gordon (2002) asegura que todo progreso técnico de una sociedad está siempre limitado por las debilidades de los materiales a su disposición. Es así como la pregunta por las causas de la resistencia de los materiales ha demostrado de sobra jamás haber sido infructuosa.

No es desacertado pensar que los éxitos de esta línea de investigación científica pudieron haber servido de inspiración a otra clase de estudiosos en diferentes dominios del conocimiento, alentándolos a creer en la posibilidad de abordar de una manera creativa diversos problemas de la sociedad si se comprendiera a la gente, al menos en ciertos aspectos, como materiales o recursos sociales; por ello, la expresión «ingeniería humana», de la administración especializada, tal vez no nos resulte demasiado desconocida. Pero en lo concerniente a la teoría de la resiliencia en el plano de las disciplinas histórico – sociales, diré que tal entusiasmo sobrevino por la vía de una particular confusión.

Los humanos compartimos con los demás organismos un mundo hostil y hemos probado no ceder sumisamente ante sus embates, enfrentando la adversidad de mil maneras y teniendo impredecibles resultados; prueba de ello es el dominio que, como especie, conquistamos

²³La ley de Hooke establece la proporcionalidad entre la tensión a la que es sometido un material y su deformación consecuente. Dio a conocer su principio con la frase en latín: “Ut tensio sic uis”; que significa: “A cierta extensión, igual fuerza”. Dicho de otra manera, la deformación es proporcional a la fuerza y viceversa. (Gordon, 2002; p. 36).

en el planeta. Esta cualidad, que bien podría llamarse «resistencia», es tentadoramente semejante a «otra resistencia», la ofrecida por los materiales a las fuerzas entrópicas de la naturaleza; ya en el pasado, y en un sentido inverso, también se atribuyó la resistencia de los materiales a una *vis-viva* o vitalidad que les era propia (Gordon, 2002). Luego, dado el paso de asumir tal semejanza, es fácil comenzar a extrapolar a las humanidades, sin demasiadas prevenciones, algunas preguntas que se hacen los ingenieros en la ciencia de los materiales: “¿Por qué algunos sólidos son más resistentes que otros? (...) ¿Qué queremos decir exactamente con ‘resistencia’, ‘dureza’ y ‘fragilidad’? ¿Son los materiales tan resistentes como deberíamos esperar de ellos? ¿Hasta dónde podemos mejorar las propiedades de los ya existentes? ¿Podríamos de alguna forma fabricar materiales de mayor resistencia?” (Ibíd., p.11). Habiendo realizado los respectivos relevos de palabras, sería imposible desconocer que son éstas también las preguntas formuladas por los estudiosos de la resiliencia humana. Pero, ¿por qué hablar entonces de resiliencia y no de resistencia?

No es la primera vez que se toma material de las ciencias naturales y se intenta con ello extraños malabares en las humanidades, actos que en su mayoría no han tenido venturosos destinos. El empleo directo de la palabra ‘resistencia’ para denominar el feliz resultado de la interacción humana y la hostilidad de su medio, de forma rápida delata el símil con el fenómeno de la resistencia de los materiales; identificación que no deja de ser problemática y por eso, desde un comienzo, los gestores de la resiliencia han intentado sobrepasarla o al menos soslayarla. Sin embargo, ¿garantiza un claro distanciamiento teórico la utilización del término resiliencia en lugar de resistencia, más cuando hemos podido comprobar que se trata del nombre de una magnitud física que como tal no admite otra definición aparte de la matemática? La respuesta a esta pregunta la sugiere la iniciativa original de la resiliencia, ilustrada de forma diáfana en su más famosa metáfora: la de las “tres muñecas”²⁴; en ella se asume, sin el pudor característico de las posteriores versiones, que el resultado de la confrontación *individuo – adversidad* dependerá prácticamente del material con el que la naturaleza y la sociedad hayan construido al primero; es decir, de su temperamento. Debido a su formulación, sobre esta primera versión han llovido críticas y en contrapartida se han propuesto nuevos modelos de resiliencia; empero, en los ulteriores intentos de definición del concepto, como se ha podido constatar, la palabra resistencia reaparece de una forma u otra, a la manera de una huella genealógica indeleble.

En defensa del distanciamiento de la teoría de la resiliencia humana de su cuna, la teoría física de la resistencia de los materiales, la mayoría de autores se ha manifestado; pero

²⁴Cf. “Un poco de historia”, más adelante, en este mismo capítulo.

tomaré como ejemplo a dos de ellos, quienes afirman:

La resiliencia no se reduce a una simple capacidad de resistencia a la adversidad. En los procesos de resiliencia, los factores psicoafectivos, relacionales y sociales, van a interferir con los elementos de la personalidad de manera interactiva²⁵. (Anaut, 2006; p. 82).

Por eso, si bien hay autores que han traducido resiliencia como “elasticidad”, en nuestro actual concepto nada de eso se mantiene; la resiliencia no supone nunca un retorno ad integrum a un estado anterior a la ocurrencia del trauma o la situación de adversidad: ya nada es lo mismo. (Melillo, 2004a; p. 71).

En primer lugar, puntualizo que resistencia y elasticidad provienen de la misma fuente, así que no se hace necesario un tratamiento particular; después manifiesto mi completo acuerdo con los autores, aunque sólo en el sentido de que resiliencia no es resistencia, ni tampoco elasticidad, pese a la estrecha relación teórica existente entre los tres conceptos. Esto bien lo saben los físicos y los ingenieros. No obstante, de sucederse su confusión dentro de la teoría física, únicamente denotaría el desconocimiento de los estudios metacientíficos de los conceptos; algo solucionable con una simple aclaración. Pero si en las humanidades, por cualquier razón, de forma tajante no se acepta que la resiliencia sea sinónimo o tenga algo que ver con la resistencia y la elasticidad, ¿qué termina siendo al fin la resiliencia? ¿Qué otra posibilidad queda para su definición que escape a los laberintos de palabras, la vaguedad y las ambigüedades, y que por desesperación conduzca inevitablemente al eclecticismo?

Una prueba más del falso alejamiento de la teoría de la resiliencia humana respecto a su homóloga – aunque no homónima – física, la constituyen los esfuerzos por desarrollar técnicas para su medición. La resiliencia física, en tanto magnitud, implica necesariamente un proceso anterior de metrización del sistema empírico correspondiente, para este caso la resistencia de los materiales; esto quiere decir que se debió lograr al menos una vía para su determinación métrica. La definición de Lévi (1988), mostrada al inicio de este apartado, enseña uno de los primeros métodos; pero debe decirse que actualmente la medición de la resiliencia física es mucho más exacta y sofisticada, aunque no sencilla²⁶.

²⁵ «La résilience ne se réduit pas à une simple capacité de résistance à l'adversité. Dans les processus de résilience, les facteurs psychoaffectifs, relationnels et sociaux vont interférer avec les éléments de personnalité de manière interactive.»

²⁶ Cf. Gordon, J. E. (2002) La nueva ciencia de los materiales. Madrid: Celeste Ediciones.

Con todo, ¿qué utilidad tendría conocer la resiliencia de un material? Dicho de manera concisa, el valor del dato reside en que aporta una idea probabilística de su comportamiento «positivo» en cuanto a su resistencia. Por ejemplo, si se ha establecido, por la vía de alguna de las técnicas de medición de la resiliencia, que el material proyectado para la construcción de un puente soporta cierta carga sin romperse, con seguridad los ingenieros sabrán aprovechar esta información para calcular con un buen margen la resistencia total de la estructura. Para el puente, lo positivo de su comportamiento es que no se rompa; pero se encontrarán sinnúmero de aplicaciones para las que el comportamiento deseable de un material es su ruptura o deformación bajo determinada carga, como es el caso de algunos componentes de las estructuras de protección de los autos de competencia, cuya función es la de absorber las fuerzas de choque que de otra forma impactarían al cuerpo del piloto con catastróficas consecuencias. Se puede reconocer de esta manera un aspecto positivo en el comportamiento de los materiales relacionado con su resistencia, cualidad que no es intrínseca sino fundada en nuestras necesidades; en otras palabras, trátase de un juicio técnico lanzado sobre el material por el experto en perspectiva de sus proyecciones utilitaristas y que, por eso mismo, justifica todo esfuerzo de medición de la resiliencia física. García (2001, p. 23) expresa lo mismo en su reflexión sobre “técnica y praxis”, al decir: “No existen buenos recursos en sí mismos, sino que alcanzan su justeza cuando se aplican a una situación concreta”.

Por el lado de la resiliencia humana, pese a que sus defensores argumentan que actualmente la teoría no comparte con la resiliencia física nada más allá del nombre, se verifica asimismo el afán de cuantificar la positividad de un comportamiento: el de las personas; en Salgado (2005) se encuentra un compendio resumido de tales apremios. Basándose en metodologías psicométricas, mediante diferentes instrumentos, lo que los investigadores han pretendido representar con cifras es lo que dieron en llamar *adversidad, adaptación positiva y desarrollo del proceso de resiliencia*. Ahora bien, si en la aplicación práctica de la teoría física de la resistencia de los materiales se advierte la existencia de un juicio, entonces, mucho menos se podrá negar la existencia de un juicio similar en la determinación de la resiliencia humana. Sin embargo, hasta aquí llega la coincidencia entre las dos teorías, porque la calidad del juicio sobre la conducta positiva de la gente sale ya de todo plano técnico, entrando de lleno en la esfera de lo moral y complicando el asunto; más si se lo piensa en relación con las discusiones surgidas en torno a la validez de cualquier pretensión de cuantificar un componente psico-afectivo que se supone subyacería al proceder de una persona.

Por todo esto, aun guardando los sentidos particulares que los términos comunes a la teoría de resiliencia humana y la teoría física de la resistencia de los materiales – resistencia, elasticidad, fragilidad, etc. – pudieren tomar en cada caso, los argumentos de los defensores de la primera no alcanzan para sustentar que ésta haya logrado un alejamiento significativo de la segunda, su molde. Por lo tanto, el concepto de *resiliencia*, utilizado para describir una categoría de resultados – los positivos o socialmente exitosos – de la confrontación humana con la adversidad, aplicado de esta manera, es en sí una metáfora. A Cyrulnik (2002a) le cabe la razón al declararlo abiertamente, argumentando en su defensa que otros conceptos, como el de *sublimación*, también han sido tomados de las ciencias para ser aplicados a las humanidades; pero de ninguna manera ello convierte a la resiliencia en una metáfora adecuada.

Un poco de historia.

Que retome, en esta parte, la historia del surgimiento y tal vez evolución del concepto de resiliencia no tiene como finalidad informar al lector de lo que por sus propios medios, y en mayor detalle, puede encontrar con facilidad en una revisión literaria al respecto; siendo así, seré breve en cuanto a los datos históricos. Pero sí es mi principal objetivo tratar de mostrar que, contrario a lo expresado por Manciaux (2001), Galende (2004) y otros defensores de la resiliencia, el supuesto fenómeno no siempre ha existido en el sentido particular dado en la mencionada teoría; aún a pesar de su convencimiento de que a lo largo del devenir humano se lo ha llamado de diferentes pero equivalentes maneras. Y si la resiliencia tuvo un comienzo histórico, éste tampoco se dio de manera fortuita, es decir, desconectado de circunstancias sociales y antecedentes culturales rastreables.

Los autores que han dedicado parte de su esfuerzo a organizar y escribir sobre la historia de la resiliencia coinciden en reconocer como fundador del campo al renombrado estudio de Emmie Werner²⁷ y, a partir de éste, también en separar dos generaciones de investigadores y teóricos sobre el asunto.

Werner inició su trabajo en 1955, en la isla de Kauai, perteneciente al archipiélago de Hawái. Consistió básicamente en un seguimiento longitudinal del desarrollo, realizado sobre

²⁷Werner E. E., Smith R. S. (1989), *Vulnerable but invincible. A longitudinal study of resilient children and youth*, Adams Bannister Cox, New York. Citado por Colmenares (2002a); Manciaux, Vanistendael, Lecomte y Cyrulnik (2001) y Manciaux (2002).

un grupo de 698 niños, nativos de la isla, con una duración aproximada de 30 años. Un considerable porcentaje de estos niños, como el informe lo indica, no tenía las mejores condiciones de vida; motivo por el que para ellos se auguraba desde un comienzo un porvenir poco venturoso, al ser catalogados en alto riesgo de desarrollar problemas de comportamiento y adaptación social llegada su adolescencia y edad adulta. Para los defensores de la resiliencia, lo crucial de la investigación de Werner es haberse topado con resultados inesperados: con algo de ayuda terapéutica o sin ella, la mayoría de los que se creyeron niños con todas las probabilidades de convertirse en criminales o inútiles sociales, “consiguieron convertirse en la edad adulta en personas exitosas y bien adaptadas” (Colmenares, 2002a; p. 89). O, como prefieren referirse a lo mismo Kotliarenko, Cáceres y Fontecilla (1997, p. 1), al final del estudio “no presentaban carencias en el plano biológico ni psicosocial, sino que por el contrario, alcanzaban una ‘adecuada’ calidad de vida”. Para el objetivo que me he planteado en esta parte de la discusión, queda fuera de toda consideración lo cuestionable que pudiese llegar a ser la decisión de Werner de llamar y comprender los resultados de su investigación en la ratio de ser “vulnerable pero [aun así] invencible”, como lo expresa desde el inicio al haber titulado de esa manera el informe correspondiente; sin embargo, es necesario hacer notar desde este momento que la autora no habló jamás en este estudio de resiliencia... aunque sí lo hiciera en trabajos posteriores.

Respecto a las dos generaciones, en las que algunos autores como Melillo y Suárez (2001) suelen agrupar a los investigadores de la resiliencia, se dice que la primera de ellas se planteó la cuestión principal de conocer “¿qué distingue a aquellos niños que se adaptan positivamente de los niños que no se adaptan a la sociedad, en situaciones adversas y traumatizantes?”. Esta generación corresponde a la década de los 70, y en ella son destacados S. Luthar y la misma Emmie Werner – a quien Manciaux (2002, p. 107) específicamente llamaría “la madre de la resiliencia” –. Mientras la segunda generación, iniciada en la década de los años 90, se separa de su antecesora por haberse planteado en sus comienzos “¿cuáles son los procesos asociados a una adaptación positiva dado que la persona ha vivido o vive en condiciones de adversidad?”. En esta generación son resaltados los nombres de los investigadores Michael Rutter, Edith Grotberg y Urie Bronfenbrenner. (Quiñónez, 2007; p. 80).

A primera vista, la anterior división generacional estaría mostrando un cambio conceptual sustancial en la comprensión del fenómeno de la resiliencia: de suponer que la adaptación social positiva de algunas personas, pese a sus difíciles condiciones de vida, depende de ciertos factores de protección que se contraponen a factores de riesgo determinados,

atenuando sus efectos, se pasa a pensar en dichos resultados adaptativos como consecuencia de intrincadas dinámicas subyacentes a diversos procesos, sociales y psicológicos, que incluso interactúan entre sí; este cambio dio pie a la introducción del concepto de *complejidad* en el campo de la resiliencia²⁸. Sin embargo, creo haber demostrado con suficiencia, en lo expuesto hasta el momento en este trabajo, que a los investigadores modernos de la resiliencia aún los sigue inquietando la misma pregunta que en su tiempo se hicieran los pertenecientes a la primera generación; prueba de ello son la cantidad de listados de recursos de resiliencia, de factores protección, de pilares, o como quieran llamarse a estos elementos, que todavía cada autor propone por considerarlos esenciales para la manifestación de la respuesta resiliente de acuerdo con su modelo, y que aquellos aplicadores sociales de la teoría se esfuerzan en medir o determinar en las personas bajo su cargo.

¿Cuál es, entonces, el verdadero cambio que produce la mencionada división generacional? La respuesta se halla en Infante (2002, p. 27). Esta autora afirma que la segunda generación de investigadores, más que dirigirse por una nueva línea de investigación de la resiliencia, continúa el trabajo realizado hasta entonces por los teóricos de la primera generación, introduciendo dos “temas” nuevos de estudio:

El primer tema es el concepto de proceso, definido como la dinámica de interacción entre los factores de riesgo y los factores protectores que permiten que el individuo supere la adversidad; y el segundo, se refiere a la pregunta de cómo promover eficazmente la resiliencia a nivel de programas sociales.

Por lo tanto, el distintivo generacional en la historia del desarrollo de la resiliencia en nada se relaciona con un cambio conceptual, se trata sólo de una pregunta consecuente y obligada: si se dice que la resiliencia depende de la interacción entre factores de protección y de riesgo, un avance obvio implicaría preguntarse de qué manera se produce y desarrolla tal interacción. Entonces, la verdadera novedad surgida en la agenda de los investigadores de la segunda generación es que, además de continuar con el trabajo de investigación en la misma vía de la primera generación, emprenden la tarea de comenzar a aplicar socialmente los incipientes descubrimientos realizados hasta el momento. Así que, después de todo el recorrido realizado por la literatura de la resiliencia, todavía persisten mis dudas acerca de que el planteamiento fundamental de la cuestión haya cambiado de forma importante desde las primeras reflexiones hechas por Werner sobre su trabajo pionero, tal como lo

²⁸Cf. “De cómo la complejidad parece eximir de la rigurosidad”. En: “¿Por qué tanta acogida?”. Capítulo 3.

afirman la mayoría de los defensores modernos de la resiliencia aduciendo que el actual concepto ya no conserva nada de las ideas originales que lo vinculaban de forma directa con las nociones de resistencia y elasticidad.

Otro suceso de la historia de la resiliencia, estrechamente relacionado con la división generacional discutida en los anteriores párrafos, y de suficiente importancia como para no ser pasado de largo en un análisis de esta índole, es el VIII Congreso Internacional de Psiquiatría del Niño y de Profesiones Asociadas; celebrado en Filadelfia en 1974; en el cual se trataron temas relacionados con la vulnerabilidad de los niños (Citado en Colmenares, 2002b). En este congreso, Jaques May expuso la controvertida analogía de “las tres muñecas” para ilustrar el concepto de *vulnerabilidad*, con el cual se intentaba dar explicación a la desconcertante fortaleza demostrada por algunos niños frente a circunstancias adversas, que los hacía parecer invulnerables:

La primera muñeca es de vidrio, la segunda de materia plástica, la tercera de acero. Bajo el impacto de un mismo golpe de martillo, la primera se rompe; la segunda guarda una cicatriz indeleble; la tercera permanece aparentemente invulnerable. (Colmenares, *ibíd.* p. 25).

El ejemplo claramente expresa que la vulnerabilidad o susceptibilidad al daño traumático es una cuestión constitucional, o sea, de temperamento; más si se está hablando de la vulnerabilidad infantil. El problema se hace evidente cuando dentro del concepto de *vulnerabilidad* se incluye lo relacionado con la idea de trauma psíquico; y todo se pone peor si surge la pregunta: ¿existen niños de acero, es decir, invulnerables, tales como la tercera muñeca de la analogía de May? De acuerdo con Kotliarenko, Cáceres y Fontecilla (1997), al parecer Rutter, a mediados de la década de los 80, se hizo una pregunta parecida, encontrando algunas razones para considerar equivocado el concepto de *invulnerabilidad*. Para Rutter, la resistencia humana tiene raíces en lo constitucional, pero también en el ambiente; ella no es estable en el tiempo, por lo tanto, varía de acuerdo con las circunstancias y la etapa de desarrollo de los niños; además, también depende de las características del estímulo, de donde proviene su potencialidad traumática. De tal manera, en la actualidad, dentro del campo de las humanidades, se considera más conveniente hablar de resiliencia y no de invulnerabilidad.

En pocas palabras, según la analogía de May, la «resistencia» humana es, en su naturaleza fundamental, casi como la de cualquier otro material; y por eso, sobre ella han diluviado

críticas. No obstante, a pesar de este antecedente, y dada la visión romántica de los adeptos de la psicología positiva, no es exagerado decir que actualmente es algo así como una ofensa homologar los conceptos de *resiliencia* y *resistencia*, así no se tengan buenas respuestas para dar a quien se atreva a preguntar en qué se diferencia lo uno de lo otro.

Sobre quien fue el primero en utilizar el término ‘resiliencia’ en el dominio del conocimiento histórico-social, algunos autores (Poseck, s.f. y Trujillo, 2011) afirman que fue John Bowlby en 1992. Aunque, según Tisseron (2003), fue el psicólogo y pedagogo austriaco Fritz Redl quien en 1969 introdujo el concepto de *ego resilience* en el campo de la psicología, con la finalidad de describir el fenómeno en ese entonces llamado «invulnerable children». La verdad, no es importante dirimir esta discusión; pero sí es importante advertir que, indiferentemente de si fue Redl, Bowlby o Werner – como otros autores sostienen – el gestor de la adaptación del concepto físico de resiliencia a las humanidades, la iniciativa de todas maneras nace al interior de la cultura anglosajona. En una revisión biográfica se puede constatar que el londinense Bowlby obtuvo su primer título como psicólogo en la Universidad de Cambridge, luego continuaría su formación en el campo de la medicina y el psicoanálisis. En cuanto a Redl, es cierto que fue austriaco de nacimiento, y adquirió su formación como pedagogo y psicólogo en Alemania; sin embargo, en 1936 viajó a Estados Unidos para participar por dos años en un estudio enfocado en la educación de adolescentes. Luego, la ocupación alemana de Austria hizo que Redl decidiera prolongar indefinidamente su estadía en ese país, donde realizó quizá la parte más importante de su carrera intelectual. Respecto a Werner, basta mencionar que es una psicóloga estadounidense especializada en psicología del desarrollo, y dentro de su formación también cabe mencionar el Ph. D. recibido de la Universidad de Nebraska.

Y... ¿a qué viene todo esto? Recordemos aquí también lo dicho por Cyrulnik (2002a) respecto al talante cotidiano de los anglosajones: es combativo, positivamente filosófico frente a las desgracias de la vida, en otras palabras, es «resiliente»; rasgo aquel muy diferente al conformismo de “nosotros los latinos” (p. 34). Pues esa faceta de carácter, tan elogiada por Cyrulnik, también tiene antecedentes históricos, y sus comienzos sin duda se podrían remontar a la doctrina de corte ‘biologicista’ conocida como «darwinismo social», cuyos preceptos agradaron tanto a la sociedad burguesa, especialmente la anglosajona y la alemana, de finales del siglo XVIII y el siglo XIX (Mocek, 1999). Ahora bien, si la resiliencia guarda alguna relación con el darwinismo social o «el triunfo de los más aptos en la lucha por la vida» – vínculo que discutiré más adelante²⁹ –, entonces, la idea de un

²⁹Cf. “¡Otro caballo de Troya!”. Capítulo 4.

ser humano triunfante y fortalecido después de confrontar la adversidad sólo podía surgir del pensamiento anglosajón; origen más coherente todavía si se tiene en cuenta el gran valor otorgado por los norteamericanos a la búsqueda del éxito social, tal como lo hace notar Tisseron (2003).

Este análisis se podría llevar aún más lejos si se enfocara en el hecho de que las ideas suelen tomar fuerza social conforme a la necesidad. Por ejemplo, Mocek (1999) relaciona la acogida de los preceptos del darwinismo social con las condiciones de pobreza generalizada de la clase trabajadora consecuentes al advenimiento de la revolución industrial. Así mismo, se podría pensar en que tal vez muchos de los niños participantes en el estudio de Werner fueron niños de la posguerra, hijos de ex-soldados de infantería que conformaron gran parte de las filas de avanzada del ejército norteamericano en la segunda guerra mundial: «carne de cañón». Luego, el apremio por aplicar los conocimientos de la resiliencia en la sociedad, surgido en el comienzo de la década de los años 90, y que impulsa a la segunda generación de investigadores en este campo, fácilmente puede relacionarse con las consecuencias sociales de las políticas económicas neoliberales conocidas como la «globalización»; esta relación la hacen precisamente algunos adeptos de la resiliencia, Santos (2004) entre ellos³⁰.

Concluyendo, la resiliencia es un concepto nuevo, al menos en la psicología; por lo mismo, es también reciente el fenómeno psicológico así denominado. Siguiendo el pensamiento de Foucault (1966), se puede decir que hay un ‘mundo’ preexistente a las palabras, no obstante se figura ante nuestros ojos únicamente a través de ellas, de su poder; poder cuya naturaleza igualmente es configurada y reconfigurada en el tiempo. Tal es el convencimiento de Foucault, que con la contundencia de su erudición se atreve a afirmar que “antes del fin del siglo XVIII, el hombre no existía. (...) Es una criatura muy reciente que la demiurgia del saber ha fabricado con sus manos hace menos de doscientos años” (p. 300). Pues la resiliencia humana tampoco existió antes de la adaptación del concepto físico a las disciplinas histórico-sociales. Aunque la confrontación de la adversidad, con sus innumerables resultados, haya sido una constante desde que el ser humano tiene consciencia de sí; porque las formas de llamar y comprender esta lucha son bien definidas según la época y el lugar. Antes existió la sagacidad, virtud de Odiseo; la invulnerabilidad, virtud de Aquiles – diferente a la invulnerabilidad de los niños de Jaques May –; pero la resiliencia sólo hace poco, y con seguridad surgió obedeciendo a intereses sociales y antecedentes históricos muy específicos.

³⁰Cf. “Resiliencia, la cura idónea para los problemas sociales”. En: “¿Por qué tanta acogida? Capítulo 3.

Capítulo 3

El auge de la resiliencia.

Un ‘new look’ mundial...

Actualmente, «resiliencia» parece ser una palabra muy popular, sobre todo en las llamadas ciencias humanas. Innumerables escritos al respecto, que incluyen informes de investigación, compilaciones de ensayos, transcripciones de ponencias, monografías y propuestas de intervención se encuentran a la mano de cualquier interesado en el asunto; y todo esto en diferentes idiomas. Cantidad de eventos académicos se vienen organizando desde hace varias décadas con la finalidad de propiciar espacios de divulgación de los trabajos e investigaciones más recientes en resiliencia. Hablando de salud, también es amplio el uso del concepto en proyectos de prevención y promoción dirigidos a familias, comunidades, organizaciones laborales, espacios educativos y otros.

Suárez (2004) menciona haber encontrado en un rastreo bibliográfico, realizado en septiembre de 2003, 394.000 referencias a la resiliencia; además, afirma haber identificado más de 400 libros publicados en los últimos cinco años sobre el tema. Esta es una estadística nada despreciable, pero tal vez no sorprendería en comparación con los resultados que seguramente podríamos obtener si emprendiéramos ahora similar empresa. Porque, como dice este mismo autor, son muchas las ciencias y disciplinas que en teoría y práctica se sirven hoy en día de la noción de resiliencia. Psicología, antropología, sociología, medicina, trabajo social, economía, administración y derecho son sólo algunas de ellas. Esto sin mencionar la física y el conjunto de las ingenierías, dado que resiliencia es un concepto usado también en estos dominios del conocimiento y la tecnología³¹.

³¹Cf. “El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales”. Capítulo 2.

La expansión global de la resiliencia se verifica en la aceptación del concepto por parte de la OMS, UNICEF, ASDI (Autoridad Sueca para el Desarrollo Internacional) y otras tantas fundaciones del mismo carácter. A través de Internet es posible acceder fácilmente a la descarga de innumerables documentos relacionados con la resiliencia, publicados directamente o, en otros casos, con el aval de estas organizaciones; uno de tantos es el «Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes» de la Organización Panamericana de la Salud (Munist, et al, 1998). Instituciones estatales de salud y educación de varios países, incluyendo a Colombia, disponen igualmente de sitios Web en donde publican sus propios documentos y manuales sobre resiliencia, adaptados a las problemáticas y necesidades locales. Por este medio también se puede rastrear la formación de grupos profesionales de diversa índole, orientados a la difusión de la resiliencia y al trabajo fundamentado exclusivamente en este marco; es el caso de la Sociedad Peruana de Resiliencia; la Asociación Mexicana de Resiliencia, Salud y Educación; y el Centro Internacional de Información y Estudios de la Resiliencia (CIER) en Argentina.

Por lo tanto, si se está interesado en el asunto, no es difícil encontrar material suficiente como para no considerarse bien informado. De hecho, hay mucho que leer al respecto. Con toda esta acogida no deberíamos sorprendernos si desde un principio la resiliencia se percibe como una teoría tremendamente sólida y práctica y, por lo mismo, tampoco extrañarnos si la mayoría de la gente termina siendo seducida por ella.

Hasta aquí sólo hemos comentado de la acogida de la resiliencia en referencia al plano académico y profesional, pero se dice también que el vocablo ‘resiliencia’ es de uso cotidiano desde hace tiempo para el común de las personas en los países anglosajones; probablemente porque su cultura siempre ha promovido una actitud filosófica, de combate, ante las inevitables pruebas de la vida, en marcado contraste con la habitual actitud de víctimas resignadas de nosotros, los latinoamericanos, antes de la llegada del concepto a nuestros territorios (Cyrulnik, 2002a). Aunque resulta claro que últimamente nos estamos esforzando mucho por seguir tan meritorio ejemplo.

Hoy en día, sin embargo, la palabra resiliencia no sólo parece ser habitual para los anglosajones, sino también para la gente de otras latitudes; porque como todo lo elástico, susceptible de estirarse o rebotar, se muestra tan llamativo, útil y entretenido para el ser humano – igual que lo brillante – la resiliencia no podía quedarse siendo patrimonio social exclusivo de los norteamericanos. Es así como Tisseron (2003) menciona que impulsada por los trabajos de algunos autores³² la resiliencia cruzó el Atlántico y llegó a Francia,

³²Jeanne y Jack Bloch, y Julius Seagal. (Citados por Tisseron, 2006).

donde la ulterior popularización masiva del término demostraría la magnitud de la bienvenida prodigada a la singular teoría en ese país. Es tal el entusiasmo de los franceses por la resiliencia – comenta Tisseron – que no encuentra parangón en el fenómeno social norteamericano; no duda, pues, en calificar el fenómeno social como el ‘new look’ francés e ilustra este auge con las siguientes anécdotas:

[Un] colega, recordando la muerte de su padre y la «forma deslumbrante» de su madre, se vio interpelado por una dama: «Sí, es verdad, nosotras, las mujeres, somos más “resilientes”»³³.

Un plegable, distribuido a la entrada de una universidad, llamando a una sociedad más justa y más igualitaria, terminaba con esta frase: «Luchemos por una nueva sociedad en donde todo el mundo tenga una oportunidad (gracias a la resiliencia)»³⁴.

Por otra parte, sobre la resiliencia en Colombia poco se puede decir. Parece no existir, por ejemplo, material bibliográfico que recoja la historia de la llegada del concepto al país, su evolución – si la hay – y posterior propagación; aunque se puede suponer, con mucho acierto, que sucedió inicialmente como en otros lugares del mundo. La resiliencia probablemente fue traída con las obras de algunos autores y difundida a través de conferencias, seminarios, simposios y demás eventos usualmente organizados por la academia. Colmenares (2002b) nos aporta una pista al decir de algunas obras de Boris Cyrulnik:

Sus libros, *Un merveilleux malheur* (Una maravillosa desgracia) y *Les vilains petits canards* (Los patitos feos), entre otras muchas publicaciones, han contribuido al estudio del concepto de resiliencia y al desarrollo de programas, entre otras regiones del mundo, en América Latina (...). (p. 30).

La dificultad señalada, para encontrar material historiográfico sobre la resiliencia en Colombia, podría ser un indicio de la relativa novedad del concepto en nuestro país; otra señal de lo mismo proviene de lo inusual que resulta escuchar la palabra resiliencia por fuera de ciertos espacios. Una charla casual sobre el asunto – o por lo menos en la que

³³[Un] collègue, qui évoquait le décès de son père et la «forme éblouissante» de sa mère, s’entendit répondre par une dame : «Oui, c’est vrai, nous autres, les femmes, nous sommes plus “résilientes”».

³⁴Un tract, distribué à l’entrée d’une université, appelle à une société plus juste et plus égalitaire. Il se termine par cette phrase : «Battons-nous pour une société nouvelle où tout le monde aurait sa chance (grâce à la résilience)»

se mencione el término – en una calle, parque u otro lugar común, constituiría un hecho llamativo por su singularidad. Con seguridad, la resiliencia es desconocida para la mayoría de los colombianos; al menos por ahora... De ello podría dar testimonio cualquiera en calidad de nacional. No deberíamos sorprendernos, sin embargo, si luego de algún tiempo la expresión pasa a formar parte de nuestro acervo cotidiano de palabras; y terminemos por usarla en semejanza de los norteamericanos y actualmente los franceses: cual calificativo referido a ciertas características, en este caso, de los colombianos – convenientes para algunos y, por lo mismo, muy elogiadas – que los hace aguerridos luchadores, sobrevivientes a las precarias y peligrosas condiciones de vida desde siempre impuestas por la extrema desigualdad social; pero también, gente sin memoria histórica colectiva, aguantadora, demasiado paciente, crédula y socialmente sumisa.

La escasa popularidad de la resiliencia, considerando la población total de Colombia, no implica, empero, que académica y profesionalmente no se hayan realizado y se estén realizando actualmente numerosos proyectos de diversa índole fundamentados en este marco. En un rastreo en la Web, a la fecha – enero de 2012 – se encontró que sólo en los últimos dos años fueron publicados por este medio, en Colombia, 33.400 artículos concernientes a la resiliencia o citando el concepto. Y si bien es imposible verificar la pertinencia académica de todas estas publicaciones, de algún modo reflejan el grado de difusión y acogida que está teniendo la resiliencia en nuestra sociedad.

Incluso, algunos psicólogos colombianos, debido a su dedicación a la resiliencia, evidenciada en las labores de investigación y publicaciones por ellos realizadas, han terminado por convertirse en autoridades con reconocimiento internacional. Cyrulnik (2002a) expresa su admiración de esta manera:

En los últimos exámenes el 80 % de los estudiantes franceses de psicología se refirieron a la resiliencia y citaron a los colombianos. (...) También me parece importante señalar que Ségolène Royal, nuestra Ministra de la Familia, los citó en la Asamblea Nacional utilizando sus trabajos como modelo para nosotros.” (p. 29).

Se dice que en Colombia la resiliencia se ha conocido más por el trabajo con familias desplazadas de sus territorios por la violencia o las catástrofes naturales. Aunque gradualmente se fue incluyendo también en programas de aceleración del aprendizaje, en la formulación de estrategias de prevención y promoción de la salud familiar y en propuestas terapéuticas para comunidades fármaco dependientes (Rodríguez, 2004).

Hoy en día, sin embargo, no es difícil comprobar el fuerte impulso que se está dando a la resiliencia dentro de las escuelas y colegios públicos, junto con otras instituciones estatales; sobre todo cuando se trata de la educación y protección de niños y jóvenes de familias en condición de desplazamiento forzado, o que de alguna manera se consideran vulnerados por las difíciles condiciones sociales de nuestro país. El Ministerio de Educación Nacional, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y la Organización Internacional para las Migraciones en Colombia, publicaron, vía Internet, su propio manual orientado a la capacitación de agentes educativos para la promoción de la resiliencia (MEN, ICBF & OIM, 2012). A esta iniciativa se suman muchas ONG's colombianas, las cuales – no obstante sus diversos objetivos sociales – están hoy trabajando en el mismo sentido. Por tal motivo, cada vez se encuentran, en mayor cantidad, nuevas investigaciones y propuestas encaminadas a promover la resiliencia en diferentes sectores de la sociedad colombiana.

De vez en cuando, y quizá obedeciendo a razones similares, también es posible encontrar publicaciones muy singulares de autores nacionales. Es el caso de C. Mejía (2002), quien realiza una curiosa interpretación de algunos hitos de la historia colombiana desde la perspectiva de la resiliencia, todo para argumentar que Colombia sí es y ha sido siempre un país resiliente. Ella encuentra evidencia de este hecho hasta en el himno nacional, aduciendo que Rafael Núñez así lo percibió cuando escribió en su primera estrofa: “en surcos de dolores el bien germina ya” (p. 152).

Como consecuencia de este singular esfuerzo académico, la resiliencia tal vez podría llegar a convertirse un día en todo un suceso popular en nuestra patria asolada por tantos problemas sociales, a la manera de una ‘nueva moda’ semejante al actual fenómeno social francés; porque lo cierto es que la completa popularización de la resiliencia parece ser la intención general de sus defensores.

Por citar un caso en ilustración de estos afanes, en 1995, la Asociación Americana de Psiquiatría (APA), emprendió en Estados Unidos una serie de campañas de educación de la población a través de diferentes canales: medios impresos, radio, televisión e Internet. Inició con «Talk to someone who can help»³⁵, con el supuesto propósito de promover una imagen diferente en el público de los profesionales de la salud, especialmente psicólogos, de quienes se pensaba eran médicos para locos. El relativo éxito de esta primera iniciativa, catapultado luego por el publicitado suceso de Columbine³⁶, derivó en el programa «Se-

³⁵“Habla con alguien que pueda ayudarte”

³⁶“Dos estudiantes del colegio secundario Columbine, en Littleton, Colorado, mataron a doce compañeros y una maestra e hirieron a otros muchos estudiantes antes de apuntar las armas contra ellos mismos.” (Newman, 2003; p. 312).

ñales de alerta», dirigido especialmente a la población adolescente; para lo cual la APA utilizó muy inteligentemente la estrategia de trabajar en alianza con MTV, un canal musical con una gran audiencia juvenil a escala global. En esta ocasión se tuvo el objetivo de instruir a los jóvenes para identificar indicios de eventuales comportamientos violentos de sus compañeros en las instituciones educativas y proporcionarles los canales para informar a las autoridades competentes. Las campañas legaron una gran infraestructura organizativa: la Red de Respuesta a las Catástrofes (DRN, sigla en inglés), conformada por alianzas entre la APA, numerosas asociaciones de psicólogos voluntarios, la Cruz roja y otras instituciones estatales norteamericanas, que más adelante respondería al llamado de la población afectada por el atentado a las torres gemelas. Todos estos sucesos allanaron el camino para la educación masiva de la población sobre la resiliencia y las maneras de fomentarla (Newman, 2003).

Quién sabe si algo parecido no está sucediendo actualmente o suceda más adelante en nuestro país. De todos modos, de seguir por este camino será cada día más frecuente encontrarse con agitados compatriotas preguntándose qué hacer para llegar a ser más resilientes, tal como ahora se preguntarán multitudes por los caminos para alcanzar algo de esa tierra prometida tan anhelada: la del éxito social.

En fin, la rápida propagación de la resiliencia – de un país a otro, de una a otra disciplina, del plano académico al uso popular – demuestra que es la estrella del momento cuya luz por ahora no da señales de mengua. Con razón Delgado (2006) comenta positivamente sobre esta gran expansión alcanzada en las últimas décadas, al parecer, con el convencimiento de que tal hecho es en sí un buen indicador de la excelencia de la mencionada teoría. Y de continuar esta tendencia inflacionaria, casi endémica, que obligadamente remite a preguntarse si el concepto no será acaso demasiado versátil, a lo mejor la resiliencia llegue en un futuro no tan lejano a inmiscuirse en prácticamente todas las posibilidades humanas de expresión.

¿Por qué tanta acogida?

La resonancia que hoy en día está teniendo la resiliencia entre los académicos y profesionales, especialmente de las ciencias humanas, y en algunos países hasta en la población en general, obliga a la reflexión sobre los posibles motivos de tan grande acogida. ¿Se trata acaso de la originalidad y fortaleza teórica de sus supuestos? ¿O tiene que ver con el peso

de la evidencia empírica encontrada? Porque según muchos autores, la popularidad de la resiliencia no tiene que ver con una manifestación del espíritu de los tiempos; el fenómeno siempre ha estado allí, en la vida cotidiana; sólo que no siempre se le ha llamado de la misma forma.

Sí, tal vez el auge actual de la resiliencia sea consecuencia de estar delante de un hecho tan frecuente en la vida diaria que se sostiene por sí mismo; el innegable peso de la evidencia, diríamos. Muchos, quizá, habremos atestiguado historias de triunfo sobre la adversidad – similares a las tomadas como ejemplo en los trabajos sobre resiliencia – en nuestra propia familia, barrio o grupo de amigos; incluso es muy probable que nos hayamos identificado con ellas. Ante esto, el requerimiento de un sustento teórico parece perder relevancia o no ser tan importante; a veces, más de lo debido. Sin embargo, los hechos más evidentes no justifican en sí mismos ninguna verdad. No en cierto que se puede ver siempre mejor entre más luz ilumine el camino. Aristóteles lo expresa bellamente: “Pues el estado de los ojos de los murciélagos ante la luz del día es también el del entendimiento de nuestra alma frente a las cosas más claras por naturaleza” (trad. 1970, p. 85). Es por eso que, haciendo caso omiso de la excitación producida por la idea del triunfo del espíritu humano sobre las vicisitudes de la vida, y yendo más allá de presuponer una prueba contundente a la sola evidencia, aún falta considerar la posibilidad de que la acogida de la resiliencia sea, en mayor medida, una consecuencia de la interacción de aspectos culturales, políticos, psicológicos y emocionales propios de nuestras sociedades occidentales.

El atrayente optimismo de la resiliencia.

Para comenzar, el excesivo énfasis en lo patológico ha sido una de las críticas más frecuentes hecha a la clínica psicológica. Según la opinión de algunos autores, de forma tradicional la psicología se ha centrado prioritariamente en los problemas humanos, dejando de lado los recursos y posibilidades propios de cada individuo. Esta orientación, denominada psicología negativa al final de la década de los noventa, correspondería a un modelo del déficit, del riesgo o la vulnerabilidad. (Gillman y Seligman, 1999; citados por Fernández-Ríos y Cornes, 2009).

El modelo del déficit proviene de la clínica médica. Surge de la observación de que, bajo determinadas condiciones de riesgo, algunos individuos presentan mayor propensión – por encima del promedio de la población – a desarrollar enfermedades inclusive en su

forma crónica (Manciaux, 2002). Paralelamente, la adaptación realizada al modelo por la psicología consiste en la homologación de la enfermedad somática y la disfunción comportamental; de esta manera, en circunstancias de riesgo, la predisposición al desarrollo de patologías somáticas es reemplazada por el aumento en las probabilidades de desarrollar trastornos del comportamiento.

En este sentido, la pobreza ha sido uno de los factores más asociados con las situaciones de riesgo desde el siglo XIX. Se ha considerado, desde entonces, que las personas pobres viven en condiciones de mayor exposición a las enfermedades; padecen situaciones más frecuentes de violencia, estrés y depresión familiar; además de contar con un menor apoyo social (Kotliarenco, Cáceres & Fontecilla, 1997). Todo esto con un riesgo aumentado si se trata de niños. Por lo tanto, supuestamente de acuerdo con el modelo del déficit, la pobreza eliminaría toda posibilidad de acceder a una existencia digna, de tener un desarrollo normal; socavaría cualquier tentativa de proyecto de mejoramiento y la esperanza de encontrar la felicidad. Nacer pobre equivaldría, pues, a estar prácticamente condenado de por vida al fracaso y la enfermedad.

Visto de esta manera, el modelo del déficit, de la psicología negativa, no deja de incomodar a cualquiera; más si se es poseedor de un elevado espíritu humanista que propende por la igualdad de derechos, oportunidades y esperanzas para todos, o si simplemente se está en el bando de los pobres. Pero, afortunadamente, como reacción a esta “(...) tendencia lamentable a centrarse en todo aquello que resulta sombrío, así como en los resultados negativos del desarrollo.” (Rutter, 1979; citado por Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla, 1997; p. 2) surge la psicología positiva.

La psicología positiva se encuadra en el modelo de competencia o invulnerabilidad, eminentemente orientado a la prevención, y en claro contraste epistémico con la psicología negativa, de una supuesta marcada orientación hacia la rehabilitación. Su perspectiva teórico-práctica es tomada de la vertiente psicológica conocida como humanismo. “La psicología positiva se halla relacionada con el impulso explicativo positivo y constructivo del ser humano y la necesidad del sentimiento de competencia.” (Fernández – Ríos y Cornes, 2009).

En consecuencia, la psicología positiva pone de relieve los recursos y posibilidades individuales para hacer frente convenientemente a los impases de la vida. Haciendo énfasis en las posesiones y no en las deficiencias, esta psicología parte del supuesto de que el ser humano no está determinado, de ninguna manera, por nada parecido a un sino funesto

o desventurado por causa de unas condiciones heredadas, de nacimiento o desarrollo. En esencia, se trata de trasladar casi toda la responsabilidad del contexto al individuo.

Sin lugar a dudas, la doctrina de la resiliencia debe alinearse dentro de la llamada psicología positiva, en tanto, coincidentemente con ésta, propone ver al individuo desde la perspectiva de sus recursos y no desde sus carencias; desde su posibilidad de situarse como referente de sí, lo que le permite abstraerse de su tragedia para resignificarla y tomar en sus manos las riendas de su vida; dado que el ser humano tendría “(...) la capacidad de transformar sus propios paradigmas para ofrecerse nuevas posibilidades de existencia, a condición de nutrir su visión del mundo con valores y sentidos de identidad.” (M. A. Mejía, 2002; p. 26). También por contraponerse, supuestamente, a un conjunto de factores económicos, políticos y culturales que tienen el efecto de empobrecer la subjetividad humana, como lo advierte Rodríguez (2004).

Dicho de forma breve, se tiene dos psicologías. De un lado, está la psicología positiva, la buena, la esperanzadora; correspondiendo a una visión optimista del mundo y de la vida. Del otro, la negativa, la mala, la determinista; correspondiendo a una visión pesimista. ¿Con cuál versión se quedaría usted? Resumido todo de esta manera quizá la pregunta sobra. Y, aunque así se objete, no es exagerada esta síntesis, porque es imposible dejar de notar en tal polarización de la psicología una acentuada valoración moral, sobre cuyas implicaciones reflexionaremos con más detalle en un capítulo posterior.

Probablemente la anterior aseveración resulte molesta para algunos, demasiado excedida en su juicio, poco fundamentada; porque después de haber leído los párrafos precedentes quizás terminemos creyendo ingenuamente que estamos siendo testigos de un claro y genuino debate epistémico, en el mejor de los sentidos, entre dos paradigmas contrapuestos. No obstante, es preciso señalar que dependiendo de la articulación de cualquier planteamiento y de la intelección realizada sobre él, en toda discusión teórica siempre existe el peligro – en mayor o menor medida – de reducir la reflexión a una simple pesquisa moral entre lo bueno y lo malo, fundada sobre nuestras propias nociones de lo correcto, lo conveniente, lo humanamente digno, lo agradable, lo bello y todos sus contrastes. “Toda diferencia implica elección y la elección conlleva en la inmensa mayoría de los casos un juicio.” (Isaza, 2003; p. 16).

De ser así, más que por sopesar argumentaciones y juzgar un valor teórico, el interés de las personas en la resiliencia podría estar guiado por una sencilla valoración moral de un discurso construido alrededor de ella. La frontera que separa el plano de la discusión

académica del plano comercial ciertamente no es tan clara. Si hablamos con holgura en estos términos³⁷: amor, esperanza, éxito, buen humor, felicidad, maravilla, fortaleza, coraje, optimismo y dignidad, entre otros ¿Cómo saber cuándo hemos traspasado ese límite, y de teóricos nos convertimos en vendedores de conceptos? La gran enseñanza de la publicidad es que la acogida de un producto no necesariamente depende de su calidad y de la necesidad de un mercado, sino de la habilidad de hacerlo lucir necesario, bueno y atractivo. Entonces, la cuestión es: ¿hasta qué punto podemos evitar la manipulación de la opinión de las personas, en un buen estilo publicitario, cuando lo que tratamos de hacer es comunicar un concepto y no vender una mercancía?

La frecuente utilización del adjetivo nuevo(a) al presentar la resiliencia, ofrece otro buen ejemplo del efecto manipulador de las palabras. No es exagerado decir que para el común de la gente lo novedoso implica ya algo interesante en sí mismo; lo mejor, aquello que está en boga, que vale la pena tener, que viene a satisfacer una necesidad, una versión mejorada de algo actualmente defectuoso. Así, sin siquiera comprender completamente qué es la resiliencia e investigar si realmente se trata de algo nuevo o no, conveniente o inconveniente, muchos quizá estén preguntándose cómo promoverla en sus hijos, alumnos, empleados, familia o en sus propias vidas. De tal manera es socavado el criterio de las personas por el contenido de un discurso. Por algo las palabras ‘nuevo(a)’ y ‘novedoso(a)’ son muy utilizadas en la publicidad comercial.

Con todo, a lo mejor puede continuarse juzgando muy acertada esta categorización de la psicología – en psicología positiva y psicología negativa – en vista de los mencionados criterios bajo los que se la realiza; sin embargo, no deja de ser cuestionable también desde otra perspectiva. De acuerdo con Fernández-Ríos y Cornes (2009) una consideración global de la historia de la psicología muestra no tan cierta la afirmación de que esta disciplina ha venido haciendo tradicionalmente énfasis en la predicción del fracaso a partir del déficit, el riesgo o la vulnerabilidad; olvidando la creatividad, la voluntad, la persistencia y demás cualidades susceptibles de encontrarse en el ser humano, con las cuales trabajaría para construirle un sentido y un significado a la vida. En cambio, sólo estaría demostrando un desconocimiento de la verdadera historia de la psicología, aquella que precisamente no se encuentra en los manuales. Por lo tanto, dicha división de la psicología es inadecuada por fundarse en una apreciación inexacta y no justificable desde un punto de vista histórico.

³⁷Estas palabras son frecuentemente utilizadas para hablar de la resiliencia en referencia a distintos aspectos: factores internos y externos; factores protectores y de riesgo; factores promotores de resiliencia; pilares de la resiliencia, etc.

El notable psicólogo y pedagogo soviético Liev Vygotski (1931) apreciaba en las desviaciones del desarrollo humano una valiosa oportunidad para tratar de desvelar los secretos de las funcionalidades psíquicas; enfoque metodológico compartido, sin duda, por muchos otros investigadores a lo largo de la historia de la psicología.

La desviación del tipo normal, el cambio patológico de los procesos del desarrollo representan, en relación con nuestro problema así como en general en relación con todos los problemas de la psicología infantil, una especie de experimento natural, especialmente organizado, que descubre y desvela frecuentemente, con estremecedora evidencia la verdadera naturaleza y estructura del proceso que nos interesa. (p. 41).

Aparte de todas las objeciones que pudieren levantarse en su contra, esta perspectiva no implica necesariamente una fijación morbosa en la patología, un goce de la enfermedad del otro; consiste fundamentalmente en un método comparativo entre posibilidades de evolución y funcionamiento de un sistema, muy utilizado, por demás, en la actualidad. ¿Qué hacen los investigadores en resiliencia sino observar y preguntarse por qué algunas personas superan positivamente las arremetidas de la vida mientras otras no? En palabras diferentes, ¿qué tienen las personas resilientes que a las no resilientes les falta?: competencia contra déficit en el más puro estilo de la patología clínica tradicional.

¿Una original y novedosa mirada del hombre?

Otro asunto es la originalidad de la psicología positiva y, por consiguiente, de la resiliencia. La resiliencia se ha venido vendiendo de diferentes maneras, si no como una nueva disciplina, quizás sí como una mirada novedosa sobre viejos problemas del hombre; por lo menos así lo considera Galende (2004). Hablando desde la opinión de este autor, la resiliencia es un llamado a ocuparse no sólo de las víctimas, sino también a preguntarse por las personas exitosas en su lucha contra las adversidades de la vida. Se trata de subvertir la idea de causalidad del pensamiento médico positivista introduciendo el azar en la cadena de causalidades; es decir, al sujeto capaz de valorar, significar y decidir sobre las circunstancias de su vida: “Es pensar a un individuo no como víctima pasiva de sus circunstancias sino como sujeto activo de su experiencia.” (p. 23). Para este autor, el concepto de resiliencia también estaría evocando las ideas de complejidad e integración en la

búsqueda de comprensión de lo humano. Estos tres aspectos constituirían, por tanto, lo novedoso de la resiliencia.

Por su parte, M. A. Mejía (2002) expresa abiertamente que la resiliencia es un nuevo paradigma nacido hace algunos años en las ciencias humanas; y no duda en situar a los autores del libro – del cual ella hace la presentación – en una condición de autoridad para dar igual testimonio, cada uno desde su propio campo de experticia, de dicho nacimiento. La autora sostiene que la consecuencia general de la mirada positivista en la ciencia ha sido la construcción de una “idea de ser humano empobrecida, restringida”; en la cual no sólo se dejan de lado sus recursos y posibilidades, sino también “se le despoja de cualidades profundamente humanas” (p. 22); desconociendo, además, su singularidad. Desde este punto de vista, la resiliencia sería un nuevo paradigma porque pretende sobreponerse a esa forma reduccionista de ver y comprender las cosas, al ofrecer una visión renovadora, “(...) que recrea la complejidad humana y la enriquece con nuevos valores.” (p. 25). Corrigiendo así la mirada victimizadora en la que se asigna al individuo una identidad en función de sus circunstancias de vida y no de acuerdo con su historia, sus valores éticos y culturales particulares.

En este caso ya no se está hablando simplemente de una nueva forma de atisbar viejos asuntos de la humanidad, se habla de una estructura teórica revolucionaria que se impone radicalmente sobre otras y establece límites precisos, no sólo en cuanto a la forma de abordar un conjunto dado de problemas, sino también respecto a la licitud de los mismos en referencia a los intereses propios de la disciplina; porque de esa manera, al menos, debería entenderse globalmente un paradigma en el sentido dado por Kuhn (1998) al término. De forma concisa: todo “nuevo paradigma implica una definición nueva y más rígida del campo.” (p. 46). Sin embargo, las explicaciones dadas por M. A. Mejía (2002) no van más allá de afirmar que la resiliencia sería un nuevo paradigma en las ciencias humanas sólo por declararse en abierta oposición a la clásica visión mecanicista de la ciencia en su intento por comprender al hombre.

Por otro lado, para Cyrulnik (2002a) la resiliencia estaría promoviendo un cambio de actitud del terapeuta ante el dolor del sufriente por causa de una tragedia acaecida en su vida. La vieja actitud, consistente en ver dañada irreparablemente a la persona herida, compadecerla, subvencionarla y hacerla a un lado, debe ser reemplazada por una nueva actitud: delegar la responsabilidad correspondiente al herido, y trabajar cooperativamente con aquel y su red de apoyo para tratar de reestablecer una línea de desarrollo rota por el golpe recibido. Pero este cambio de actitud exigiría, asimismo, no desconocer aspecto

alguno del ser humano: somos seres biológicos pero también de historia, de palabra y de cultura. La resiliencia “se trata entonces de una actitud integrativa que da la palabra a personas de disciplinas diferentes, pero sin darles toda la palabra” (p.32).

Elegí estos tres autores para presentar las principales conjeturas que estarían justificando lo novedoso de la resiliencia, pero no por algo especial más allá de nombrar explícitamente y de diferente forma dicha novedad: como una nueva mirada, un paradigma nuevo o un cambio de actitud; porque lo expresado por ellos es tan común en la literatura de la resiliencia que bien pude haber escogido a otros. Pero esta escogencia me permite mostrar que, aparte de una categorización epistémica divergente de la resiliencia, no hay necesariamente una toma de posiciones teóricas radicalmente distantes por parte de los autores. Es así como en las anteriores citas se puede reconocer claramente la recurrencia de algunas ideas: (1) la intención de subvertir el modelo determinista de causalidad aplicado en la intelección de los hechos humanos, (2) restituir la noción de *complejidad* eliminada por una metodología positivista fragmentadora y el trabajo unidisciplinario, y (3) corregir la mirada victimizadora que niega al individuo sus recursos y posibilidades.

Básicamente, se tiene un conjunto de oposiciones reductibles a una: el modelo positivista de la ciencia, y su metodología cuantitativa, versus un singular modelo, mezcla de aportes del socio-construccionismo, la psicología humanista, la teoría Gestalt, el conductismo, las neurociencias, el psicoanálisis y – como adhesivo teórico – la teoría de la complejidad; con una metodología eminentemente cualitativa. Modelo, este último, calificado como de una “fecunda heterogeneidad” por Suárez (2004, p. 20), como una “actitud integrativa” por Cyrulnik (2002a, p. 32) y, en general, como una visión más integral del ser humano por los adeptos de la resiliencia; calificativos merecidos, quien sabe, aunque no evitan la inquietud ante la sombra de un excesivo eclecticismo.

¿Habrá algo de nuevo en esta polémica planteada por la resiliencia? En primer lugar, el cuestionamiento del positivismo científico, con su pretensión de objetividad como garantía de verdad, es una discusión que pertenece al ámbito de la filosofía de la ciencia y se refleja principalmente en el debate entre las ciencias naturales y el campo de las disciplinas histórico-sociales; por lo tanto, no es una discusión introducida recientemente por la resiliencia. Este argumento bastaría para desvirtuar la afirmación de que la resiliencia constituye un nuevo paradigma en las humanidades, aún si ésta cumpliera con los requisitos establecidos por Kuhn (1998) para considerársele como tal.

En segundo lugar, de acuerdo con Fernández-Ríos y Cornes (2009) los postulados de la

psicología positiva ya se encuentran reflejados de cierta manera en la perspectiva filosófica-antropológica clásica conocida como eudaimonía. Según estos autores, la eudaimonía clásica, a través de la areté o virtud, “(...) se focaliza en hacerse cargo responsablemente del proceso histórico-personal de vivir. Busca construir recursos intra e interpersonales no sólo de la invulnerabilidad, sino del crecimiento personal y la búsqueda de la felicidad”. Y aunque la perspectiva eudaimónica, hablando con rigor, solo aplique para occidente, podemos encontrar en ella grandes coincidencias con el pensamiento ancestral de oriente. Vivir con templanza y moderación; conocerse a sí mismo; planificar, ser precavido y prudente; controlar la ira; apreciar la belleza y el buen vivir, pero aceptar con coraje y valentía los retos de la vida; esforzarse cada día por ser mejor; cultivar la serenidad y pureza de espíritu; rodearse de buenos amigos y conocer bien a los enemigos; son algunos principios, entre otros, enunciados hace muchos siglos por sabios de otras culturas. No es coincidencia encontrar en ellos un gran parecido con los preceptos de la resiliencia.

Bastaría, entonces, algo de curiosidad epistémica y visión comprensiva de la historia para localizar en el lejano pasado los principios claves de la psicología positiva. En consecuencia, afirmar que la psicología positiva constituye una propuesta original sólo demuestra un desconocimiento histórico injustificado del pensamiento antropológico grecorromano y oriental respecto a la salud pública en sus sociedades (Fernández-Ríos y Cornes, 2009).

En conclusión, para Fernández-Ríos (2008) la psicología positiva no aporta soluciones nuevas a ningún cuestionamiento existencial considerado ya en la antigüedad, ni plantea problemas que no hayan sido abordados también por los grandes pensadores clásicos.

Pero el hecho es que los mismos teóricos de la resiliencia aceptan no ver en ella un fenómeno moderno. Se supone que siempre hemos sabido de la existencia de la resiliencia por tratarse de un fenómeno de la experiencia cotidiana desde los albores de la humanidad, aunque no siempre la hemos llamado así (Manciaux, 2001 y Galende, 2004; entre otros). Esto ya lo había mencionado antes. Manciaux particularmente considera – confío sea de manera metafórica – que Adán y Eva tal vez hayan sido los primeros seres humanos resilientes de la historia, cuyo mérito fue haberse sobrepuesto a las consecuencias de la expulsión del paraíso edénico. Así las cosas, la resiliencia sería un fenómeno fácilmente detectable no sólo en la vida de muchas personas hoy en día, sino además en la de personajes históricos; rastreable igualmente en mitos, cuentos, cantos y leyendas de pueblos de todos los tiempos y lugares; y verificable en ingente cantidad de obras literarias clásicas y modernas.

Cabría, entonces, dar la razón a Fernández-Ríos y Cornes (2009) cuando afirman: “En muchas ocasiones, la psicología utiliza nuevos conceptos para significar lo que conocemos

hace siglos”. Lo cierto es que la originalidad o novedad de la resiliencia, con todo su atractivo, parece reducirse únicamente a la utilización de la palabra resiliencia en los dominios del saber histórico-social. Aunque si debe reconocérsele la forma novedosa – sutil – de reintroducir diversos problemas éticos ya antes planteados por el darwinismo social.

La ciencia y el rebajamiento de la dignidad humana.

Si no es exacta ni justificable, desde una perspectiva histórica, la observación de que la psicología hegemonícamente se ha enfatizado en todo lo negativo de la condición humana, por lo cual se hizo necesaria y atrayente una nueva perspectiva que contravenga tan nefastas inclinaciones, y si tampoco encontramos mucho de novedad y originalidad en la propuesta de la resiliencia, habremos de reflexionar sobre un tercer aspecto que quizá contribuya a explicar su marcada aceptación y popularidad: La resistencia humana a aceptar toda visión de sí que vaya en detrimento de su supuesta posición de dignidad y privilegio sobre los demás seres de la creación.

Relativamente, no hace tanto tiempo, al hombre de occidente aún le bastaba con creer en la voluntad divina como la única y primordial causa de su existencia y destino; no era necesaria ninguna otra clase de explicación racional. Pero una serie de eventos históricos, finalmente confluentes en el movimiento sociocultural conocido como Renacimiento, terminaría por resquebrajar la solidez milenaria de esta forma de pensamiento teleológico. De este periodo, son de destacar los razonamientos y procedimientos aplicados por el renacentista Galileo en sus investigaciones físicas, los cuales serían el basamento del posterior racionalismo científico y su método.

Desde entonces, la pugna ciencia – religión ha sido epopéyica. Al mismo Galileo casi le cuesta la vida intentar sostener las ideas copernicanas sobre la mecánica celeste. Salvar su vida le comportó al sabio italiano un tiempo de reclusión y demostrar su arrepentimiento retractándose públicamente de su herejía. Aunque algunos historiadores comentan que cuando se retiraba de la presencia de sus jueces susurró desafiante: “Eppur si muove” (Drake, 1978; p. 357)³⁸. Pero el cielo en contra de las argumentaciones de Galileo, en el

³⁸“Sin embargo se mueve”. Drake comenta que esta historia aparece por primera vez en una publicación en inglés, autoría de un hombre de letras italiano, Giussepe Baretti, en Londres, en el año de 1757. Sin embargo, pone en tela de juicio su verosimilitud, creyendo que se trató de un intento dramático por realzar cierto significado del episodio histórico en relación con la confrontación entre los ideales científicos y las creencias religiosas.

fondo, poco o nada tenía que ver con una supuesta afrenta a la divinidad por contradecir su palabra; en realidad, aquello verdaderamente ofendido fue la vanidad humana, al vernos desplazados de nuestra posición de ser el justísimo centro de la creación.

Otro lío más moderno, concerniente a esta disputa, fue el publicitado alegato de “los monos de Dayton”. En 1925, un ciudadano electo por Tennessee (EEUU) a la cámara de representantes, en un intento por evitar la propagación de la inmoralidad incentivada por la ciencia – que escandalosamente estaba infectando la mente de los jóvenes norteamericanos – radicó un proyecto que proponía eliminar completamente de las aulas de instituciones escolares públicas, o financiadas de algún modo con dineros estatales, la enseñanza de la teoría darwinista de la evolución. Parecía imposible, pero la iniciativa fue aprobada por el voto de la mayoría y prontamente se puso en marcha. Algunos indignados emprendieron inmediatamente una contrapartida legal y – en afortunado detrimento de la salud mental y espiritual de la humanidad – las nobles intenciones de tan altruista político sólo cuentan ahora, en la historia, como una anécdota más de los alcances de la vanidad y el fanatismo del hombre.

Las dos historias, traídas como ejemplo, no significan, empero, que tales conatos sean sólo cuentos del pasado. Aún, ahora, millones de personas en el mundo continúan empeñadas en tratar de sostener y difundir las enseñanzas contenidas en variedad de textos sagrados bajo igual premisa: la de un mundo en decadencia material, moral y espiritual debido al alejamiento de Dios propiciado mayormente por la ciencia.

Entonces, aunque en muchos sentidos la resiliencia aparezca como una innovadora lucha en favor de restituirle al hombre lo que siglos de una mirada reduccionista y fragmentadora le han arrebatado, y los ánimos se alborocen por ello, no es la primera vez que voces de protesta se levantan ante el aparente rebajamiento de la dignidad humana por parte de la ciencia. Se trata de aquella vieja pregunta compañera nuestra: ¿qué somos?, urgida de respuestas; pero persistente en no aceptar cualquier revelación concerniente a nuestra verdadera situación en el universo. El mismo Freud (1917) lo mencionaba al comentar sobre la naturaleza de la polémica ocasionada por el psicoanálisis en occidente:

En el curso de los tiempos, la humanidad ha debido soportar de parte de la ciencia dos graves afrentas a su ingenuo amor propio. La primera, cuando se enteró de que nuestra Tierra no era el centro del universo, sino una ínfima partícula dentro de un sistema cósmico apenas imaginable en su grandeza. Para nosotros, esa afrenta se asocia al nombre de Copérnico, aunque ya la ciencia

alejandrina había proclamado algo semejante. La segunda, cuando la investigación biológica redujo a la nada el supuesto privilegio que se había conferido al hombre en la Creación, demostrando que provenía del reino animal y poseía una inderogable naturaleza animal. (...) Una tercera y más sensible afrenta, empero, está destinada a experimentar hoy la manía humana de grandeza por obra de la investigación psicológica; esta pretende demostrarle al yo que ni siquiera es el amo en su propia casa, sino que depende de unas mezquinas noticias sobre lo que ocurre inconscientemente en su alma.

Aunque “manía de grandeza”, en cierto sentido, quizás sea una dura calificación para nuestra pertinaz negación a aceptar determinados hechos humanos; probablemente se trate más de temor y desconcierto que de vanidad. El problema es que todo nuevo saber, de lo propiamente humano, implica una profunda modificación del objeto de estudio, siendo éste a la vez el mismo investigador (Zuleta, 2003b). En otras palabras, cuando alguien estudia con seriedad algo como el psicoanálisis o el marxismo, no puede ponerse entre paréntesis y esperar no ser tocado en lo más profundo de sus raíces ideológicas. Por tal motivo, Zuleta estimaba un despropósito el intentar estudiar la obra de Sigmund Freud o Marx y tratar de seguir siendo un buen católico. Se hace clara, pues, la pugna entre la necesidad de llenar esos vacíos de conocimiento sobre nosotros mismos y el deseo de mantenernos ignorantes ante la sospecha de encontrar desagradables respuestas. La tesis del etno-psicoanalista Tobie Nathan probablemente ayude a arrojar más luz sobre este asunto. Pero antes de continuar, no dejaré pasar esta oportunidad para resaltar un hecho curioso: pese a las advertencias del mismo Freud acerca de la precaria posición en la que su teoría deja al hombre, una gran facción de los defensores de la resiliencia insiste en encontrar para ésta sustento en el psicoanálisis.

Prosiguiendo, Nathan (1994) sostiene que toda cultura solvente cumple las funciones de evitar el pavor y la perplejidad, al suministrar un conjunto suficiente de prácticas y creencias como para constituir un marco explicativo satisfactorio en aporte de coherencia y significado al quehacer humano. De cumplirse con efectividad estos cometidos, se evitaría el surgimiento de preguntas existenciales dolorosas y desconcertantes. Así devienen, en profusa variedad, todo tipo de representaciones culturales – entre ellas, dotes y atributos hasta ahora insospechados en el ser humano – teniendo por objetivo mantener un nivel aceptable de tranquilidad, alta la moral y viva la esperanza de las personas. Pero el caso es que, infortunadamente, no toda cultura desempeña a cabalidad sus oficios, con consecuencias no tan agradables para sus miembros. Ya antes Freud (1927) había señalado lo mismo,

al afirmar que la principal función de la cultura es protegernos de la naturaleza. Pero a pesar de creerse doblegados los elementos naturales por obra del ingenio del hombre, de vez en cuando las fuerzas del universo se desencadenan implacables contra nuestro orgullo, recordándonos tristemente esa condición de ser seres frágiles, desvalidos y mortales.

Enterados de esta manera del no tan alegre panorama de la vida al que cotidianamente nos vemos abocados, ¿quién no desearía un destino sublime de su parte?, ¿a quién no le gustaría poseer mayores dotes, mejores cualidades y tener más alternativas de las que tiene? Es preferible, pues, la idea de un hombre aguerrido, victorioso, pletórico de recursos y posibilidades – en otras palabras, resiliente – a la condición rebajada en la que nos sitúa muchas veces el discurso de la ciencia.

El arte de cultivar la riqueza interior.

Pese a que algunos autores levanten loas ante la común actitud resiliente de los anglosajones, para Tisseron (2003) la resiliencia en Norteamérica es más una palabra referida al tesón por alcanzar el éxito social que una manera filosófica de enfrentar la vida; y por lo mismo es una característica muy valorada socialmente. Según el autor, allá la resiliencia se relaciona con las ideas de elasticidad, resistencia, rebote, ingenio y buen humor. Básicamente, tiene que ver con la capacidad de aguantar los embates de la vida sin perder el ánimo; de adaptarse al colectivo, volviendo a recuperarse después de los golpes recibidos a la manera de un resorte o de un objeto elástico. No por nada, este notable psicoanalista, citando a Paul Claudel, se refiere a la resiliencia como “l’élasticité américainé”³⁹.

Más adelante, hablando sobre los aspectos que motivaron la gran acogida de la resiliencia en Francia, Tisseron (2003) comenta que el proceso migratorio no dejó indemne su contenido; al parecer el concepto experimentó una suerte de mutación gracias a “un genial truco de manos” : aquella cualidad, vinculada al éxito social en los Estados Unidos, asumió en Francia el cariz de cierta forma de riqueza interior. La resiliencia perdió el viejo sentido de orientar la vida a la búsqueda del éxito social y se trató ahora de “buscar la maravilla”, designándose en un buen uso publicitario con la poética frase: “el arte de rebotar”; se convirtió entonces en una virtud sublime, obviamente deseable, digna de ser cultivada. No obstante, el autor sostiene que debajo del seductor nuevo traje de la resiliencia, el producto siguió siendo el mismo. El proceso de mudanza de la resiliencia, llamado por Tisseron “la

³⁹“La elasticidad [Norte] americana”.

operación hábitos nuevos”, consistió en dejar atrás la alusión a la imagen de un resorte u otro objeto elástico para explicar la resiliencia, reemplazándose por una metáfora más bella: “la metáfora de la ostra”⁴⁰.

Quizás el proceso natural de creación de una perla encierre en sí una gran moraleja. Puede ser la demostración por parte de la naturaleza de «la maravilla del dolor», por utilizar una expresión muy particular de Cyrulnik (2001). Así, el sufrimiento, la desdicha y el dolor – gajes del oficio de vivir – tienen entonces un lado positivo: no sólo poseen la potencialidad de destruirnos, sino también de transformarnos, de fortalecernos; en otras palabras, de ennoblecernos. ¡Todo depende de nosotros, de si somos capaces de cultivar el arte de ser como la ostra! Sin embargo, visto desde otra perspectiva, el resultado obtenido en Francia por la operación “hábitos nuevos” fue la conversión de la resiliencia en algo comercial mediante la utilización de una hermosa metáfora; pues no se percibe muy agradable si se relaciona con una aptitud de adaptación social, como sucede con la versión norteamericana. Mientras esto último “huele a azufre” – dice Tisseron (2003) –, la metáfora de la perla terminó convirtiendo a la resiliencia en una nueva moda francesa: ¡ahora todos en Francia quieren tener su propia perla! En Colombia, que yo sepa, la resiliencia no tuvo esta transformación; por obra de bien conocidos difusores franceses el producto nos llegó ya terminado, más que como un arte, como una «técnica» para cultivar la riqueza interior.

Resiliencia, la cura idónea para los problemas sociales.

Como habitantes de esta época, somos testigos de un largo y gradual proceso de eliminación de la soberanía nacional. Democracia es hoy en día un término sobrevaluado por designar un sistema de gobierno que así se autodenomina justificándose en la sola emisión periódica del voto. Los gobiernos de los países hace rato renunciaron a su potestad de dirigentes del pueblo, desempeñando cada vez más el papel de agentes de organismos internacionales – el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, entre otros – a su vez al servicio de los intereses económicos de gigantescas compañías transnacionales con un gran poder financiero y, por ende, político (Minsburg, 1999).

⁴⁰La formación de una perla se produce cuando por algún motivo una impureza, puede ser un grano de arena, atraviesa la barrera impuesta por la dura caparazón de la ostra y se introduce en su interior. La irritación ocasionada por el objeto extraño en el blando cuerpo del molusco, lo obliga a reaccionar secretando nácar – la misma sustancia formadora de su concha – para recubrirlo gradualmente. Por este camino la impureza termina siendo transformada en una perla, un objeto inocuo para la ostra pero de gran valor estético y por lo tanto económico para los seres humanos.

‘Globalización’, término demasiado benigno para designar al destructivo proceso generalizado de adopción y fortalecimiento de políticas económicas de corte neoliberal, causa actual de los peores problemas sociales. No entraré a discutir las razones a las que obedece, para el caso particular de este análisis sólo se hace necesario señalar sus consecuencias. Santos (2004) realiza un atinado resumen de los efectos de la globalización, vista desde el lado de los no favorecidos, con el que seguramente estarían de acuerdo muchos otros opositores de este tipo de régimen económico. De acuerdo con la autora, la característica prima ha sido la sustitución del Estado por la empresa privada en las funciones de ente distribuidor y regulador de los servicios públicos, bajo la premisa de su natural incompetencia como garante de los derechos fundamentales de la población; de esta manera, los servicios públicos y otros derechos quedaron asegurados para quienes puedan pagarlos. El Estado mismo pasó a ser manejado desde la lógica de la rentabilidad y eficiencia en sus procesos, obedeciendo a directrices de órganos financieros internacionales, los cuales establecen tales condiciones para garantizarse el pago de las deudas externas de las que ellos son también acreedores.

Desde afuera de los países se ha presionado la desestructuración de los sindicatos y demás asociaciones gremiales, junto con la instauración de leyes de flexibilización laboral; políticas que ampliaron la libertad de las empresas para ajustar los costos de producción reduciendo la mano de obra humana y reemplazándola con recursos tecnológicos. La importación de productos de bajo coste, facultada ahora por los desiguales tratados de libre comercio – nuestro famoso y elogiado TLC con Estados Unidos, entre ellos –, elimina o al menos reduce al mínimo la no competente industria nacional, ocasionando la quiebra de pequeñas fábricas y agricultores, y elevando aún más los índices de desempleo. El trabajo terminó, por tanto, convirtiéndose en un bien escaso. Y, ante la creciente escasez de ocupación, la gente se ve obligada a conformarse con condiciones laborales precarias, aceptando puestos para los cuales está sobrecalificada, devengando sueldos por debajo de la línea de pobreza; con contratos temporales que no garantizan condiciones dignas, tampoco la cobertura de protección social y menos la posibilidad de un futuro retiro. La carrera por las limitadas oportunidades de trabajo se ha convertido en una competencia salvaje en la que todo vale, propiciando el individualismo, sobrevalorando la juventud e incitando a las prácticas corruptas y la ilegalidad como únicos medios para alcanzar lo inalcanzable por las vías de la legalidad. Santos (2004) además menciona la existencia de estudios que correlacionan la falta de ocupación con la incidencia de enfermedades cardiovasculares, aumento en las tasas de suicidios, incremento de síntomas depresivos, desnutrición, conflictos familiares, etc.

Por otro lado, la falta de empleos, el encarecimiento de la tierra para vivienda, la precariedad de los servicios públicos básicos y la inseguridad, terminaron incentivando la xenofobia de la gente, al poner en el tapete de los culpables a los inmigrantes, extranjeros o nacionales, sin detenerse a reflexionar en las causas de su presencia. Los foráneos, así estigmatizados, discriminados y rechazados se convirtieron en los perfectos chivos expiatorios de las autoridades para justificar su ineficacia, por acción u omisión, en materia de políticas públicas (Salgado, 2004).

Pese a tan adusto panorama, la globalización se publicita con la connivencia de los diferentes medios de comunicación como una nueva medida, positiva y sin precedentes en la historia de la economía mundial; a la cual es imposible sustraerse en vista de sus beneficios y las tendencias generales de una sociedad tecnológica moderna. Sus defensores sostienen la tesis de que el mercado se autorregula eficazmente y las mercancías se distribuyen por el solo hecho de existir, liberando así la competencia capitalista desmedida, causa primaria del cada vez más elevado costo de vida, de la extrema desigualdad y la exclusión social. Las mismas personas sustentan este nuevo orden de inequidad interpretándolo bajo los preceptos de la ‘meritocracia’, con el fin de legitimar la posición social a través de la naturalización de la idea del merecimiento personal: “Quienes poseen intereses, deseos de superación y están dispuestos al esfuerzo necesario, alcanzan las metas que se proponen.” (Santos, 2004; p. 260)⁴¹. Aunque yo me atrevo a resumir los términos de la meritocracia con las siguientes palabras: «quienes son resilientes alcanzan el éxito social».

En Colombia, el debilitamiento de la democracia, consecuencia del proceso de globalización, ha sumido al pueblo en un estado de total indefensión ante la operación de funcionarios corruptos, quienes, defraudando la confianza de los electores, permanecen vigilantes a la espera de lo que cae de la mesa de las grandes transnacionales. El gobierno del pueblo y para el pueblo ha pasado a ser el gobierno para el beneficio propio, y al parecer no hay medida eficaz en contra: con dificultad se logra la destitución de un alto funcionario, pero si se logra ¿con quién se reemplaza? Desde hace décadas la crisis institucional se hizo evidente. En la actualidad cualquier colombiano puede juzgar que gran parte de los recursos del Estado se invierten en investigar, procesar y garantizar cómodos castigos a sus propios funcionarios por delitos de corrupción, que van desde la asociación con grupos criminales hasta los grandes desfalcos al erario. Las personas ya no creen en ningún dirigente; si lo hacen es, de igual forma, por beneficio propio.

Los entes de vigilancia y control se ven continuamente desbordados en la ejecución de sus

⁴¹ Es interesante acotar que esta autora es afín a la teoría de la resiliencia.

funciones, también lentificados y hasta bloqueados por presiones violentas de los mismos implicados en crímenes contra el Estado; además, porque ellos tampoco escapan a la corrupción, haciendo interminable la cadena de vigilancia sobre la vigilancia.

De esta manera, el dinero destinado para la vivienda, la salud, la educación, la construcción y mejoramiento de la infraestructura civil, la recreación y la mitigación de los efectos de los desastres naturales – que entre otras cosas es producto del pago de asfixiantes impuestos – halla frecuente destino en el bolsillo de particulares; mientras los colombianos debemos vivir soportando o sorteando problemas cuyas soluciones fueron pagadas de antemano.

En este caso, los medios de comunicación cumplen otra vez la función de naturalizar el orden de las cosas, pero por otro lado se encargan de promocionar la autogestión popular en la resolución de problemas comunitarios como la mejor y única alternativa para salir de la crisis social; medidas, obviamente, avaladas por los gobiernos. Es también usual el contenido televisivo dedicado a realizar campañas humanitarias, apelando a la solidaridad de la gente para reunir ayudas de todo tipo, para enfermos y damnificados por causa de la violencia o desastres naturales; ciudadanos reducidos a la mendicidad en un país rico en recursos, todo porque debajo de la fachada de las instituciones estatales las transacciones ilícitas campan al abrigo de una impunidad soberana. Ante este estado de cosas no es de extrañar la molesta abundancia de publicidad exaltando el carácter aguantador, creativo, solidario, esperanzado, jovial, optimista, pujante – ahora llamado resiliente – de los colombianos.

El actual conflicto armado interno de Colombia, heredero de añejas disputas políticas por el poder entre conservadores y liberales, y estrechamente ligado con la extrema inequidad social y la corrupción institucional, es otro problema insoslayable en cualquier reflexión de esta índole. Una de sus principales consecuencias ha sido el desplazamiento masivo forzado de la población.

A pesar de la conservadora fijación del periodo histórico de la violencia colombiana entre los años 1946 a 1958 (Bello, 2004), la verdad es que se trata de un fenómeno anacrónico (Rojas, 2004); razón por la cual los colombianos no tenemos memoria de la paz. Siempre hemos vivido en un cruce de balas entre los diferentes actores de la violencia: grupos armados legales e ilegales – ejército, policía, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes y bandas criminales – actuando al servicio de intereses particulares, nacionales y extranjeros. El motivo fundamental del conflicto interno: la disputa por el dominio territorial en garantía de otros beneficios. La única alternativa para la población ajena a la guerra: huir o morir.

Bello (2004) muestra cifras oficiales sobre la responsabilidad de las diversas facciones en el desplazamiento forzado, tanto masivo como individual, de la población: “paramilitares (46 %), guerrillas (12,3 %), Fuerzas Armadas del Estado (0,65 %), y el 19 % restante a causa de dos o más actores armados” (p. 113). Sin embargo, advierte que las estadísticas oficiales muestran una realidad a medias, pues detrás del accionar de muchos de estos grupos y sus discursos políticos se esconden los intereses de grandes terratenientes ganaderos, narcotraficantes, y de capitalistas nacionales y compañías transnacionales. La población desplazada está constituida en gran mayoría por gente campesina, indígenas y afrodescendientes de las zonas más pobres del país.

De acuerdo con diferentes estadísticas presentadas por Rojas (2004), en promedio el país gastaba diariamente en esos años 10'400.000 dólares en el sostenimiento del conflicto armado. El dinero del presupuesto general de la nación destinado a la guerra es, por supuesto, dinero negado a otros rubros sociales indispensables. La Consultoría para los derechos humanos y el Desplazamiento (en Rojas, 2004) señala que un promedio de 1.000 personas fueron obligadas cada día a huir de las zonas de conflicto en el año 2002; y desde 1985, hasta el mismo año, el número de personas desplazadas estuvo cerca de los 3'000.000. Con seguridad estas cifras han crecido al día de hoy.

Las ciudades están en el itinerario usual de gente despojada de sus tierras, donde llegan a ocupar de manera ilegal predios baldíos o, en el mejor de los casos, se establecen en pobres barriadas formadas por anteriores invasiones; contribuyendo de esta manera a intensificar los problemas sociales preexistentes en las grandes urbes. La migración masiva a los centros urbanos aumenta de forma drástica la demanda de trabajo en un medio ya escaso en oportunidades laborales. Esto, sumado a factores como el desarraigo cultural y la falta de educación, ha conllevado un incremento de la mendicidad, la inseguridad y el subempleo en las ciudades. Por otro lado, la inexistencia o precariedad de los servicios públicos en los asentamientos de desplazados, especialmente de agua potable y alcantarillado, convierten sus comunidades en focos críticos de insalubridad. El fenómeno del desplazamiento, junto con sus consecuencias, se ha tornado crónico a tal punto que pone en clara evidencia la ineficacia de las escasas medidas estatales, tanto locales como nacionales. Aunque la situación quizá fuese peor de no ser, de nuevo, por el talante positivo, solidario y luchador de nosotros los colombianos.

La actual política de restitución de tierras, en prosecución de débiles objetivos establecidos en anteriores gobiernos, ha proyectado devolver la totalidad de los predios a sus propietarios tradicionales. Tal vez sea ésta la medida más atinada y la que debiera seguirse hasta

el final, pero no pasa de ser una tentativa con altas probabilidades de fracaso debido al poder militar y (o) financiero de quienes figuran como las causas del desplazamiento forzado, y por los propios intereses gubernamentales en tono con las tendencias mundiales de la globalización.

En resumidas cuentas, los efectos de la globalización, la corrupción estatal y el conflicto armado, engloban la mayoría de factores problemáticos constituyentes de la complicada situación social de Colombia que apremian respuestas. El gobierno estatal, por su parte, responde con medidas inocuas; y mientras intenta en vano camuflar su ineptitud con grandes montajes teatrales y falsas cifras, mantiene colusión con las grandes empresas transnacionales en la instauración de un nefasto régimen político-económico. La vasta franja de pobres y nuevos pobres de la población está abandonada a su suerte. Los medios de comunicación, al servicio del gobierno, pregonan sin cesar las ideas de que «es mejor ver el vaso medio lleno que medio vacío»; que la crítica es subversiva y es mejor la iniciativa propia; que todos juntos, «ajustando correa» – como una vez lo propusiera el antes Ministro de Hacienda Carlos Holmes Trujillo – y soportando con estoicismo cualquier penuria, vamos a salir de la crisis social en la que está sumida Colombia. ¿Cómo puede la resiliencia no encontrar en este medio un terreno fértil donde echar raíces, si además sus propuestas se avienen perfectamente con los propósitos del gobierno por contribuir a legitimar sus convenientes políticas de iniciativa popular, fundadas en falsas premisas, y por entrar a favorecer – seguro sin intención – el sostenimiento de un orden social de otro modo insostenible y que, por principio, no debiera existir? No es de extrañar, entonces, la gran acogida y el aval prestado por las instituciones del Estado a las propuestas realizadas desde el marco de la popular teoría.

La versatilidad teórica y práctica de la resiliencia.

La resiliencia cabe dondequiera: en la infancia, en la adolescencia, en la senectud, en la educación, en el trabajo, en la discapacidad, en la familia, en el deporte, en la política, en la historia, en la muerte. . . A mi juicio, otra de las grandes y seductoras virtudes del concepto estriba en su singular capacidad de funcionar como una suerte de comodín teórico. Postergo por ahora la reflexión sobre las posibles causas de tal versatilidad, pero vale adelantar que el reconocimiento en el famoso estudio de Werner (Cf. Colmenares, 2002a) de que nada está dicho cuando de las interacciones de las personas y su medio se trata, aunque quizá no fuera ésta su original intención, pareciera haberse presentado como una excusa ideal para

justificar el retorno en pleno de la subjetividad al campo del estudio del comportamiento humano. Por eso no está fuera de lugar pensar que desde un principio la resiliencia se concibió como un concepto versátil en extremo, de fácil extensión a diferentes aspectos de la vida personal y social; lo que además ha consentido su propagación a un número cada vez mayor de disciplinas.

En los albores de la resiliencia, obedeciendo al predominante enfoque clínico de la medicina, los resultados del estudio de Werner se coligieron como un corolario de la conjugación de factores protectores y de riesgo: tanto internos o temperamentales, como externos o ambientales. Pero la sombra del conductismo, demasiado afín al modelo causal de la ciencia, parece haber espantado a algunos teóricos, y en procura de introducir lo propiamente humano – el alma, por decirlo de otra manera – en la nueva teoría, rápidamente acudieron a los postulados de la psicología humanista; así, los factores protectores cambiaron de nombre y se llamaron recursos internos y externos o pilares de la resiliencia, y el temperamento se substituyó fácilmente por el sujeto. Aunque para no perder fortaleza teórica, entre otras tantas fuentes, los gestores de la resiliencia también han intentado encontrar apoyo en la biología y las neurociencias (Cf. Guedeney, 2006)⁴², y de manera fragmentaria en la teoría psicoanalítica (Cf. Tisseron, 2006). Fue de esta manera como, para tratar de explicar «mejor» la respuesta resiliente, se vinculó el buen humor, el optimismo y otros rasgos caracterológicos con aspectos específicos de la historia de vida de un ser humano⁴³ y su base biológica. No obstante, la resiliencia seguía siendo tan sólo una respuesta posible a un evento adverso; así que otros autores, inconformes con esto, a la postre terminaron proponiéndola como una organización psicológica⁴⁴.

Por otro lado, en un comienzo sólo se hablaba de la resiliencia en términos de lo estrictamente personal. Se veía en ella una capacidad, una habilidad, un proceso, una actitud, un resultado o una historia, pero concerniente al individuo como tal. En la actualidad, cantidad de autores también consideran a la resiliencia un fenómeno social. Se justificó el salto de lo personal a lo colectivo haciendo extensivos, a los grupos, los agentes facilitadores y no facilitadores de la resiliencia personal (Henderson, 2004b; Suárez y Autler, 2006).

⁴²Este autor menciona que “los modelos animales, entre ellos el mono rhesus, son particularmente interesantes para determinar los elementos biológicos de la resiliencia, que son en efecto los elementos temperamentales (genes mutantes 5-HTT y el metabolismo de la serotonina, o alelo DR D4 y dopamina)” (p. 157).

⁴³Lo expresado en esta parte se puede apreciar claramente en Cyrulnik (2002a, 2002b), Galende (2004) y Melillo (2004a y 2004b).

⁴⁴La propuesta de la resiliencia como una organización psicológica surge de los trabajos realizados por el grupo de investigación CEIC, de la universidad del Valle; especialmente de M^a Eugenia Colmenares, la que fue su fundadora y principal representante. (Colmenares, 2002a).

Continuando con este propósito generalizador, de un acontecer extraordinario la resiliencia pasaría también a encontrarse en lo cotidiano. Por haber tenido base en los trabajos de Emy Werner, tal vez la resiliencia se pensó inicialmente como una respuesta humana positiva a sucesos que comprometen gravemente la posibilidad de supervivencia de un individuo o causan grandes perturbaciones psíquicas; siendo así eventualidades no tan frecuentes en la vida. Se decía, entonces, que la resiliencia sólo es posible después de un ‘golpe’ con una intensidad capaz de desestructurar la identidad de una persona, interrumpiendo su línea de desarrollo (Cyrulnik, 2001); en otras palabras, “no existe resiliencia sin desgracia” (Colmenares, 2002b; p. 16). No obstante, como antes lo habíamos mencionado, en la actualidad se defiende la posición de que los problemas ordinarios estarían también revelando en el hombre sus capacidades y recursos para adaptarse y sobreponerse a los conflictos, permitiéndole salir airoso en su rutina diaria; se habla así de la resiliencia de la vida cotidiana (Vanistendael, 2003).

Finalmente, con todas estas extensiones, la resiliencia terminó siendo aplicable a cualquier dominio académico, profesional y social. Ahora no sólo se utiliza para tratar de explicar la capacidad de los seres humanos para resistir y adaptarse, asimismo se proponen desde este marco interpretaciones históricas, políticas, económicas y sociales⁴⁵. Al decir de Tisseron (2006):

Esta palabra tiene todo para seducir a los partidarios del eclecticismo, ya que puede aspirar a la vez a prolongaciones en los dominios de la constitución de la personalidad, de la historia personal de cada uno, de la vida familiar e igualmente de la política y de la organización social (p. 276)⁴⁶.

De cómo la complejidad humana parece eximir de la rigurosidad.

Para Galende (2004) la “Resiliencia evoca desde el inicio la idea de complejidad (...) [aquella] complejidad de los procesos reales en que se desenvuelve la vida” (p. 23). Según el autor, ésta sería la razón por la que la resiliencia resulta un amplio concepto; dificultoso sólo para aquellos buscadores de verdades objetivas. Y luego también defiende que “lejos de apartarnos de la búsqueda de la verdad, la resiliencia nos lleva a indagar en la verdad

⁴⁵Cf. Sánchez, E. et al. (2002).

⁴⁶«Bref, ce mot carrefour a tout pour séduire les partisans de l’éclectisme, d’autant plus qu’il peut prétendre à des prolongements dans les domaines à la fois de la constitution de la personnalité, de l’histoire personnelle de chacun, de la vie familiale et même de la politique et de l’organisation sociale.»

profunda del hombre y su devenir, evitando que la pretensión de objetividad nos encierre en un reduccionismo falso” (p. 25). Por su parte, Mejía (2004) argumenta que:

Para construir una explicación de la organización humana que respete su complejidad, es necesario un marco de referencia que permita superar la visión fragmentadora en la que se ha venido entendiendo el comportamiento humano. Tal Visión se ha establecido en una concepción mecanicista según la cual para acceder al todo basta con sumar las partes. Fragmentar, dividir en partes en aras de darse una mejor posibilidad de conocer, es lo que ha hecho la ciencia” (p. 25).

Así, la resiliencia, partiendo de declarar la complejidad de los procesos de la vida y la imposibilidad de abordarlos con objetividad, se propone como un «paradigma» contrario a la clásica visión reduccionista del mecanicismo científico; por lo mismo, se le ha calificado de novedosa y revolucionaria.

Lo que sigue no constituye una toma de posición frente a cualquier examen en sí de la *complejidad* en la resiliencia – por el contrario, sería interesante que hubiera alguno – y aunque se fundamente en la fuerte crítica de Reynoso (2009) al particular tratado de Morín⁴⁷ sobre el paradigma científico de la complejidad⁴⁸, tampoco pretende acercarse a ser un resumen de la misma; es más bien un llamado de atención sobre el uso de la palabra ‘complejidad’ en el discurso de la resiliencia y los efectos que éste alcanza.

Es probable que ‘complejidad’ siempre haya sido una palabra de un rico contenido semántico; aunque por el trabajo de reflexión de Edgar Morín sobre la concepción científica de la complejidad, realizado dentro del veinteno de los setenta y los ochenta del siglo pasado, a ella se sumó un inusitado valor académico en relación con el extenso campo de las humanidades. Hablando específicamente, en cualquier apología de la resiliencia resalta que la palabra complejidad integra uno de los argumentos más perentorios para quitarle peso a la mirada objetiva de la ciencia como garantía de verdad en cuanto al conocimiento de los asuntos humanos, y para justificar la postulación de la «subjetividad» en calidad de mejor alternativa, con mayor riqueza y profunda verdad (Cf. Colmenares, 2002a; Cyrulnik, 2001 y 2002a; Galende, 2004; Mejía, A. M. 2002). Por supuesto que la resiliencia no es

⁴⁷Cf. “Autobiografía de Edgar Morín”, en: <http://www.pensamientocomplejo.com.ar>

⁴⁸En la especificidad del dominio científico, la complejidad es un paradigma en todo el rigor del concepto, concerniente al estudio formal de la evolución de una clase específica de sistemas dinámicos categorizados como complejos. (Cf. Reynoso, 2009).

la única en haber vislumbrado los méritos de la complejidad; entre algunas otras teorías, y pretendidas teorías, Reynoso (2009) menciona la autopoiesis, el constructivismo radical y los programas ‘new age’ de Fritjof Capra. Pero el hecho a revisar es que el argumento de la complejidad resulta siendo para algunos humanistas tan efectivo, que el exilio de la objetividad del espacio de la implementación teórica parece arrastrar consigo cualquier exigencia de rigurosidad epistémica.

Se puede hacer caso a los alegatos de los defensores de la resiliencia en cuanto a que la complejidad, en componenda con la subjetividad, son perspectivas más enriquecedoras para ver al hombre; sin embargo, aparte de cualquier mínima y aislada alusión al pensamiento de Edgar Morín, no he podido encontrar en la literatura de la resiliencia una explicación directa de lo que debe entenderse por complejidad cuando en alguna parte se lee el término. Así que uno queda preguntándose: ¿qué es complejidad? ¿Cuándo podemos decir que algo es o no complejo? Si es complejo, ¿de qué manera lo es? Después de su reconocimiento, ¿cómo podemos abordar esa particular complejidad en busca de una verdadera ventaja teórica? Tal vez no faltarán los defensores de la resiliencia que juzguen innecesario ocuparse de la complejidad cuando es un asunto brillantemente trabajado por Morín u otros autores en la misma línea, o sientan que nada certero se puede decir al respecto, y por eso crean abordadas con suficiencia estas cuestiones en discursos como el que sigue:

El hombre, en su sociabilidad, cuenta con el lenguaje y la apropiación diferenciada y específica de las ideas y los valores de su cultura, es capaz de pensar y valorar su relación con el ambiente natural y social en que vive. Por lo mismo es capaz de alterarlo, modificarlo, en función del cumplimiento de su deseo, sus anhelos o su ambición. El comportamiento del animal social es automático, innato; el del hombre puede ser creativo, diferencial, no repetitivo ni adaptado. Éste llega al extremo, vale recordarlo, de sacrificar su vida biológica por una idea, una pasión o una ambición. Por ello el grupo humano, la comunidad, no logra nunca la estabilidad de una colmena, sino que está siempre en tensión y conflicto, por la presión de quienes no asumen las condiciones de existencia como un destino. (Galende, 2004; p. 59).

Efectivamente, debe reconocerse en tal estilo retórico, habitual en la resiliencia, una implícita belleza que de inmediato logra congraciarse con el sentido de dignidad humana del

lector. Empero, ni Morín realiza un tratamiento útil de la complejidad en calidad de fundamento humanístico – esto lo demuestra también brillantemente Reynoso (2009) – ni la complejidad pasa de ser, en prosas como la mostrada, una difusa inferencia de libre asociación con cualquier aspiración ideológica personal por más delirante que fuere; siendo, por lo mismo, carente de algún aporte teórico serio para cualquier disciplina que de ella se valga sin una explícita definición. Por otra parte, no sólo las ciencias duras han demostrado que con paciencia y tesón es factible encontrar maneras de abordar útilmente la complejidad humana, aquí cabe también mencionar al psicoanálisis.

A lo más que se llega en la resiliencia, con respecto a la elucidación de una noción de complejidad humana, es a dejar que con holgura se entienda por contraposición a la que se supone ha sido la única idea rectora por siglos del pensamiento occidental: la simple concatenación *causa-efecto*. Las palabras de Galende (2004) son perfectas representantes de la posición general de los autores en la mentada teoría:

(...) pensar la resiliencia es justamente subvertir la idea de causalidad que gobierna el pensamiento médico positivista y algunas concepciones de la salud. Este concepto introduce el azar, lo aleatorio, altera la idea de relaciones necesarias entre los fenómenos de la vida. (Galende, 2004; p. 23).

De esta manera, nuestro interés por comprender esta capacidad resiliente debe conducirnos a indagar en esta relación compleja, en la que no existen causalidades lineales, entre las situaciones culturales y los modos singulares de apropiación por el sujeto de los elementos adversos a su desarrollo o a su devenir adulto (Galende, 2004; p. 38).

Aunque la falla de esta solución finca en el hecho de que la *complejidad* y la *causalidad* no son opositoras naturales; como tampoco tienen la misma condición de sociedad la *complejidad* con la *subjetividad* y la *simpleza* con la *causalidad*. Hace cuatro décadas ya, Nelson Goodman pudo demostrar que “las similitudes, las disimilitudes y sobre todo las oposiciones no son propiedades de las cosas o de las ideas, sino juegos del lenguaje culturalmente variables, arbitrariamente contruidos y regulados por el investigador” (Reynoso, 2009; p. 17). Por lo tanto, no hay nada de natural, de verdadero, ni de peso teórico en considerar sin mayor detenimiento – como se hace en la resiliencia – que la complejidad y la subjetividad son, en sí mismas, perspectivas más enriquecedoras que la sencillez y la objetividad para comprender al hombre. Su utilidad, pues, sólo se dará en la medida en que dichas disposiciones se establezcan y acoten debidamente dentro del discurso que las incluya.

La pertinencia del anterior alegato queda demostrada en el común aunque craso error de contraponer la idea de *complejidad* a la de *linealidad*. Morín también incurre en lo mismo al proponer “el principio recursivo, que rompe con la idea lineal de causa – efecto” entre sus tres principios de la inteligibilidad (Reynoso, 2009; p. 15); ante lo cual Reynoso replica con lucidez que lineal y no-lineal son ambos conceptos cuantitativos y no topológicos; por el contrario, la relación topológica *causa-efecto* es por definición lineal en el sentido de una sucesión temporal de eventos concatenados condicionalmente. En efecto, siendo la linealidad un atributo cuantitativo, que un fenómeno sea o no lineal dependerá por completo de su modelación matemática y no de su simplicidad. De esta manera, no-lineal y lineal no guardan ninguna concordancia con lo complejo y lo no complejo respectivamente; es así como existen sistemas considerados lineales de altísima complejidad y sistemas no lineales realmente simples. Respecto a esta particular comprensión moriniana de la complejidad en función de la no-linealidad, de forma categórica Reynoso señala que “uno puede llamar las cosas como quiera, desde ya, pero en asuntos de linealidad y no-linealidad esas expresiones poseen un sentido preciso y no estaban por cierto vacantes” (p. 19).

En cuanto al vínculo determinista *causa-efecto*, tampoco cabe relacionarlo con la idea de simplicidad. Por más escueta que pueda parecernos su representación gráfica, y nos lleve a imaginarlo como una cadena o un rosario de sucesos ligados, jamás significará que se trata de una sencilla función inyectiva – de uno a uno – entre un evento antecedente y un evento consecuente. Peor aún, la presunción de romper el determinismo causal con la introducción de lo «aleatorio» es una idea engañosa proveniente de una comprensión endeble del *azar*. Al menos en las matemáticas, o en los saberes donde ellas se consideran relevantes, ‘determinismo’ y ‘azar’ no son términos excluyentes. Pero si con la palabra complejidad lo que se pretende en la resiliencia es introducir a toda costa en lo ontológico una concepción ‘folk’ del azar, y con ella una idea vaga de sujeto y subjetividad, hago extensivo el requerimiento de Reynoso (2009) – hecho a Morín – en cuanto a que sobre una percepción aleatoria de ciertos hechos debería demostrarse que las probabilidades no pueden estar denotando siempre la ignorancia de una dinámica determinista subyacente. Entonces, si la bandera de la resiliencia es la reivindicación del espíritu humano asfixiado por la excesiva abstracción positivista, sus teóricos eventualmente deberán reconocer que el azar no es el mejor camino; porque “el hecho es que los modelos [útiles] de azar sólo existen en forma prístina como uno de los artificios más abstractos de las matemáticas” (p. 91).

En fin, reconocer que la vida humana es compleja no es reprochable, hasta puede llegar a ser enriquecedor desde un punto de vista teórico ese reconocimiento si no se pierde el horizonte epistemológico. Por ejemplo, la complejidad encierra en sí que no es exclusiva de una ciencia, ni fácilmente abordable; por eso, cuando Cyrulnik (2002a) asegura que para comprender mejor al hombre hay que darle la palabra a distintos expertos, pero no toda la palabra, instalando así un eje transdisciplinario, pienso que las cosas van por buen camino. Sin embargo, pronto se descubre que sus seguidores, y hasta él mismo, se han tomado esta máxima de forma literal; y lo que antes parecía un pensamiento inspirado, ahora dibuja un panorama teórico penumbroso. En los libros de resiliencia que son compilaciones de ensayos o de transcripciones de conferencias, se encuentran autores cuyas posiciones u opiniones son en algunos aspectos lejanas, o hasta cierto punto contradictorias entre sí (Cf. Cyrulnik et al, 2002); no obstante, generalmente perviven y conviven sin el más mínimo roce. Da la impresión que en las conferencias sobre la resiliencia, a pesar de permitírseles amablemente hablar a los ponentes hasta el final, cada quien oye hasta donde quiere oír y eso es suficiente; y en los ensayos escritos, a cada autor se lo lee sólo en lo que conviene. Lo mismo sucede con las teorías desde donde la resiliencia toma base, ya lo hemos advertido varias veces: en resiliencia se toma lo que sirve, se amalgama, y lo demás se desecha; así de sencillo. ¡Y eso que supuestamente se está combatiendo la visión mutiladora del objetivismo científico! Por cierto, asumida de esta manera, la complejidad hace de la ‘transdisciplinariedad’ un intercambio del conocimiento en nada complejo, y allí radica la clave de la atractiva versatilidad teórica y práctica de la resiliencia.

Esta tendencia al eclecticismo en la resiliencia, avalada por el reconocimiento de la complejidad humana, se evitaría si se comprendiera que, por un lado, ‘complejidad’ no es una palabra con un significado universal y, por otro, si bien es una gran palabra – e incluida en un discurso lleva al lector a asociar cualquier cosa con algo profundo, sensible, sublime – ella no es el ‘noumenos’ kantiano del ser. Dicho de otra manera, el hombre no es complejo sólo por el hecho de ser humano, es dado que se ha decidido verlo desde determinada perspectiva; perspectiva que, por lo demás, puede ser diferente en la sociología, en la medicina, en la psicología y otras, así en todas las disciplinas se le llame compleja. Claro está, cada quien es libre de hablar de las cosas como quiera; sin embargo, entrados en el plano académico es necesario asumir una mínima dosis de rigor por más que se crea que la objetividad ninguna verdad garantiza, y para no sobrepasar injustamente muchas décadas de reflexión de tanta gente que ha dedicado su vida a pensar en el conocimiento. Por tal razón, créanlo o no los defensores de la resiliencia, en el plano disciplinar, reconózcase una disciplina preponderantemente subjetiva u objetiva, nada debe darse por sobreenten-

dido; mucho menos cuando se supone que un tal aspecto afirma la diferencia crucial con cualquier estado anterior de una cuestión. De no ser así, ‘complejidad’ y ‘subjetividad’ únicamente valdrán como excusas para decir cualquier cosa, creyendo y haciendo creer que se dice mucho cuando en realidad es poco lo dicho; o para yuxtaponer con toda libertad enfoques difícilmente reconciliables, incluso incompatibles, sin tener que dar mayores explicaciones. La verdad sea dicha: no es suficiente adjetivar algo como complejo para justificar con júbilo un avance teórico en su comprensión.

Y si no se tiene nada que puntualizar respecto a la complejidad y la subjetividad, por el momento es mejor renunciar a ellas como argumentos, por más que eso signifique aceptar posturas reduccionistas más asentadas; porque englobar los asuntos humanos en los términos de complejidad y subjetividad, creyendo que con sólo nombrarlos se ha puesto punto final a la cuestión, sería incurrir en un reduccionismo por excesiva generalización aún más abusivo. En palabras de Reynoso (2009):

Larga vida al sujeto – y acompaño la idea – pero adecuadamente puesto en su lugar. Por el momento sospecho que la subordinación de la complejidad al imperio del sujeto [o al contrario] deberá diferirse, hasta tanto se esclarezca con rigor suficiente la verdadera naturaleza (o la culturalidad) no tanto del mundo en sí, sino también de aquello que, en una simplificación obscena, aun nos empeñamos en llamar subjetivo (p. 114).

A lo largo de este capítulo se ha podido comprobar que la resiliencia es, en muchos aspectos, atractiva y seductora; y no precisamente por su fortaleza teórica, por el peso de la evidencia a su favor o su originalidad. Pues bien, llámese una nueva mirada sobre viejos problemas humanos, un cambio de actitud o un nuevo paradigma, y estas designaciones puedan ser altamente cuestionables, debo reconocer que probablemente poco importe; así la resiliencia seguirá sin duda avivando el interés general y teniendo una gran acogida porque su discurso parece movilizar u obedecer a fuerzas más poderosas que la razón. Kuhn (1996) encontró, hace algún tiempo ya, que las causas de la imposición final de un modelo sobre otros se relacionan en menor medida con asuntos teóricos y sí más con cuestiones coyunturales – políticas, económicas, morales, afectivas y psicológicas – propias de un tiempo y un lugar determinados.

Capítulo 4

¡Otro caballo de Troya!

Resiliencia y darwinismo social.

Darwinismos social. Un adefesio ideológico surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, cuyos preceptos incluso llegaron a interesar a reconocidos pensadores de la época y que se mantuvo vigente hasta las primeras décadas del pasado siglo, siempre con el aval de las clases sociales privilegiadas.

Reinhard Mocek resume la doctrina del darwinismo social de la siguiente manera:

El pensamiento fundamental del darwinismo social consiste en la transferencia del principio de selección [natural] a la sociedad, localizado en el concepto de la lucha por la existencia, en la cual se imponen los que están más en forma, los mejores y los más fuertes (Mocek, 1999; p. 9).

Y tal vez sea esta la manera más general de expresarse sobre el asunto. Pero, ¿por qué hablar del darwinismo social en relación con la resiliencia? Porque los escasos críticos de la resiliencia advierten de que existe un estrecho vínculo entre ésta y el darwinismo social. O que, en verdad, el nuevo concepto psicológico no se trata en el fondo sino del retorno disimulado de «la supervivencia de los más aptos», aplicada a las relaciones sociales humanas. Tisseron (2003) lo declara abiertamente:

Esta confusión no es una casualidad. La resiliencia es inseparable de la concepción de un «yo autónomo» desarrollado por la psicología americana, y

que no es más que una instancia favorecedora del éxito de los «más aptos». La «resiliencia» es desde este punto de vista un concepto que evoca más la «lucha por la vida» de Darwin que la distinción moral⁴⁹.

Entonces, para entrever mejor tal relación vale la pena explorar un poco más en detalle el ideario que se movilizó bajo el apelativo de «darwinismo social», y examinar algunos de los motivos que supusieron su acogida por parte de una élite social a lo largo de casi dos siglos de historia.

Ninguna idea sobrevive el paso del tiempo sino por la fuerza de la conveniencia. Desafortunadamente, la conveniencia pareciera por lo general no llevarse bien con los principios de la democracia. Es así como las ideas terminan imponiéndose y prolongándose conforme la opinión de una minoría, que, por otro lado, resulta estar siempre en una privilegiada posición social.

El principio darwinista del éxito de los más fuertes en la lucha por la vida, trasladado al contexto sociocultural, no fue una idea que cobró fuerza desligada de otros tantos acontecimientos anteriores o paralelos en el tiempo. El ambiente económico, político y cultural de la segunda mitad del siglo XVIII estuvo marcado por una importante transformación en la forma de producción y, por lo tanto, también de consumo. Las grandes fábricas de la época comenzaron a prescindir de la fuerza laboral humana en los procesos de producción, para reemplazarla por la eficiencia de la recién inventada máquina de vapor; obviamente, no sin consecuencias. La «revolución industrial» encontró la puerta de entrada por el sector de la industria textil.

Con las instalaciones de las fábricas ocupadas por máquinas, al trabajador desplazado no le quedó otro lugar en las grandes urbes más que las calles. Mocek (1999) describe un Londres de la segunda mitad del siglo XVIII atestado de malvivientes, pobres, desnutridos y enfermos. Las partes más depauperadas de la ciudad semejaban a sanatorios de caridad, dedicadas más a contener la miseria que a curarla.

Este ambiente londinense, compartido por muchas otras ciudades europeas, ofendía sobremanera la sensibilidad y el buen gusto de la aristocracia y los señores burgueses, dueños de los medios de producción. ¿Pero qué se podía hacer cuando las teorías sociológicas de la

⁴⁹Cette confusion n'est pas un hasard. La «résilience» est inséparable de la conception d'un «Moi autonome» développée par la psychologie américaine, et qui n'est autre qu'une instance favorisant la réussite des «plus aptes». La résilience est de ce point de vue un concept qui évoque plus la «lutte pour la vie» chère à Darwin que la distinction morale.

época no ofrecían soluciones satisfactorias para el problema de una humanidad degenerada por el desarrollo industrial? Por un lado, no eran recientes las creencias en la existencia de una superioridad biológica de las clases privilegiadas; empero, no pasaban de ser meras especulaciones, defendidas apelando fundamentalmente al prestigio de algunos ideólogos pertenecientes a la misma élite social. Por el contrario, para el pensamiento marxista, eran las relaciones sociales – más específicamente las relaciones de propiedad – y no la naturaleza humana, las que determinaban la vida del hombre en un estado de libertad y felicidad o en circunstancias de esclavitud e injusticia; por lo tanto, pugnaba por el establecimiento de una igualdad política, económica y jurídica de los individuos en una sociedad. Por supuesto, las ideas del marxismo no sonaban muy bien a los oídos de las castas dominantes.

Fue en medio de esa atmósfera social que Charles Darwin dio a conocer al mundo su teoría, al publicar en noviembre de 1859 “El origen de las especies”. De acuerdo con Mocek (1999), Marx y Engels manifestaron prontamente su afinidad y admiración por el trabajo de Darwin, porque el descubrimiento de las leyes que explicaban un origen natural de la vida, y de un proceso evolutivo de lo inferior a lo superior, constituía una importante prueba para su materialismo histórico. Esto no significa que ambos pensadores no mantuvieran sus reservas al respecto, sobre todo por las consecuencias sociales de la nueva doctrina evolucionista. Engels entró en polémica con algunos aspectos de la teoría de la selección natural. Creía excesiva la acentuación del pensamiento maltusiano sobre la lucha por la existencia y “se opuso toda su vida a una trasfencia de la doctrina darwinista a la sociedad” (p. 12). Marx, por su parte, criticó duramente el “struggle for life”⁵⁰ – frase con la que Albert Lange resumió todo el pensamiento darwinista –, tildándolo de “un método muy productivo para la ignorancia y la vagancia mental dramatizadas y hechas de forma científicamente amanerada” (p. 13). Para Marx, la lucha por la existencia debía ser analizada históricamente en las distintas formaciones sociales.

Pero desde que Charles Darwin escribiera, en 1871, en “El origen del hombre”:

Entre los salvajes son eliminados bien pronto los débiles en cuerpo y espíritu, mientras los supervivientes son, generalmente, los de salud más robusta. En

⁵⁰“Lucha por la existencia” (sic.). Aunque de ninguna manera la frase fue creación de Lange, pues la parte complementaria del título “The origin of species”, de la publicación de Darwin, es: “By means of natural selection or the preservation of favored races in the struggle for life”. No obstante, quizá no era la intención de Darwin que su «struggle for life» fuera, sin más, generalizada a la explicación de la historia humana.

cambio, nosotros, los hombres civilizados, hacemos todo lo posible por evitar esta segregación. Por tal motivo pueden también reproducirse a su manera los individuos débiles de los pueblos civilizados. Nadie que conozca algo de la crianza de animales domésticos dudará de que esto es extremadamente perjudicial para la raza. (En Mocek, 1999; p. 9).

Los esfuerzos realizados por Marx y Engels, para minimizar el peligro de incurrir en una explicación biológica de la historia, no lograron atajar el entusiasmo por convertir los principios de la evolución natural en leyes sociales. Fue precisamente un ideólogo socialista, August Bebel, quien propuso aplicar las leyes naturales, utilizadas con tanto éxito en la crianza artificial de animales y plantas, a la vida psíquica y física de los seres humanos en función de la obtención de resultados determinados. Bebel creía que “las leyes de la evolución, de la herencia, de la adaptación, son válidas para el hombre de igual modo que para cualquier otro ser natural; y si el hombre no representa ninguna excepción en la naturaleza, entonces también tiene que aplicársele a él la doctrina de la evolución (...)” (citado por Mocek, 1999; p. 14). Aunque Bebel no es considerado aún un darwinista social, sus ideas allanaron el camino para su entrada.

Mediante los principios de la selección natural, la existencia de la desigualdad social se argumentó como una consecuencia de la naturaleza humana. Los carentes de privilegios pasaron a ser los desechos de la evolución de las sociedades modernas. Individuos a quienes su debilidad innata para la lucha por la existencia tarde o temprano les cobraría factura, haciéndolos resbalar hasta los bajos fondos de las sociedades. Así, ya no fueron requeridas teorías de liberación, pero sí ideas para depurar la sociedad de sus miembros defectuosos, débiles e indeseables: los pobres y necesitados.

Después de esto, la *eugenesia* y la *higiene racial* no sólo se creyeron medidas necesarias, sino que se hicieron teóricamente viables y comenzaron a adquirir un estatuto de cientificidad. Porque para una primera generación de los darwinistas sociales, entre ellos Alexander Tille, (...) una política social, una previsión sanitaria y otras medidas humanitarias del Estado conseguirían exactamente lo contrario de lo que se proponían, a saber, un mayor debilitamiento del cuerpo social, un prepararse para el sustento y cuidado de pobres” (Mocek, 1999; p. 17). Las palabras de Tille no dejan de traer a la memoria lo dicho por algunos teóricos de la resiliencia, para quienes las políticas asistencialistas de los Estados no hacen sino atentar contra la subjetividad humana, empobreciéndola (D. Rodríguez, 2004); “ocasionando graves daños en la autonomía de las personas” (M. A. Mejía, 2002; p. 30)

al convertirlas en mendigos de sus sociedades mediante la asignación de las etiquetas de «desplazado», «maltratado», «pobre», en general, de «víctima»⁵¹; es decir, desconociendo su responsabilidad y potencial de superación en cuanto a las circunstancias de su desgracia (Colmenares 2002a, Cyrulnik, 2002a).

Aunque las ideas de la eugenesia y la higiene racial cobraron especial fuerza en Alemania, de igual manera se expandieron por los países anglosajones como políticas de primer orden para la recuperación de la fuerza del pueblo y del vigor nacional de antaño. Según Mocek (1999), copiosa literatura sobre la biología racial surgió en Gran Bretaña, Rusia, Francia, los estados del norte de Europa y al otro lado del Atlántico.

Posteriormente, un cambio de pensamiento marcó el advenimiento de una segunda generación de darwinistas sociales. Ya no se estigmatizaba al caído en desgracia en el curso de las evoluciones sociales, sino al que de forma manifiesta hubiera sido desfavorecido física y, sobre todo, psíquicamente por la naturaleza. Sin embargo, en el darwinismo social continuaron predominando las ideas de Haeckel acerca de la transmisión hereditaria de los factores adquiridos por aprendizaje, y así seguiría siendo hasta las dos primeras décadas del siglo XX. Por lo tanto, ideólogos de esta línea de pensamiento, como Anton Pannekoek, continuaron sosteniendo la idea de que el enfrentamiento con la adversidad fortalece al hombre⁵².

Después de los años 20 del pasado siglo, con la formación de agremiaciones proletarias de fuerte orientación marxista, otro viraje ideológico se produjo en la doctrina del social-darwinismo. Mocek (1999) comenta que, en oposición a la idea burguesa de la lucha por la vida, establecida por la élite como una ley social omnidominante, los grupos de trabajadores y otros movimientos sociales proletarios respondieron apropiándose de la doctrina, pero acentuando en ella el aspecto ético. A partir de ese momento, la lucha social de los oprimidos sería representada por el lema promulgado por el ideólogo anarquista Piotr A. Kropotkin justo en el cambio de siglo: “¡Nada de lucha por la mera existencia sino lucha por una existencia de calidad!” (p. 23).

⁵¹Cabe aclarar que estoy consciente de las consecuencias negativas de la rotulación de las personas mediante la asignación de etiquetas determinadas. Pero quiero llamar la atención sobre la cuestión de si la resiliencia, con sus respectivas etiquetas: sujetos, personas o individuos «resilientes» y «no resilientes», constituye la superación de dicho grave inconveniente.

⁵²Recordemos en este punto las ideas fundamentales que Kotliarenko y Lecannelier (2004) extractaban de las numerosas definiciones de resiliencia; una de éstas es que la resiliencia siempre implica la capacidad de aprender y salir fortalecido de la desgracia. Bien caben aquí las famosas frases que constituyen los títulos de dos de las más conocidas obras de Cyrulnik: “La maravilla del dolor” y “Una maravillosa desgracia”. Cf. “¿Qué es la resiliencia?”. Capítulo 1.

Desde luego, el pensamiento social-darwinista de la primera y segunda generación probaría ser en extremo refractario y políticamente útil en cualquier parte del mundo. La migración masiva de europeos, desde el viejo continente a la «tierra de la libertad y las oportunidades», huyendo en busca de refugio de los horrores de la primera guerra mundial y de la condena a muerte impuesta por las leyes raciales de Hitler, propició el surgimiento de uno de los movimientos sociales más influyentes de principios del siglo XX en Norteamérica; movimiento fundado en la firme creencia de la inferioridad genética de los inmigrantes, y con la presunta finalidad de “«mejorar» el linaje hereditario de Estados Unidos al evitar la procreación de los supuestamente inadecuados (la llamada «eugenesia negativa») y fomentar más reproducción entre los que se consideraban de casta superior («eugenesia positiva»)." (Gould, 2001; p. 284).

Charles Davenport, quien fuera uno de los genetistas más importantes de los Estados Unidos y también la figura más sobresaliente del citado movimiento eugenésico, intentó probar por cualquier medio la escasa idoneidad moral de los inmigrantes, especialmente judíos. La supuesta base científica de sus investigaciones la constituía la recientemente redescubierta genética mendeliana. Su método por excelencia fue la inspección comparativa de árboles genealógicos de inmigrantes y nativos, claramente sesgada por sus pretensiones. Davenport tenía como propósito inicial la comprobación de un rasgo innato de estupidez en el pueblo judío, pero los estereotipos de la época le dificultaban tal labor. El índice de alfabetismo de los judíos estaba muy por encima del resto de inmigrantes. De tal manera que eligió centrarse en un rasgo por él mismo llamado «nomadismo», “definido como una incapacidad de inhibir la compulsión que todos sentimos (de vez en cuando) de huir de nuestros deberes, que los tipos de moralidad normal y decentes suprimen”. Según Davenport, el natural impulso humano de viajar, compartido con otras especies animales, y manifestado de la forma «buena» en “la inquietud emprendedora de los primeros colonos... la ambiciosa búsqueda de mejores condiciones”, tenía una contraparte «mala», la que precisamente evidenciaban tener los judíos (Gould, 2001; p. 287). Así, para Davenport, el segundo éxodo de los judíos de Europa – y quizá también el primero –, además de su movimiento por el territorio norteamericano, en nada se relacionaba con la búsqueda de mejores condiciones de vida; por el contrario, era una lógica consecuencia de la inferioridad genética judía demostrada en la “inhibición débil” del impulso primario de viajar, que los convertía en gente de una dudosa idoneidad moral en general. Por fortuna, en contra del entusiasmo inicial ocasionado por el redescubrimiento de las leyes de Mendel, Davenport mismo atestiguó, en un periodo relativamente corto, el retiro gradual del apoyo de la comunidad científica a sus tesis.

Al final Davenport perdería en la cruzada contra “esta «gentuza» de Europa, como a veces se les llama de manera desconsiderada” a los inmigrantes (palabras de Davenport, citadas por Gould, 2001; p. 285). No obstante, su cruzada no se extinguiría completamente y sin dejar secuelas: teniendo en cuenta que el país de los Estados Unidos de Norteamérica fue levantado por inmigrantes, no es atrevido suponer que de la estigmatización social-darwinista proviene el sobrevalorado aprecio por el reconocimiento social condensado en el concepto de éxito de los norteamericanos. Por lo tanto, con todo este antecedente cultural del socio-darwinismo anglosajón, basado en la idea de una «struggle for life», cuya consigna era imponerse – al menos adaptarse – o perecer, no debe sorprender demasiado el hecho de que la resiliencia haya surgido y prosperado primero en este medio.

Pero dejando un poco de lado la prevención respecto a la terrible agenda eugenésica, se debe reconocer que hay algo de atractivo en la expresión de su esencia a la manera del poético anhelo del socialdemócrata, aunque también avezado darwinista social, Karl Kausty:

Surgirá una nueva estirpe, fuerte y bella y gozosa de vivir, como los héroes de la época heroica, como los héroes germánicos de la migración de los pueblos, que podríamos imaginarnos como seres robustos semejantes a los habitantes de Montenegro” (Mocek, 1999; p. 24).

Que no se mal interprete mi comentario sobre la anterior cita. De ninguna manera estoy de acuerdo con idea alguna referente a la discriminación de cualquier índole, sin importar sus razones. Mi propósito es advertir sobre las «buenas intenciones» delante de toda iniciativa totalitaria, muchas veces expresadas de formas bellas. Si se quiere un ejemplo más evidente, recuérdese las atrocidades cometidas por la «santa inquisición» en defensa de la moral y la fe cristiana.

Ahora bien, no se necesita una especial pericia para encontrar en todo este recuento histórico ciertas coincidencias entre los postulados de la resiliencia y la doctrina del darwinismo social. Es cierto que en la resiliencia nadie habla de limitar los derechos reproductivos de nadie, mucho menos de exterminio. Por el contrario, abiertamente se defiende la capacidad de superación de las personas en condiciones de adversidad y la legitimidad de su lucha por encontrar mejores condiciones de vida. Esas son sus buenas intenciones.

No obstante, iniciemos reconociendo que la resiliencia, tanto como el darwinismo social, surge y se difunde en un contexto sociocultural marcado por cambios políticos y económicos

que revisten inmensas desventajas para la mayoría de la población. Para el caso de la resiliencia, me refiero específicamente al fenómeno de la «globalización»⁵³. Sin embargo, el establecimiento de ambas doctrinas no significó ni significará jamás la solución democrática de los problemas sociales a los que supuestamente responden. Contrario al pensamiento popular, su difusión y apoyo dependen en realidad de lo útiles que puedan resultar a una reducida élite con el suficiente poder bélico, político y económico como para manipular a su conveniencia las circunstancias sociales; constituyendo, por la misma razón, la fuente prima de los efectos negativos que se pretenden solventar.

Empero, pese a las ramificaciones negativas de la desigualdad social, agravadas por su constante acrecentamiento, el punto de vista compartido por doctrinas como la resiliencia y el darwinismo social es el alto grado de responsabilidad adjudicado al común de las personas, en tanto se perciben como causa y solución final de las peores aflicciones de sus sociedades.

En un primer momento del darwinismo social existe una consideración crítica de la sociedad que ha empujado a tantos hombres a los límites de la cultura. Pero las causas de la desgracia no se ven en la omnipotencia de la propiedad privada ni en el mecanismo de explotación del modo de producción capitalista, sino en una degeneración social de la forma natural de vida del hombre trastocada de manera irremediable por causa del desarrollo de la cultura industrial (Mocek, 1999). Inicialmente, dentro de la resiliencia también se tiene una mirada crítica sobre algunos aspectos sociales; pero, frente a la naturalización radical de la adversidad, la causa del sufrimiento compete en definitiva a la misma incapacidad humana, de igual forma que sucede en el darwinismo social.

El argumento principal consiste en sostener la creencia en un orden o estado natural de cosas, con un corolario lógico de derivaciones, tanto buenas como malas. Por ser natural, tal orden debe ser inevitable e inmodificable, y, a veces, hasta deseable – recordemos las palabras de Anton Pannekoek en el darwinismo social, compartidas por las definiciones actuales de la resiliencia, respecto a que «la confrontación con la adversidad fortalece al hombre» –. Y si dicho orden no se atribuye a la acción de una veleidosa voluntad divina, si se lo comprende en función de una supuesta «naturaleza» humana concomitante con su biología. Con base en estas premisas, el peso de la solución de los problemas sociales termina siendo recargado sobre el individuo, mientras se resta importancia a la distribución inequitativa de los recursos y sus nefastas consecuencias.

⁵³Cf. “Resiliencia, la cura idónea para los problemas sociales”. En: “¿Por qué tanta acogida? Capítulo 3.

De esta manera se hace legítima y deseable la crítica sobre las condiciones individuales de vida...

(...) Usted está herido: ¿Qué va a hacer con esa herida? ¿Va usted a gemir, a llorar? ¿Va usted a permanecer prisionero del pasado? ¿Va usted a buscar la manera de vengarse? ¿Va usted a buscar la manera de hacer una carrera de víctima, tal y como lo proponen casi todas las sociedades? O por el contrario, con nuestra ayuda y **su trabajo**, ¿**vamos los dos** a comenzar a poner en obra un proceso de reparación y de reanudación del desarrollo? (Cyrulnik, 2002a; pp. 35 - 36)⁵⁴.

Pero jamás es admisible la crítica sobre el orden imperante establecido por el poder. Respecto a eso no hay nada que se pueda hacer, porque así son las cosas. Contra la voluntad divina o la naturaleza no se puede hacer revolución.

En cuanto a la carrera de víctima, que de acuerdo con el texto citado casi todas las sociedades proponen, con el respeto correspondiente debo decir que no puedo dar crédito a la visión analítica tan corta exhibida por Cyrulnik. Probablemente ninguna sociedad haya propuesto y sostenido jamás una carrera de víctima para sus miembros; mucho menos es cierta esta afirmación conforme al estado de cosas – en un nivel social, político y económico – imperante desde hace largo tiempo en occidente. En el transcurso de la historia, los vencidos por la vida han sido catalogados de muchas maneras: incapaces, defectuosos, pecadores, culpables, incompetentes, poco resistentes, incluso no-humanos; pero nunca como verdaderas víctimas. ¿Quién puede reconocer y sostener el estatuto de víctima sino el poder? Sin embargo, tal reconocimiento implicaría al mismo tiempo el reconocimiento de falencias e injusticias en el orden impuesto por el poder mismo, disfrazado con la premisa de ser un hecho natural y justo. Además, sostener víctimas de forma permanente no es rentable para ningún sistema. Si a veces se ofrecen subvenciones a los caídos en desgracia, aquello constituye un paliativo temporal mientras se encuentran soluciones más convenientes y definitivas. ¿Y acaso puede haber algo más conveniente que convencer a alguien de que la ciencia ha descubierto en él el «deber» y la capacidad de salir por sí mismo de su desgracia, entre otras cosas, causada por las mismas injusticias sociales? Si hablo asimismo de deber es porque de tal manera ha sido sustentado por muchos autores desde la resiliencia. Es el caso de Cyrulnik, cuando hace este tipo de preguntas: ¿qué

⁵⁴La negrilla es original del texto citado.

va a hacer con esa herida? ¿Va usted a gemir, a llorar?; o el de Colmenares (2002c), al reflexionar sobre la responsabilidad social del sujeto en función del concepto de *ética vital*:

Es en relación con esta organización de sí como objeto vivo de sí mismo (sic.) como nace en los sujetos el sentimiento de **obligatoriedad** [*negrilla añadida*], de la protección y autocuidado, a partir de los valores éticos, individuales y culturales. (p. 144).

Sí, la resiliencia pretende «desvictimizar la víctima»⁵⁵, como otrora lo intentara el darwinismo social, donde no cabían las víctimas sino los individuos deficientes. El mismo hecho de que para la hegemonía del poder no conviene la existencia de víctimas es por lo que doctrinas como el darwinismo social y la resiliencia suelen recibir de su parte un apoyo irrestricto. Y para los que todavía dudamos de la verdad científica de la resiliencia, recientemente las neurociencias también han realizado contribuciones en este campo y en este sentido. D'Alessio (2011) menciona que “desde el punto de vista de la biología y de la neurociencia, el cerebro es el órgano ejecutor central del sistema biológico responsable de la resiliencia y el encargado de regular los mecanismos neurobiológicos, cognitivos y psicológicos del individuo vinculados con la respuesta al estrés y la resiliencia” (p. 12). Según D'Alessio, los mecanismos biológicos de la resiliencia están principalmente relacionados con la plasticidad funcional y estructural del cerebro, concernientes a la neurogénesis en el giro dentado y la remodelación dendrítica hipocampal; de igual manera, se han reconocido cantidad de hormonas, neurotransmisores y neuropéptidos involucrados en las funciones de plasticidad adaptativa y, por lo tanto, en los procesos de resiliencia. Esto quiere decir que, al margen de los factores sociales y psicológicos, es indudable la injerencia de la genética en el hecho de ser o no resiliente.

Teniendo en cuenta lo dicho, ¿qué sucede con los no resilientes innatos? El problema radica en que, al menos por ahora, el contenido genético es inmodificable. En este punto la objeción es segura: no existe el gen de la resiliencia, pero sí mecanismos intervinientes con una determinación genética; por lo tanto, el factor genético no define la resiliencia, aunque sí constituye una tendencia o, dicho con más propiedad, un factor protector. De todas maneras, no es factible esperar igualdad en el acervo genético de todas las personas. Entonces, si la resiliencia es socialmente deseable, y hay en ella un factor genético implicado, es legítimo hablar de diferentes grados de superioridad biológica en linajes, etnias y

⁵⁵Esta frase hace parte del título del libro compilado por A. C. Delgado, el cual ha servido como una de las principales fuentes de consulta para el presente trabajo. Cyrulnik, B., Maunciaux, M., Sánchez, E., et al (2002).

personas. Por otro lado, ¿qué les espera entonces a quienes presenten debilidad genética con respecto a los mecanismos biológicos facilitadores de la resiliencia? ¿Drogas, igual que para los supuestos enfermos mentales? Que esta posibilidad no nos sorprenda, de acuerdo con D'Alessio (2011), la resiliencia ya entró a formar parte del arsenal conceptual de la psiquiatría.

Los darwinistas sociales no se preguntaban por las características diferenciadoras de los superiores y los inferiores, recordemos que su apremio iba por el camino de encontrar un sustento científico para las firmes presuposiciones acerca de la superioridad biológica de algunas razas y linajes. Y, al parecer, cuando de zanjar disputas antropológicas se trata, evidencias científicas fuertes siempre significan realidades genéticas. En cambio, a los estudiosos de la resiliencia aún les inquieta conocer aquellos factores determinantes de las conductas adaptativas exitosas, pero tal parece que ya están buscando explicaciones para los comportamientos complejos por la misma vía por donde infructuosamente Davenport intentó hallar el gen de la inmoralidad judía. Tal vez algún día se diga que la tendencia de los no resilientes a huir de sus responsabilidades, a través de sentirse víctimas, está relacionada con la «inhibición débil» del impulso instintivo de viajar, causada por defectos genéticos.

Para terminar, podría decirse que la resiliencia constituye un nuevo viraje doctrinal respecto al pensamiento y las intenciones de los darwinistas sociales de la segunda generación. Por un lado, se muestra más humanista al revivir la consigna de los movimientos proletarios iniciados en 1920: acoger la resiliencia también significa alistarse para una lucha por la existencia, pero por una existencia de calidad. Aunque, por otro lado, contribuye al mantenimiento de un *status quo*; no sólo ayudando a fortalecer la esperanza en una oportunidad de éxito social para los más desgraciados, sino también legitimando el deber de asumir tal contienda con la inclusión de sonoros conceptos, como el de *empoderamiento*⁵⁶. Hace tiempo ya que los privilegiados de las sociedades se dieron cuenta de la imposibilidad de eliminar a la totalidad de los pobres, desdichados, necesitados, enfermos e indeseables; son demasiados y muy resistentes... Además, ahora está de por medio la legislación de los derechos humanos. Sin embargo, felizmente para ellos, han descubierto la manera de usufructuar la miseria: la clave consiste en equiparar la idea del éxito social a la felicidad, para luego hacer creer que ese moderno edén puede ser alcanzado por cualquiera a través del esfuerzo, el sacrificio y la perseverancia. Como en toda contienda se esperan desfalle-

⁵⁶Según Melillo, Soriano, Méndez y Pinto (2004), “consiste en el proceso de transferencia de autoridad/responsabilidad a la comunidad, (...) detonando mayores grados de participación y colaboración individual, comunitaria e intersectorial” (p. 287).

cimientos, pero las únicas bajas en la lucha por el éxito social serían al fin y al cabo los individuos «no resilientes».

Resiliencia, desviación y salud mental

Contrario a lo que creen y exponen sus defensores, el concepto de resiliencia no constituye en forma alguna la superación de la tan criticada fijación tradicional en el déficit de la psicología clínica, es decir, de la patología psicológica. En cambio, sí depende por completo del concepto de *desviación*. Siguiendo a Cooper (1978), entiendo por «desviado» a todo comportamiento valorado como indeseable por no ajustarse a los parámetros de lo esperado en un ambiente “microsocial”⁵⁷, fundamentados al mismo tiempo en las normas de una sociedad mucho más amplia.

Cierto es que Cyrulnik (2001, 2002a, 2006) afirma, sobre el actual concepto de resiliencia, que no estipula como condición esencial volver a retomar la misma línea de desarrollo «rota» después de haber recibido un «golpe»; se trataría entonces de restablecer una línea completamente novedosa. El error de base de esta presunción consiste en creer que el desarrollo psíquico de una persona puede ser detenido de alguna manera diferente a la muerte; para el caso específico de la resiliencia, por el traumatismo derivado de una experiencia adversa. Tal error surge – creo yo – como consecuencia de la naturaleza metafórica del concepto de resiliencia.

El mismo Cyrulnik (2006), y muchos otros autores siguiendo su pauta, han utilizado el ejemplo del resorte a manera de ilustración; hasta se refieren a la capacidad de «rebotar» de las personas tras haber recibido un golpe de la vida⁵⁸. El problema de la mencionada analogía es que de inmediato remite a la idea de elasticidad, definida como aquella capacidad de volver a un estado inicial luego de la suspensión de la fuerza deformante, sin siquiera evidenciar huella de la deformación previa; aquello dentro de un rango de intensidad de fuerza determinado, claro está. Según los estudiosos de la resiliencia, a este enunciado correspondía el concepto inicial, más no el moderno; pero, como hemos dicho y demostrado, todavía no ha sido superado⁵⁹.

⁵⁷“El término ‘microsocial’ se refiere a un número limitado de personas que están en interacción cara a cara y se prestan atención recíprocamente” (p. 14).

⁵⁸«Rebondir après un coup» (p. 7).

⁵⁹Cf. “El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales”. Capítulo 2.

El esfuerzo por salir de esta comprensión de la resiliencia se debe a que se ha cuestionado si en realidad una persona puede ser la misma antes y después de haber sido afectada significativamente por la vivencia de una situación dolorosa. De forma clara, es una posición difícil de sostener en pie, si no imposible. Este cuestionamiento empezó a revelar las indeseables ramificaciones de la no tan lúcida decisión de adaptar un concepto físico para explicar un hecho psicológico. Pero la obstinación humana con frecuencia da muestras de que siempre se puede ir más allá de la razón. Es así como, de manera renuente, sus defensores hoy en día argumentan que la resiliencia no se reduce al concepto de elasticidad; pese a que muchos de ellos todavía se valgan de la representación del resorte. Recordemos que ya nos lo habían advertido: «la resiliencia es muy difícil de explicar, pero fácil de comprender» (Galende, 2004).

Pues, en contribución personal a la resiliencia, voy a proponer una metáfora que tal vez sí logre representar mejor sus intenciones actuales. Imaginemos a un ser humano no como un resorte sino como un balón. La patada inicial, que le permitió cobrar impulso, en esta analogía equivale a la intrincada mixtura naturaleza-cultura; es decir, a la fuerza de la vida en el mundo humano. Como se trata de tomar prestados conceptos y leyes de la física para dar buena reputación a las afirmaciones, diré que todo va bien y en línea recta – según el principio de inercia – hasta que el azar de la vida decide encajar otro golpe; de allí el curso de los eventos se bifurca: puede suceder que el golpe detenga completamente el ímpetu del balón, o bien que lo desvíe por cualquier nueva trayectoria, hasta, quizá, con fuerza renovada. La primera alternativa intenta representar a los no resilientes, individuos con la probabilidad de quedarse por siempre detenidos si no reciben ayuda para recobrar el impulso; pero, asimismo, con la probabilidad de que la providencia conjure en su favor para poner a su lado un «tutor de resiliencia» que, en virtud de sus particulares características, contribuya a que se tornen resilientes. La segunda alternativa pretende representar a las personas resilientes, las cuales, por diferentes causas, la mayoría insospechadas, no alcanzaron a ser detenidas por la adversidad; y sin necesitar de ningún tutor, fueron capaces de asimilar el golpe de la vida, aunque el curso de su desarrollo también resultó alterado.

La analogía del balón resulta mejor para ilustrar la resiliencia en tanto muestra la imprevisibilidad de las respuestas adaptativas ante eventos traumáticos. Una persona pudo haber respondido socialmente bien a desgracias pasadas, pero no logró luego, por ejemplo, superar la muerte de un pariente cercano; podría suceder también lo contrario. Tisseron (2003) lo expresa con las siguientes palabras:

En el dominio de la resistencia psíquica a los traumatismos, todo puede

bascular de manera imprevisible, particularmente bajo el efecto de una experiencia existencial como el deceso de un allegado, el alejamiento de un ser querido o hasta una simple mudanza. La «resiliencia» puede ser bella como una perla, pero jamás es sólida.

Los adeptos de la resiliencia conocen muy bien la realidad del fenómeno, aunque de la misma manera que sucede con su incapacidad para poder definir el concepto – desasirlo de su inefabilidad – parece no incomodarlos en lo mínimo. Al contrario, suelen tomar esta clase de cosas como rasgos positivos de la resiliencia, representativos de la complejidad de la vida humana. Mi pregunta es: si la resiliencia es impredecible, ¿qué sentido tienen todos los listados de pilares, factores, recursos, etc., de resiliencia y las técnicas conductuales de intervención para desarrollarlos? Con seguridad, el propósito de todo esto va por la vía de incrementar las probabilidades del resultado resiliente. Entonces la resiliencia no constituye ninguna novedad, mucho menos un cambio paradigmático en las ciencias humanas, sólo estaría revelando el carácter fútil de la observación a la que responde: si le damos buen mantenimiento a un mecanismo, aumentamos las probabilidades de un funcionamiento deseable y disminuimos el riesgo de fallas.

Pero volviendo a la discusión que he planteado en esta parte, la finalidad de proponer el ejemplo del balón es la de hacer evidente cómo se piensa el desarrollo humano desde el concepto moderno de resiliencia: es posible detenerlo, reanudarlo por otra ruta y, ante todo, aparentemente no se considera en el proceso la posibilidad de desviación hacia la anormalidad. No obstante, como bien lo afirma Colmenares (2002a, 2002b), el problema de este tipo de metáforas es que las reacciones de las personas no pueden ser representadas de forma adecuada por historias de «muñecas y martillos»⁶⁰; pero tampoco mediante fáciles analogías con resortes y balones. En consecuencia, sería aconsejable abandonar el empeño por los ejemplos mecánicos y deportivos para tratar de dar representación a lo que quizá no la tenga, al menos en una perspectiva antropológica.

Si nos atenemos a la noción de *desarrollo* concebida como una línea de evolución progresiva, de menos a más en cuanto a humanidad o complejidad cognitiva, tal vez debamos admitir que el desarrollo humano no puede detenerse sino con un acaecimiento fatal. Esta consideración es válida incluso para una concepción de desarrollo en varios frentes, como la propuesta por Manciaux (2002, p. 100): “El desarrollo es un continuum, pero un con-

⁶⁰Comentario crítico de Colmenares respecto al ejemplo de “las tres muñecas”, propuesto por Jaques May para ilustrar el concepto de vulnerabilidad. Cf. “Un poco de historia”. Capítulo 2.

tinuum que procede con rupturas, con detenciones en ciertos campos mientras que otros están en plena evolución (...).”.

Por un lado, una concepción de desarrollo humano general, en el sentido mencionado, puede ser fuertemente cuestionada desde la teoría psicoanalítica. Respecto a la instancia de *lo inconsciente*, de suprema injerencia en la vida personal para el psicoanálisis, el tiempo no es semejante a una flecha de un solo sentido. De esta manera, el pasado sigue siendo tan actual y efectivo en la vida de una persona como lo es el presente (Freud, 1925). Hablando desde el punto de vista metapsicológico de la teoría libidinal, por muchas causas – incluso sin que lleguen a concebirse como patológicas – la «fijación» de la libido es una contingencia, también lo es su retroceso a un estado o posición anterior; pero no se habla de la detención o «regresión» del desarrollo biológico ni mucho menos de algo similar a un desarrollo psicológico, si lo hubiere (Freud, 1914). Esto quiere decir que no hay una línea de desarrollo progresiva en la que, a partir de un estado inicial de menor humanidad, la superación de etapas consecutivas sea obligada en vista del objetivo de alcanzar un estado final de mayor humanidad. Entonces, en lo que al psicoanálisis concierne, la cuestión no es la planteada por Cyrulnik (2001): cómo volverse humano a pesar de los golpes del destino; por el contrario, la condición humana implica justamente estar involucrado de forma permanente en un argumento dramático sin fin. En otras palabras, es «en» y «a través de» los dramas de la vida que cabe la posibilidad de ser humano, no hay otro camino. En lo tocante a la detención del desarrollo en frentes diferentes, si de la adquisición y evolución de capacidades, destrezas o habilidades hablamos, hace tiempo la teoría cognitiva también desvirtuó tal posibilidad⁶¹. Por consiguiente, hablar de «desarrollo interrumpido» es sólo una manera de decir – con seguridad no la más adecuada – y no deberíamos tomarla demasiado en serio por su escasa correspondencia con un hecho real.

Por otro lado, al margen de la anterior disquisición, entendiendo el desarrollo humano como el decurso a través de un conjunto de etapas sucesivas, en donde la anterior menos perfecta es prerequisite de la siguiente más perfecta, lo moralmente problemático sería establecer una escala o estratificación de lo que sería «perfección humana».

Renunciando, entonces, a la interpretación literal de las frases: «desarrollo detenido» o «desarrollo roto» por causa de haber recibido un golpe, ¿qué se tiene como indeseable en la resiliencia sino la desviación respecto de un desarrollo considerado socialmente aceptable o normal? Si hemos de tener en cuenta que la resiliencia postula efectivamente infinitas alternativas de desarrollo, en este caso la *desviación* – lo indeseable – constituye el conjunto

⁶¹Cf. Shaffer (2000)

de resultados conductuales no adaptados positivamente según las reglas de la sociedad. Colmenares (2002a, p. 64) lo sostiene de forma tácita:

No toda rebelión contra una injusticia puede ser considerada un acto resiliente. Puede ser un acto simplemente antisocial aunque aparezca como respuesta a la no sumisión o a una injusticia.

Melillo (2004b), tomando consciencia del mismo problema, realiza una reflexión crítica sobre la siguiente cita de Francisca Infante:

La adaptación puede ser considerada positiva cuando el individuo ha alcanzado expectativas sociales asociadas a una etapa de desarrollo, o cuando no ha habido signos de desajuste (p. 77).

Pero, después de todo, cae en la contradicción de que si bien hablar de mera adaptación sería desconocer el papel de agente de las personas, en tanto participan en la construcción de sus sociedades e influyen en ellas, “se puede pensar en ‘intervenciones de promoción psicosocial y adaptación positiva sobre la base de la cultura específica donde el sujeto está inserto y no sólo a través de categorías definidas por la psicología dominante’” (p. 78). Sin embargo, por más que se quieran suavizar sus aristas, adaptación es adaptación, con todas sus implicaciones; además, siempre habrá desadaptados, no resilientes o «anormales». Ahora bien, tratándose de Aldo Melillo, un autor que valora el supuesto aporte del psicoanálisis a la teoría de la resiliencia, y toma como un texto bibliográfico de soporte para algunos de sus escritos a “El malestar en la cultura” (Melillo, 2004a), es menester aclarar que, justamente en este ensayo, Freud (1929) explica cómo la cultura se construye a expensas de la renuncia a los deseos más íntimos y preciados del individuo, exigida a él por su misma sociedad; doloroso sacrificio perpetuo, extremadamente difícil de aceptar y duro de sobrellevar. Por tal motivo, con toda la belleza, el arte, la tradición, los avances científicos y tecnológicos – además de la guerra, la competencia capitalista salvaje y demás – la cultura hace del hombre un ser de talante permanentemente nostálgico y triste. La cultura exige adaptación, no es el paraíso de la libertad y la felicidad, es sólo el único mundo humano posible.

Llegado este punto me es posible vincular el concepto de *desviación*, tal como se coligió de la resiliencia, con la noción de *salud mental* vista desde la misma perspectiva.

Antiguamente, el concepto de *salud* se comprendía de manera negativa como la ausencia de enfermedad. En la actualidad, siguiendo las disposiciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la salud concierne a un estado completo de bienestar físico, psicológico y social. (Melillo, Soriano, Méndez y Pinto, 2004).

Melillo, Soriano, et al. (2004) llaman la atención sobre la inclusión de los aspectos social y psicológico en la noción general de salud, pero aún más en cuanto a la idea de «bienestar». Para los autores mencionados, esto significa el reconocimiento de la resiliencia como un elemento teórico-práctico de suprema importancia para el fortalecimiento de las actividades tendientes a la prevención y promoción de la salud mental individual y comunitaria, dado su carácter clínico y social; adicionalmente, dado que ellos consideran a la resiliencia como una especie de vacuna “(...) interesante desde la perspectiva de la salud mental, porque en este campo no contábamos con un equivalente a las vacunas que, produciendo inmunidades específicas, evitan enfermedades diversas” (p. 289). Por mi parte, dudo de la posibilidad de inmunizarse mediante cualquier método contra el dolor y el sufrimiento ocasionados por la adversidad inherente a la vida.

Es bien conocido el predominio del juicio médico en lo tocante a la percepción de la salud. También lo es el hecho de que, desde la perspectiva del modelo médico, ésta remite mayormente a una idea de equilibrio fisiológico – homeóstasis – del organismo. Pues la inclusión de los aspectos ‘psíquico’ y ‘social’, por lo visto, no fue pensada para modificar dicho orden. Por el contrario, lo propiciado fue la adaptación poco reflexiva de los conceptos pertenecientes a estas esferas conforme la vieja definición de salud.

Desde luego, las raíces físicas del concepto antropológico de resiliencia facilitarían mucho la labor. Como ya lo he discutido en un capítulo anterior⁶², la resistencia a la deformación física se explicó con base en un modelo de interacción recíproca entre las fuerzas deformantes del medio y la estructura atómica, molecular y geométrica de los cuerpos rígidos, simples y compuestos. Los físicos postulan la existencia de fuerzas ‘internas’ – atómicas y moleculares – inherentes a la materia. Estas fuerzas, en constante interacción con fuerzas externas, pugnan por el mantenimiento de un estado «natural» de equilibrio de la estructura íntima del material. El predominio de las fuerzas ambientales sobre las intrínsecas significaría, de acuerdo con su intensidad, o bien la deformación del cuerpo o bien su desestructuración definitiva. Es de suponer la posibilidad de proteger un material mediante el uso de variadas técnicas, retardando así el efecto entrópico de su ambiente, por ejemplo, no descuidando limitar las fuerzas a las que hemos de someterlo, o evitando

⁶²Cf. “El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales”. Capítulo 2.

también el debilitamiento precoz de su estructura por causa de efectos concernientes a reacciones químicas como la oxidación, algo fácil de prevenir con un poco de pintura.

Contrariando de nuevo las opiniones de Anaut (2006) y de Melillo (2004a) – representativas de la mayoría de autores en este campo – referentes al alejamiento casi completo de la resiliencia moderna del concepto de físico de *resistencia*, diré que puede hallarse en lo previamente explicado la definición de *factores de riesgo* y *factores de protección* y la manera en cómo interactúan, contraponiéndose, para resultar en un «equilibrio» o «desequilibrio» final. Definiciones ciertamente concernientes a cualquier objeto material común, pero en todo equivalentes a los sentidos dados a estos conceptos en la teoría de la supuesta resiliencia humana.

Por lo tanto, no debe sorprender que Melillo, Soriano, et al. (2004) definan la resiliencia al modo de una ecuación algebraica, porque no hay nada accidental en ella; la resiliencia es una ecuación sociológica – si se me permite ponerlo en dichos términos – en la cual el resultado esperado debe tender siempre a la positividad o mínimamente al equilibrio. Según estos autores:

La resiliencia es el producto de un cierto equilibrio entre factores de riesgo y factores de protección que se suceden en la vida del sujeto. Cuando el equilibrio es suficientemente estable para resistir los cambios adversos de las circunstancias que vive el sujeto, lo definimos como resiliente. (p. 289).

Entonces, si la resiliencia “produce salud mental” (íbid., p. 293) – de acuerdo con lo sostenido por Melillo, Soriano, y quizás por todos los teóricos del campo –, tal noción debe aludir al logro y al mantenimiento de un «cierto equilibrio psíquico». De aquí surgen algunas preguntas: ¿en un sentido psicológico, es posible hablar de equilibrio con relación al concepto de salud? Es más, ¿teóricamente es viable hablar de salud mental? ¿Es éticamente conveniente? Si son afirmativas las respuestas a todas estas cuestiones, ¿de qué manera debemos inteligir a quienes se desvían de esta condición de equilibrio, como enfermos o desequilibrados mentales, tal vez? La gravedad de estas consideraciones se revela crítica si se recuerda que no todo acto de rebeldía ante una injusticia es un acto resiliente, como tampoco lo es la desolación permanente sentida por la mayoría de jubilados de la vida laboral. En general, puede decirse que no es resiliencia, o sea, salud mental, la ausencia de bienestar.

Desde esta perspectiva, la salud mental propuesta por la resiliencia se aviene perfectamente con la idea psiquiátrica de salud mental. La cual, según Cooper (1978), exceptuando algunas causas biológicas – ínfimas en proporción estadística si se tienen presentes la totalidad de las razones por las que las salas de los hospitales psiquiátricos siempre están a desbordar –, no es otra cosa diferente a la valoración moral arbitraria realizada sobre un individuo por parte de sus allegados, de los médicos, de sus profesores, de los jueces, y de todo aquel que se crea competente para dar un diagnóstico; no sólo por acreditarse experto, sino además por saberse perteneciente a la otra cara de la moneda: la del equilibrio mental.

Epílogo.

Ya antes, las consecuencias del «darwinismo social» serían una señal para la memoria del descalabro que significa la iniciativa de ir adaptando y adoptando, sin más, conceptos, teorías y (o) postulados de las ciencias naturales al campo de lo propiamente humano; es decir, a los dominios de las disciplinas histórico-sociales. “Darwin no sabía, escribió Hegel en 1880, qué «amarga sátira había escrito sobre los hombres y, en especial, sobre sus compatriotas cuando demostró que la libre competencia, la lucha por la existencia – la cual festejan los economistas como el máximo logro histórico – es el estado normal del reino animal” (Mocek, 1999). Sin embargo, el darwinismo social llegaría a justificar – se supuso que científicamente – el levantamiento de grandes voces a favor de la eugenesia y la higiene racial como métodos viables para la purificación de la herencia biológica de la «raza superior»; título auto-otorgado por cada pueblo del mundo y de la historia en su tiempo y a su manera. En muchas épocas y lugares, más de los que quisiéramos recordar, la eugenesia se hizo una terrible realidad. Auschwitz quizá sea el ejemplo más sonado de eugenesia institucionalizada. Pero en Norteamérica derivaría también en barbaries de discriminación social, incluso no tan alejadas temporalmente de nosotros, como es el caso del Ku Klux Klan.

No obstante, la memoria se muestra con frecuencia supremamente olvidadiza: ahora a través de la resiliencia. Y como bien lo expresa Gould (2001), refiriéndose al mutilado poema de Emma Lazarus «El nuevo coloso»⁶³, inscrito en una placa del aeropuerto Kennedy:

Estos dos relatos de exclusión pasada y de bienvenida presente truncada ilustran ciertamente la máxima histórica familiar de que los acontecimientos significativos tienden a repetirse con una diferencia irónica: la primera vez como una tragedia, y la segunda como un sainete. (p. 282).

⁶³“Dadme vuestras cansadas, vuestras pobres/ Vuestras acurrucadas masas que anhelan respirar libres... / Enviádmelos, a estos desamparados, sacudidos por la tempestad:/ Alzo mi lámpara junto a la puerta dorada”. Es esta la estrofa escrita incompleta a la que precisamente hace alusión Jay Gould.

Ciertamente, la resiliencia está siendo recibida por un gran número de personas como un sainete, sin detenerse a pensar, o sin sospechar siquiera, que quizá con ella nos invade nuevamente la sombra suavizada del éxito de los más fuertes en la lucha por la existencia. Espero haber alcanzado con suficiencia a levantar al menos sospechas en el lector, si no es que haber demostrado la vinculación ideológica directa entre la resiliencia y el darwinismo social.

Por otro lado, en las páginas de este texto se puso en evidencia la pobre definición del concepto de resiliencia, colmada de alusiones, perífrasis y ambiguas vaguedades; de tal manera que no debería considerarse ni siquiera un concepto. La red de las relaciones conceptuales de la resiliencia se reveló en ese mismo orden. Se descubrió que la fuente posible de los principales problemas epistemológicos de la resiliencia humana es que su antecedente teórico directo, la resiliencia física, no es un concepto cualquiera sino una magnitud; y que únicamente era significativa junto a una cifra, representativa a la vez de tan sólo una probabilidad de comportamiento de un material. Así, la resiliencia se encuentra estrecha y definitivamente ligada al verdadero concepto cualitativo de *resistencia*, del cual no podrá desprenderse por más esfuerzos de negación de parte de los renuentes teóricos de la resiliencia humanista. También se puso de relieve que los diferentes modelos de la resiliencia no son en absoluto explicativos respecto a lo que verdaderamente hace que ciertas personas, bajo circunstancias particulares, superen de forma adecuada una adversidad; cuando, más adelante, similares condiciones tal vez no sean suficientes para la manifestación de su resiliencia; en este sentido, se verificó que la resiliencia es un resultado completamente imprevisible. Además, se demostró que detrás del auge y la acogida dada a la resiliencia están algunos aspectos de orden emocional, psicológico, económico y político, antes que la fortaleza teórica del concepto y la contundencia de la evidencia en su favor. Finalmente se puso en evidencia la manera en cómo la resiliencia contribuye a mantener vigentes los conceptos de *desviación y salud mental*, referidos a un estado deseable de normalidad homeostática de un sistema. ¿Se justifica, entonces, la inclusión de un concepto como la resiliencia en la psicología? En vista de los problemas epistemológicos y las posibles consecuencias éticas sociales mencionadas, mi respuesta sin duda alguna es negativa.

Como probablemente se hizo claro desde el comienzo de este trabajo, mi intención no fue nunca la de negar el hecho evidente de que los seres humanos demostramos con frecuencia triunfar frente a las desavenencias de la vida, el dolor y la desgracia. La resiliencia, más que a un descubrimiento, corresponde a una observación trivial. Sin embargo, siempre me he resistido ante las iniciativas de reducir el análisis del comportamiento del hombre me-

diante la utilización de simples categorías tales como «resiliente/no-resiliente»; mucho más cuando se apela a la reivindicación de la subjetividad, la complejidad o el espíritu humano con la intención de explicarlo y comprenderlo todo, pero sin explicar ni comprender nada en realidad; dejando todo en un primer plano de aparente claridad y simpleza, aunque con un oscuro fondo de turbia incertidumbre presto a cualquier especulación por más extraña y subjetiva que sea.

Pero no es mi deseo hacer de esta parte final un resumen de lo que se ha dicho hasta el cansancio a lo largo de los cuatro capítulos de este documento. También quiero aprovechar este espacio para dejar esbozados algunos aspectos no tratados en el contenido principal, dado que, por obvias razones, no se puede pretender en un único trabajo agotar todo lo concerniente a una cuestión; más cuando se trata de analizar un material bibliográfico tan extenso como lo es el de la resiliencia, con todas sus implicaciones.

Uno de esos aspectos innombrados en el contenido principal, interesante para tener en cuenta en una ulterior labor de reflexión, se relaciona con la vinculación ideológica entre la resiliencia y la *ética protestante* fundamento del capitalismo. Mi hipótesis básica sugiere que la resiliencia, en cuanto concepto que asciende al nivel de virtudes la responsabilidad y el deber individual en la lucha por la existencia de calidad, entendida ésta en función del éxito social, es fecunda desde el punto de vista de los postulados cardinales de la ética protestante capitalista norteamericana, de esencia completamente utilitarista. Esta tesis compagina con lo que he venido diciendo acerca de la conveniencia de la resiliencia para un régimen totalitario de apariencia democrática como lo es el actual neoliberalismo económico global. Me opongo a creer que el esfuerzo humano deba ser comprendido como un fin en sí mismo y no como un medio para la vida, por más que así lo haya defendido el confeso protestante e insigne político Benjamín Franklin⁶⁴.

Otro aspecto que quedó pendiente de discusión fue el relacionado con el concepto de *temperamento*. No es tan cierto que la resiliencia de corte conductista no tenga en cuenta el papel del *sujeto* cuando tal concepto se reduce en la psicología prácticamente al «sujeto estadístico», o sea el «individuo». En ese sentido, aquello no muy bien considerado es en realidad la subjetividad, característica, como se sabe, inherente al ser humano. El conductismo, en tanto propuesta científica positiva del estudio del comportamiento del hombre, por definición, ni teórica ni metodológicamente tiene esos alcances y pretensiones. Sin embargo, los impredecibles actos de los sujetos, en su mayoría no humanos, en los diseños experimentales – causantes de muchos dolores de cabeza de los investigadores

⁶⁴Cf. Weber, M. (1983).

– han demostrado que hasta la cognición de las humildes ratas de laboratorio es resistente al encajonamiento en el pensamiento paradigmático del científico. Razón que obligó la incorporación de la noción de «temperamento» en un intento de representar el azar introducido por la diferencia individual. Con seguridad es un error, y así muchos lo han señalado, pero el *temperamento* luego fue generalizado para tratar de explicar también las complejas respuestas humanas. Ahora bien, ¿qué verdadero avance se logra al cambiar la representación de la variable humana de un algo llamado «temperamento» a otro algo llamado «mente», «sujeto» u «organización psicológica», sin tener un modelo de ello, al menos tentativo, que abra la ‘caja negra’ del conductismo e introduzca en ese espacio verdaderos constructos teóricos y no sólo la reemplace por oscuras nociones?

Bouvier (2001), argumentando en general sobre la utilidad del concepto de *temperamento* en la resiliencia, cita a Sillamy para definir el *temperamento* como “el conjunto de elementos biológicos que, junto con factores psicológicos, forman la personalidad”; y cita a Lemay para decir que la personalidad es “el conjunto estructurado de disposiciones innatas – herencia, constitución – y adquiridas – ambiente, educación y reacción a estas influencias – que determina la adaptación original del individuo a su entorno.” (p. 64). Con base en estas definiciones es lícito preguntarse: ¿qué diferencia hay entre la resiliencia del «temperamento» de Bouvier y la resiliencia de las «teorías del sujeto», como llama Colmenares (2002a, p. 86) a su propia orientación y a la humanista francesa?

Por último, otro asunto que hubiera deseado abordar es el relacionado con la idea de «el libre albedrío», defendida por la resiliencia. En mi opinión, es ésta una creencia popular de índole religioso, según la cual reside en lo más esencial del ser humano una chispa de la divinidad, compartida de forma tan benevolente por su creador, que hace del hombre un ser privilegiado por la posibilidad de abstenerse del sometimiento impuesto por las leyes efectivas para los demás seres vivos y objetos del mundo mediante la imposición de su propia voluntad y deseo. El libre albedrío tiene que ver directamente con el fenómeno que llamamos «consciencia», o sea, la capacidad de darse cuenta de la propia existencia en relación con el contexto.

Lo curioso de esta idea de «libertad», de la resiliencia, es que ella debe estar supeditada a sus postulados. Así como se dice que alguien que contravine los mandatos de Dios no merece ser – de hecho se establece que no está – cobijado por su gracia y, antes, por el contrario, será castigado, asimismo, aquel que actúa de maneras no estipuladas por la resiliencia lo hace porque no es resiliente y, por lo tanto, no debe participar del reconocimiento y de los frutos de su sociedad.

Todo el secretismo teórico realizado por la resiliencia, de donde nace además el espacio para el libre albedrío, me lleva a dudar seriamente sobre la mínima posibilidad de poder encontrar sustento en el psicoanálisis para el concepto en cuestión. Recordemos el símil psicoanalítico del caballo y su jinete hecho por Freud para representar la dinámica entre «el yo» y «el ello»:

Así como al jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo adonde este quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello como si fuera la suya propia. (Freud, 1923).

Pero continuando con la reflexión acerca del carácter religioso – dogmático – de la resiliencia, algunos autores sostienen que la «espiritualidad», incluso la creencia en Dios, es un factor muy fuerte de resiliencia. No pongo en tela de juicio la afirmación de que muchos seres humanos tal vez hayan superado las peores desgracias de la vida en virtud de no haberse sentido solos o abandonados en el mundo, convencidos de que un padre protector estaba haciendo prueba de su fortaleza espiritual, de su fe; después de lo cual esperarían recompensa terrena o extramundana si fue su voluntad vencer. Existen historias acerca de pueblos enteros que se han liberado de sus opresores y han sobrevivido a una travesía de décadas por el desierto, alentados por la dirección de esta firme convicción. Es una obligación admitir que las creencias son imprescindibles para el hombre, aunque creer no implica tener que creer necesariamente en Dios ni en algo llamado espíritu humano más allá de cualquier figura retórica. Esta clase de propuestas de la resiliencia dudo que deban ser tomadas seriamente en un sentido académico.

Por otro lado, fuera de la piedad religiosa, el odio, el rencor y la venganza también han sido, son y seguirán siendo fuentes de fortaleza para innumerables heridos en busca del cumplimiento de las mismas proezas. Si la resiliencia encuentra pruebas en la literatura – como se dice –, tiene que ser una de ellas la historia de «El Conde de Montecristo» de Alejandro Dumas. De esta manera, los defensores de la resiliencia deberían admitir, sin lugar a dudas, para ser consecuentes, que estas mociones del corazón humano también son fuertes factores de resiliencia. Es así cómo la resiliencia se fractura fácilmente en la ambigüedad de su propio discurso.

La resiliencia busca coartar el máximo derecho del hombre. Ella constituye el «re-silencio» del humano derecho de sufrir y no tener que ocultarlo. Vuelvo a repetirlo: la cuestión no

es cómo volverse humano a pesar de los golpes de la vida. Por el contrario, es el drama la esencial condición humana, y para tenerla no necesitamos voluntariamente someternos a ninguna práctica piadosa de autoflagelación.

En nuestras sociedades, guardarse el dolor para sí es admirable. Por eso, cuando a manera de saludo se le pregunta a alguien: «¿cómo estás?» o «¿cómo te ha ido?», casi invariablemente siempre responderá «¡muy bien!», pese a que su talante denote lo contrario. Este tipo de reacciones se relaciona con muchos aspectos de nuestra cultura que bien todos conocemos o podemos deducir, entonces no creo necesario nombrarlos. En vista de todos los constreñimientos ya existentes, que la sociedad y la cultura tienen para limitar al individuo, no necesitamos que a ellos se sume uno más.

La cuestión es: ¿hasta cuando podemos acallar individual y socialmente la desdicha sin ver las consecuencias de este acto de violencia? Tisseron (2003) advierte que una persona resiliente eventualmente termina tornándose en una fuente de traumatismos para los demás, comprometiendo incluso hasta su propia familia. El hecho es que el resiliente siempre «rebotará» a expensas de su entorno, acumulando a la vez una gran energía destructiva. El autor también nos recuerda a los ‘kamikases’ implicados en los sucesos del 11 de septiembre de 2001, los cuales fueron descritos como buenos padres, buenos esposos y hasta buenos educadores, a pesar de sus muy difíciles vidas personales. De acuerdo con Tisseron, si los perpetradores de estos actos suicidas pudieron sobreponerse a sus pasados dolorosos, para devenir personas bien adaptadas y generosas, fue al precio de convertirse en una especie de «monstruos durmientes», en espera de circunstancias excepcionales que les permitieran revelarse.

En fin, si se requiere de mí una contribución a la solución del problema, dicha contribución consistiría en tratar de formular de una manera más crítica la cuestión fundamental de la resiliencia; ésta sería: ¿Qué hace que los seres humanos demuestren resultados imprevisibles ante la confrontación con la adversidad y frente a las exigencias positivas de una sociedad que, en primer término, es la causa de la desdicha humana, tanto por el principio fundamental de la génesis de la cultura como por las exacerbadas injusticias sociales? En este cuestionamiento intento enfatizar el carácter crítico, analítico y de protesta social que debería tener el discurso de la psicología, muy contrario al de servir como espacio para el desarrollo de técnicas conductuales coadyuvantes de la adaptación ciega y de supuestas teorías legitimadoras de un orden social que no debería existir.

Mientras Colmenares (2002a) ve resiliencia en las palabras: «cuando sea grande quiero ser tan pinchada como usted» – pronunciadas por una niña abandonada y dirigidas a su

terapeuta – yo veo en ellas injusticia social, además del futuro usufructo del dolor mediante la explotación de la esperanza en el logro del éxito y el reconocimiento social. No, no soy pesimista, pero tampoco ingenuo.

Cirulnik (2001) se pregunta: ¿cómo se construye la felicidad? Seguro no de la forma en que lo postula la resiliencia: a través del denuedo en la lucha por conseguir el éxito social, mientras por debajo se acalla a toda costa el sufrimiento. Son seres humanos como Vincent van Gogh, Ludwig van Beethoven o Alfonsina Storni los que crean la cultura y no individuos felizmente resilientes. Pongo estos personajes de ejemplo por su ilustre contribución artística sólo contrastable con la magnitud de la tragedia de sus vidas.

La verdad es que la realidad de la vida humana es supremamente intrincada y no merece ser reducida de tal manera por la resiliencia. Por lo cual, a la forma de pensar el mundo socio-cultural desde la perspectiva de este concepto bien valdría también aplicarle el comentario hecho por Marx al «struggle for life» de Albert Lange⁶⁵.

⁶⁵Cf. “Resiliencia y darwinismo social”. Capítulo 4.

Bibliografía

- [1] Anaut, M. (2006) La résilience au risque de la psychanalyse. Ou la psychanalyse au risque de la résilience ? En Cyrulnik, B. & Duval, P. (Comp.), *Psychanalyse et résilience* (pp. 77 – 104). París : Odile Jacob.
- [2] Anzola, M. (2003) La resiliencia como factor de protección. *Educere*, 7, 190 – 200.
- [3] Aristoteles (1970) *Metafísica* (García Yebra, V. trad.) Madrid: Gredos.
- [4] Bello, M. (2004) El desplazamiento forzado en Colombia. Acumulación y exclusión. En Programa Andino de Derechos Humanos (Ed.), *Globalización, migración y derechos humanos*. (pp. 107 – 119). Quito: Abya-Yala.
- [5] Bouvier, Paul (2001). Temperamento, riesgo y resiliencia en el niño. En Manciaux, M. (Ed.), *La resiliencia: resistir y rehacerse* (pp. 63 – 74). Barcelona: Gedisa.
- [6] Colmenares, M. E. (2001) El nacimiento del sujeto psicológico: ¿evolución o ruptura de un impasse vital? En Delgado, A. C. (Ed.), *La consciencia* (pp.) Cali, Colombia: Rafue.
- [7] Colmenares, M. E. (2002a) La ética como fundamento psicológico de la resiliencia. En Delgado, A. C. (Ed.), *La Resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 61 – 94). Cali, Colombia: Rafue
- [8] Colmenares, M. E. (2002b) Resiliencia: sus valores psicológicos y socioculturales. En Delgado, A. C. (Ed.), *Resiliencia. Responsabilidad del sujeto y esperanza social* (pp. 16 – 46). Cali: Rafue.

- [9] Colmenares, M. E. (2002c) Ética vital y ética sociocultural. En Delgado, A. C. (Ed.), *Resiliencia. Responsabilidad del sujeto y esperanza social* (pp. 141 - 150) Cali: Rafue.
- [10] Chambers (1979) *Diccionario científico y tecnológico*. Tomo 1. Barcelona: Omega.
- [11] Cooper, D. (1978) *Psiquiatría y atipsiquiatría*. Buenos Aires: Paidós.
- [12] Cyrulnik, B. (2001) *La maravilla del dolor*. Barcelona: Granica.
- [13] Cyrulnik, B. (2002a) La resiliencia en el curso de las interacciones precoces: La adquisición de los recursos internos. En Delgado A. C. (Ed.), *La resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 33 - 55). Cali (Colombia): CEIC - Rafue.
- [14] Cyrulnik, B. (2002b) La resiliencia en el curso de la vida: el Encuentro con los recursos Externos. En Delgado A. C. (Ed.), *La resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 187 - 212). Cali (Colombia): CEIC - Rafue.
- [15] Cyrulnik, B. (2002c) *Los patitos feos*. Barcelona: Gedisa.
- [16] Cyrulnik, B., Maunciaux, M., Sánchez, E., et al. (2002) *La resiliencia: Desvictimizar la víctima*. Cali (Colombia): CEIC - Rafue.
- [17] Cyrulnik, B. (2006) Introducción. En Cyrulnik, B. y Duval, P. (Eds.), *Psychanalyse et résilience* (pp. 7 - 25). París: Odile Jacob.
- [18] D'Alessio, L. (2011) *Mecanismos neurobiológicos de la resiliencia*. Buenos Aires: Polemos. Recuperado marzo 20, 2012, de <http://www.gador.com.ar/iyd/psiquiatria/pdf/resiliencia.pdf>
- [19] Delgado, A. C. (2006) Prólogo a la segunda edición. En Delgado, A. C. (Ed.), *La resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 17 - 20). Cali, Colombia: Rafue.
- [20] Drake, S (1978) *Galileo at work. His scientific biography*. Chicago: University of Chicago press.
- [21] Fernández-Ríos, L. (2008). Una revisión crítica de la psicología positiva: historia y concepto. *Revista Colombiana de Psicología*, 17, 161-176.

- [22] Fernández-Ríos, L. y Cornes, J. M. (2009) Una revisión crítica de la historia y situación actual de la psicología positiva. *Anuario de psicología clínica y de la salud*, 5, 7 – 13.
- [23] Foucault, M. (1976) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Mexico: Siglo veintiuno.
- [24] Foucault, M. (1966) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Bogotá: Siglo veintiuno.
- [25] Foucault, M., y Deleuze, G. (1977). Un diálogo sobre el poder. En Foucault, M (Ed.), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (pp. 7 – 19), Madrid: Alianza Editorial.
- [26] Freud, S. (1914) Introducción del narcisismo. En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.
- [27] Freud, S. (1917) Conferencias introductorias al psicoanálisis (Parte III). Doctrina general de las neurosis, 18° conferencia: La fijación al trauma, lo inconsciente. En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 16. Buenos Aires: Amorrortu.
- [28] Freud, S. (1923) El yo y el ello. En En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu.
- [29] Freud, S. (1925) Inhibición, síntoma y angustia. En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 20. Buenos Aires: Amorrortu.
- [30] Freud, S. (1927) El porvenir de una ilusión. En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- [31] Freud, S. (1929) El malestar en la cultura. En Ballesteros, L. (Trad.), *Obras completas*, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- [32] Galende, E. (2004). Subjetividad y resiliencia: del azar y la complejidad. En Melillo, A., Suárez, N. y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 23 – 61). Buenos Aires: Paidós.
- [33] García, J. (2001) La navegación y la fisonomía del naufragio. El aspecto moral de las profesiones sociales. En Kisnerman, N. (Comp.), *Ética, ¿un discurso o una práctica social?* (pp. 15 – 43). Buenos Aires: Paidós.

- [34] Georg, H. Von Wright (1980) *Explicación y comprensión*. Madrid: Alianza Editorial.
- [35] Golse, B. (2006) Le pédopsychiatre-psychanalyste face au concept de résilience. La résilience avant l'après-coup ? En Cyrulnik, B. y Duval, P. (Comp.), *Psychanalyse et résilience* (pp. 61 – 76). París: Odile Jacob.
- [36] Gordon, J. E. (2002) *La nueva ciencia de los materiales*. Madrid: Celeste Ediciones.
- [37] Gould, S. J. (2001) *Las piedras falaces de Marrakech*. Barcelona: Crítica.
- [38] Guedeney, A. (2006) L'attachement et la résilience: théorie, clinique et politique sociale. En Cyrulnik, B. y Duval, P. (Eds.), *Psychanalyse et résilience* (pp. 155 – 166). París: Odile Jacob.
- [39] Henderson, E. (2004a) Adolescentes contra la violencia: el poder de la resiliencia. En Melillo, A., Suárez, N. y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 155 – 171). Buenos Aires: Paidós.
- [40] Henderson, E. (2004b) Resiliencia en familias de discapacitados. En Melillo, A., Suárez, N. y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 187 – 211). Buenos Aires: Paidós.
- [41] Henderson, E. (2006) ¿Qué entendemos por resiliencia? ¿Cómo promoverla? ¿Cómo utilizarla? En Henderson, E. (Comp.), *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades* (pp. 17 – 57). Barcelona: Gedisa.
- [42] Henderson, N. y Milstein, M. (2003) *Resiliencia en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.
- [43] Infante, F. (2002) Análisis de cuatro programas de América Latina que trabajan con un marco conceptual de la resiliencia. *Revista de la Fundación Bernard van Leer: Desarrollo infantil temprano: prácticas y reflexiones*, 18, 25 – 42
- [44] Isaza, F. G. (2003) Estanislao Zuleta: Precursor del pensamiento complejo en Colombia. En Fundación para la investigación y la cultura (Eds.), *Ciencias naturales y ciencias sociales* (pp. 7 – 48). Bogotá: FICA.

- [45] Jaramillo, A. (2004). Resiliencia social y educación superior. En Melillo, A., Suárez, N. y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 231 – 242). Buenos Aires: Paidós.
- [46] Kalawsky, J. y Haz, A. M. (2003). Y... ¿Dónde está la resiliencia?: Una reflexión conceptual. *Revista Interamericana de psicología*. Vol. 37, Num. 2, (pp. 365 – 372).
- [47] Kotliarenco, M. A., Cáceres, I. & Fontecilla, M. (1997). *Estado del arte en resiliencia*. OMS.
- [48] Kuhn, T. S. (1998) *La estructura de las revoluciones científicas*. Bogotá: Fondo de cultura económica.
- [49] Lévy, E. (1988) *Diccionario de física*. Madrid: Akal
- [50] MEN, ICBF & OIM (2012) *Promoción de la resiliencia familiar. Manual de agentes educativos*. Recuperado Noviembre, 15, 2011 de www.mineduacion.gov.co/primerainfancia
- [51] Munist, M. et al (1998) *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes*. Organización Panamericana de la Salud.
- [52] Manciaux, M. (2001) La resiliencia: ¿mito o realidad? En Manciaux, M. (Comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse* (pp. 13 – 14). Barcelona (España): Gedisa.
- [53] Manciaux, M. (2002) la resiliencia: factores de riesgo y vulnerabilidad, factores de protección. En Delgado, A. C. (Ed.), *La resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 95 – 116). Cali, Colombia: Rafue.
- [54] Manciaux, M., Vanistendael, S., Lecomte, J. y Cyrulnik, B. (2001). La resiliencia: Estado de la cuestión. En Manciaux, M. (Ed.), *La resiliencia: resistir y rehacerse* (pp. 17 – 27). Barcelona (España): Gedisa.
- [55] Mejía, M. A. (2002). Presentación. En Delgado, A. C. (Ed.), *La Resiliencia: Desvictimizar la víctima* (pp. 21 – 28). Cali, Colombia: Rafue.
- [56] Mejía, C. (2002) Colombia: Análisis de sus actitudes y valores resilientes. En Delgado, A. C. (Ed.), *La resiliencia. Responsabilidad del sujeto y esperanza social* (pp. 151 – 161) Cali (Colombia): Rafue.

- [57] Melillo, A. y Suárez, N (2001) *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*. Buenos Aires: Paidós.
- [58] Melillo, A., Soriano, R., Méndez, J. y Pinto, P. (2004) Salud comunitaria, salud mental y resiliencia. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 287 – 300). Buenos Aires: Paidós.
- [59] Melillo, A. (2004a). Realidad social, psicoanálisis y resiliencia. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 63 – 76). Buenos Aires: Paidós.
- [60] Melillo, A. (2004b) Sobre la necesidad de especificar un nuevo pilar de la resiliencia. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 77 – 90). Buenos Aires: Paidós.
- [61] Minsburg, N. (1999) Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. En Boron, A., Gambina, J. y Minsburg, N. (Comp.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. (pp. 21 – 48). Buenos Aires: CLACSO.
- [62] Mocek, R. (1999) *Socialismo revolucionario y darwinismo social*. Madrid: Akal.
- [63] Mosterín, J. (2000) *Conceptos y teorías en la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- [64] Nathan, Tobie(1994) *L'influence qui guérit*. París: Odile Jacob.
- [65] Newman, R (2006) Tras el desastre: La campaña de educación pública de la APA contribuye a reconstruir la resiliencia. En Henderson, E. (Comp.), *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades* (pp. 301 – 342). Barcelona: Gedisa.
- [66] Poseck, B. (S.f.) *Resistir y rehacerse: una reconceptualización de la experiencia traumática desde la psicología positiva*. Recuperado enero, 10, 2012 de <http://www.psicologia-positiva.com/resistir.pdf>
- [67] Quiñónes, A. (2007) *Resiliencia. Resignificación creativa de la adversidad*. Colombia: Fondo de publicaciones. Universidad distrital Francisco José de Caldas.

- [68] Reynoso, C. (2009) *Modelos o metáforas. Crítica del paradigma de la complejidad de Edgar Morín*. Buenos Aires: Sb
- [69] Rojas, J. (2004) Plan Colombia, conflicto armado y migraciones forzadas. En Programa Andino de Derechos Humanos (Ed.), *Globalización, migración y derechos humanos*. (pp. 191 – 210). Quito: Abya-Yala.
- [70] Rodríguez, D. (2004) Resiliencia, subjetividad e identidad. Los aportes del humor y la narrativa. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.) *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 103 – 119). Buenos Aires: Paidós.
- [71] Rodríguez, M^a. S. (2004) *Resiliencia: otra manera de ver la adversidad. Alternativa pedagógica para la atención de niños y niñas en situación de desplazamiento forzado*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- [72] Salgado, A. C. (2005) Métodos e instrumentos para medir la resiliencia: Una alternativa peruana. *Liberabit*, 11, 41 – 48.
- [73] Salgado, J. (2004) Discriminación, racismo y xenofobia. En Programa Andino de Derechos Humanos y Democracia (Ed.), *Globalización, migración y Derechos Humanos* (pp. 93 – 103).
- [74] Sánchez, E. et al. (2002) La resiliencia. *Responsabilidad del sujeto y esperanza social*. Cali: Rafue
- [75] Santos, H. (2004) La educación de adultos como factor de resiliencia. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.) *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 257 – 272). Buenos Aires: Paidós.
- [76] Shaffer, D. (2000) *Psicología del desarrollo: Infancia y adolescencia*. (Velásquez, A. trad.). México: International Thomson.
- [77] Suárez, E. N. (2004) Introducción: Resiliencia y subjetividad. En Melillo, A., Suárez, E. N., y Rodríguez, D. (Comp.) *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 17 – 20). Buenos Aires: Paidós.
- [78] Suárez, E. N. y Autler, L. (2006) La resiliencia en la comunidad: un enfoque social. En Henderson, E. (Comp.), *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades* (pp. 271 – 299). Barcelona: Gedisa.

- [79] Tisseron, S. (2003) *Ces mots qui polluent la pensée. Résilience» ou la lutte pour la vie*. Recuperado diciembre, 11, 2009 de www.monde-diplomatique.fr/2003//TISSERON/10348/cdcadf28eb
- [80] Tisseron, S. (2006) Questions sur un mot. Ou comment une théorie se fabrique dans ses enjeux autant que dans ses énoncés?. En Cyrulnik, B. y Duval, P. (Eds.), *Psychanalyse et résilience* (pp. 275 – 285). París: Odile Jacob.
- [81] Trujillo, S. (2011) *¿Hay un origen del proceso resiliente? Una lectura de la Maravilla del dolor de Boris Cyrulnik*. Recuperado mayo, 22, 2011 de <http://portal.unisimonbolivar.edu.co:82/rdigital/psicogente/index.php/psicogente/article/view/268/256>.
- [82] Vanistendael, S. (2003) La resiliencia en lo cotidiano. En Manciaux, M. (Comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse* (pp. 227 – 238). Barcelona: Gedisa.
- [83] Vanistendael, S. y Lecomte, J. (2004) Resiliencia y sentido de vida. En Melillo, A., Suárez, E. N. & Rodríguez, D. (Comp.), *Resiliencia y subjetividad: Los ciclos de la vida* (pp. 91 – 101). Buenos Aires (Argentina): Paidós.
- [84] Vygotski, L. S. (1931) El problema del desarrollo de las funciones psíquicas superiores. En Alvarez, A. y Del Río, P. (Eds.) *Obras escogidas*. Problemas teóricos y metodológicos de la psicología (pp. 11 – 46) Madrid: Visor.
- [85] Weber, M. (1983) *Ensayos sobre sociología de la religión*. Madrid: Taurus Ediciones.
- [86] Zuleta, E. (2003a) Freud: El arte de la interpretación en la búsqueda de sentido. En Fundación para la investigación y la cultura (Eds.), *Ciencias naturales y ciencias sociales* (pp. 49 – 100). Bogotá: FICA.
- [87] Zuleta, E. (2003b) Acerca de la naturaleza de las ciencias sociales. En Fundación para la investigación y la cultura (Eds.), *Ciencias naturales y ciencias sociales* (pp. 106 – 193). Bogotá: FICA.

Índice general

Introducción	2
Problema	4
Objetivos	6
Justificación	7
Metodología	9
Capítulo 1	
¿Qué es la resiliencia?	11
El problema de la definición del concepto de «resiliencia» en el campo del conocimiento histórico-social.	11
Sobre la multiplicidad de las relaciones conceptuales en la resiliencia.	21
Sobre las corrientes teóricas y los modelos de la resiliencia.	27
Capítulo 2	
Las raíces de la resiliencia.	32
El concepto de «resiliencia» en la teoría física de la resistencia de los materiales.	32
Un poco de historia.	41
Capítulo 3	
El auge de la resiliencia.	47
Un ‘new look’ mundial.	47

¿Por qué tanta acogida?	52
El atrayente optimismo de la resiliencia.	53
¿Una original y novedosa mirada del hombre?	57
La ciencia y el rebajamiento de la dignidad humana.	61
El arte de cultivar la riqueza interior.	64
Resiliencia, la cura idónea para los problemas sociales.	65
La versatilidad teórica y práctica de la resiliencia.	70
De cómo la complejidad humana parece eximir de la riguro- sidad.	72
 Capítulo 4	
¡Otro caballo de Troya!	79
Resiliencia y darwinismo social.	79
Resiliencia, desviación y salud mental	90
 Epílogo.	98